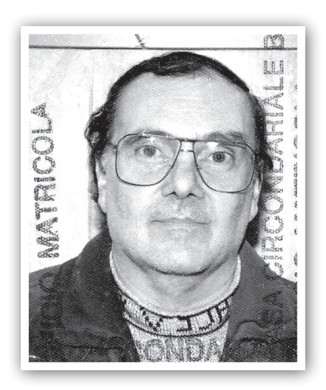



Horst Fantazzini. 1989

*HORST FANTAZZINI*

# ORMAI È FATTA!

## CRÓNICA DE UNA EVASIÓN

Coeditan:
Biblioteca Social Hermanos Quero
Editorial Klinamen

Primera edición en italiano: 1976
Primera edición en castellano: Diciembre de 2012

Autor: Horst Fantazzini

Edición a cargo de:

**Biblioteca Social Hermanos Quero**
www.bsquero.net
distribucion@bsquero.net

**Editorial Klinamen:**
www.editorialklinamen.net
editorialklinamen@gmail.com

Coste de producción por ejemplar: 1.7 €

Impreso en Irrintzi (imprenta autogestionada y libertaria)

Esta edición es una traducción del texto original publicado de Horst Fantazzini *Ormai è fatta* que fue publicado en 1976 a cargo de Soccorso Rosso Militante por Bertani editores. Se ha respetado la traducción del masculino genérico, siendo ésta responsabilidad del autor.



*Reeducación penitenciaria ... Diseño Horst Fantazzini*



# INTRODUCCIÓN

Cuando nos planteamos la traducción de este texto teníamos varias cuestiones en mente:

No se trata de recrearnos en un mito, pero sí de recuperar para nuestra memoria a una persona que en un momento dado lo dio todo por su libertad y la de sus compañerxs. Tampoco hay que mitificar ciertos momentos históricos; por supuesto en los 70 se hacían se hacían otro tipo de acciones, atracos, ocupaciones de fábricas, manifestaciones masivas, ataques a estamentos de la burguesía, etc. Estas experiencias nos deberían servir como lecciones de la experiencia de nuestro movimiento. De hecho algo faltó o falló (además de los cambios que se dieron en la sociedad capitalista con cambios en la estructura económica, en valores tendiendo al individualismo, al consumismo…) cuando después de aquella época de gran agitación, los 70, ahora nos encontramos como estamos.

Otra de las cosas que nos gustaba era el estilo, desde luego está escrito con un lenguaje totalmente cercano y con unos análisis de la realidad que han hecho que esta persona llegase a sus ideas libertarias. Ideas que no compartimos al cien por cien en todos los casos (la concepción

que tiene de China desde luego nos parece ciertamente idílica y falta de realidad, cuestiones de relaciones entre géneros, etc.) pero que en su mayoría llegan a todas las personas: no dejarse aplastar nunca, cierto sentimiento insurreccional lejos de teorías enrevesadas, nos habla de la realidad, los anarquistas no estamos tan lejos de las aspiraciones de la gente de la calle, somos parte de ella y por tanto nos acerca un poco a la realidad…

Es un análisis vivencial de un tiempo, de la situación dentro de las cárceles, de los mecanismos del estado dentro de la cárcel, como termina de destruir algunas vidas que ya había empezado a minar cuando estaban en la calle…

Finalmente, no somos traductores profesionales (ni queremos serlo), así que a pesar de las buenas intenciones quedará algo suelto, de todas maneras creemos que a pesar de alguna falta de estilo y de alguna traición al original hemos respetado lo que en su día se escribió y los sentimientos que Horst puso en ello. Como dice el proverbio italiano: *"Traductor traidor"*.

# LA ESPERANZA

23 DE JULIO DE 1973- Dentro de poco pasará la visita matutina, la puerta de la celda será abierta, se iniciará una nueva jornada en este monótono universo carcelario, una jornada en apariencia similar a tantas otras pero que será profundamente distinta aunque por el momento sea el único en saberlo.

Calmado, percibo el rumor de las primeras celdas abiertas en el fondo del corredor. En pocos minutos estarán aquí. ¿Quién será el brigada de servicio? Tres posibles soluciones: el borrachón, el verdugo o el bellaco.

¿A quién de los tres prefiero? En los últimos días he reflexionado largamente sobre este hecho: el borrachón podría tener reacciones imprevistas ya que los ríos de alcohol le podrían empujar a valorar erróneamente los riesgos de una eventual reacción suya. El bellaco, posiblemente, no pondría problemas. El verdugo… teóricamente es un hombre capaz de reaccionar. En el ambiente carcelario es conocido como "el verdugo de Volterra" y no son pocos los detenidos que llevan todavía encima las señales de su bestialidad.

¡Cierto!, ensañarse contra detenidos indefensos respaldado por una "cuadrilla" de matones no es índole de un coraje particular, pero el hombre sería capaz de perseguir su cuarto de hora de celebridad: antes o después deberá rendir cuentas de sus palizas frente a una comisión de investigación y lo hará sin duda cómodo

al tirar sobre el plato de la balanza de la justicia un acto "heroico" cuyo peso sería un óptimo pretexto para sus maleables inquisidores…

Sí, quizás el bellaco sería la mejor solución, pero, si las cosas debiesen tomar un mal cariz, si estuviese obligado a disparar, preferiría tener como blanco al verdugo: desde el fondo de cualquier celda, compañeros desconocidos me darían las gracias acariciándose las viejas heridas…

Bueno, estoy aquí delante de mi puerta. Esta mañana la llave que abre la complicada cerradura difunde una música distinta…

El guardia entra, controla que todo esté en orden, he aquí el brigada de servicio, he aquí su habitual "buenos días" que suena como una mofa.

Esta mañana, por primera vez, intercambio el saludo del "verdugo de Volterra" y ésta es la primera diferencia que marca una jornada en apariencia igual a tantas otras.

HORA 7:45.- El viejo U. se levanta. Es un gran hombre el viejo U., moralmente sano y genuino como todos los pastores sardos, con el rostro y el físico marcado por los sufrimientos de un sistema carcelario desigual.

Condenado a treinta años, hace diecisiete proclama incansablemente su inocencia arrastrando de prisión en prisión su fardo de sufrimientos y esperanzas, llevando en el corazón la nostalgia de su bella isla, bella pero despiadadamente dura con sus mejores hijos, aquellos nacidos con la etiqueta de explotados pegada sobre si, una etiqueta que se transmite de generación en generación, así como de la otra parte del foso se transmite aquella de los explotadores.

El buen viejo U., viéndome despierto, me saluda gentilmente con aquel absurdo deje de sumisión que no he podido quitarle.

Él, que podría ser mi padre y maestro de honestidad, siente sumisión hacia mí únicamente porque yo sé manejar una máquina de escribir mientras que él es semianalfabeto…

¡Coraje viejo U.! Vendrá el día en el cual los sufrimientos se transformaran en rabia y la rabia colmará el viejo foso borrando siglos de injusticia. Aquel día podrás finalmente exhibir con fiereza tus manos callosas mientras otros esconderán las suyas con vergüenza o miedo…

HORA 8:15.- Estoy solo en la celda. Antes de saber con certeza si hoy es realmente el día tan esperado deberán pasar todavía 45 minutos.

Tengo todo el tiempo para lavarme, afeitarme y vestirme con calma.

Escruto mi rostro en el espejo. Aparentemente no transmite ninguna emoción. Tiendo la mano y noto con satisfacción que no tiembla más de lo habitual. Me siento calmado, reposado, contento de haber pasado una noche tranquila contrariamente a las previsiones.

¡Si "ellos" están en la cita, en poco más de una hora seré libre!

En algunas horas estaré lejos, seguro… ¿y si ayer hubo algún tropiezo? No mejor no pensarlo… Todos estos meses de preparación, de ansia, de esperanzas, no se pueden perder por un banal contratiempo. "Ellos" han mantenido sin duda fe en los compromisos, han hecho sin duda su deber y en poco me tocará a mí hacer el mío.

¿Los reconoceré cuando los vuelva a ver? Han pasado ya cinco años desde cuando… cinco años… años de sufrimientos, humillaciones, luchas, esperanzas, evasiones intentadas y fallidas, desilusiones… Y yo, ¿soy todavía el mismo hombre que hace cinco años? No, cinco años de esta vida cambian a un hombre, lo excavan por dentro, lo transforman. Esto no quiere decir que yo deba necesariamente pasar a ser peor: hasta que un hombre no se resigna es todavía recuperable.

*«La peor amenaza para la libertad no consiste en dejársela arrancar –porque quien se la deja arrancar puede siempre reconquistarla– si no en desacostumbrarse a amarla y no entenderla más».*

Cierto, cuando Bernanos expresaba estos conceptos, se refería a luchas menos egoístas que aquella que estoy emprendiendo. Sí, hay egoísmo en esto que estoy haciendo, pero si las circunstancias me lo permitiesen, esto podría ser el primer paso de un camino más largo.

HORA 9.- Salgo al pasillo y me encaramo sobre la ventana acordada. Debajo de mí está la alta tapia. Sobre ella un guardia armado pasea lentamente preguntándose –quizás– qué circunstancias de la vida le han puesto en la mano una metralleta en lugar de una azada.

Más allá de la tapia se ven el zoo y los jardines públicos.

Algunos niños juegan seguidos de la mirada vigilante de la madre que –quizás– piensa que sería bonito si también el padre de los niños estuviese allí gozando del fresco del parque en lugar de vender a un patrón las horas más bonitas de la jornada. Quizás, si todos, precisamente todos, contribuyesen a la producción de todo

lo indispensable para la colectividad un par de horas de trabajo diario bastarían.

Sobre un banco una pareja se intercambia gestos naturales. Ella está muy cambiada en estos cincos años. Él no es el hombre que esperaba, pero está al corriente de todo porque apenas me divisa me cambia la señal acordada.

Con calma la pareja se levanta alejándose con naturaleza.

Ahora sé con certeza que cuando salga del portón principal, a las nueve y media, nada será dejado a la suerte.

Vuelvo a entrar en la celda. Estoy sólo y nadie entrará a esta hora. Mi mano hurga en el escondite preparado con tanto cuidado. Nadie, mucho menos mis compañeros de celda, conoce este escondite cavado por mí con tanto amor y discreción por meses. Semanas atrás, con ocasión de un registro imprevisto realizado por personal especializado del ministerio con la ayuda de detectores de metal, temblé, pero mi escondite se comportó a la altura de la confianza depositada en él.

He aquí mi precioso paquete. Lo abro. Aquí está mi pequeña y muy eficiente Mauser. Compruebo por última vez el mecanismo y me la dejo deslizar en el bolsillo. He aquí el permiso de conducir y el carné de identidad perfectamente falsificados, el dinero, el mapa de carreteras para una situación de emergencia eventual. He aquí un buen paquete de pimienta. Todo encuentra su lugar en mis bolsillos. También está la pistola calibre 32. Desgraciadamente se me rompió y no me fue posible repararla, haciéndome desistir de la primitiva idea de buscar un cómplice. Lo haré solo. Será más arriesgado, pero al menos no correré el riesgo de ser traicionado en el último momento.

Es inútil llevar conmigo esta otra pistola, pero no puedo dejarla en la celda con el riesgo de meter en problemas a compañeros inocentes. La envuelvo de nuevo en el trapo, la tiro en el cubo de la basura y me dirijo a tirarlo todo en los grandes contenedores que se encuentran en el patio común.

Todavía hay una decena de minutos y decido pasarlos en el patio. Paseo un poco, después me paro a contemplar un folio pegado desde hace pocos días en un muro: es la lista de los detenidos clasificados como “buenos” en el segundo semestre de 1973. Está también mi nombre en esta clasificación (arbitraria porque nadie me ha preguntado mi parecer), me da el derecho de poder escribir (en base al decrépito reglamento penitenciario todavía en vigor) dos cartas suplementarias al mes a costa de la administración penitenciaria. Hace días, cuando distinguí mi nombre en aquella lista, sentí un sentimiento de vergüenza.

Sonrío al pensar que algún funcionario aplicado borrará sin duda mi nombre de aquella lista antes de la noche…

El patio es grande y sirve también como campo de fútbol. En este campo, participando en un torneo, he ganado una medalla de oro: otra pequeña vergüenza a olvidar…

Fossano es una de esas “cárceles de rostro humano”. Esta clasificación conlleva admitir que existen también cárceles de rostro inhumano. En efecto el preso de Fossano es privilegiado respecto a presos de otras instituciones. Esta diferenciación de las cárceles es una cosa inadmisible. El preso viene continuamente chantajeado con el miedo de un traslado como castigo.

Un preso que ha conocido cárceles duras, cuando llega a Fossano cree haber tocado el cielo con los dedos. Muchos presos dotados de carácter y combatividad, una vez aquí son objeto de una metamorfosis humillante. Los resultados se ven: durante estos últimos años las revueltas y las manifestaciones no han faltado ciertamente en las cárceles italianas. En Fossano no ha salido una palabra de contestación… todos aquí sabemos que a la más pequeña manifestación de indisciplina hay un traslado inmediato. Entonces, mejor ser buenos y recoger igualmente los frutos de quienes se sacrifican en otro lugar… Las cárceles como Fossano me dan miedo y me estremezco al pensar que podría llegar a ser, algún día, igual que "Fulanito y Menganito" cuyo deporte preferido es distribuir sonrisas (o peor) al director y al mariscal para ganárselos y no hacen más que mover el rabo cuando cualquier funcionario pasa…

En Francia comportamientos de esta índole son impensables. Quizás porque la cárcel francesa es mucho más dura. Por lo tanto se crea una mayor solidaridad entre los presos. Hasta hace pocos años la vida del preso francés era un infierno y sólo después de luchas extremadamente duras (no enteramente conocidas por la opinión pública) han y están cambiando cosas.

También el preso italiano se ha politizado notablemente en estos últimos años y ha obtenido ventajas materiales considerables. En cuanto a mí respecta, me he encontrado en primera fila sea en Francia como en Italia, pero desde hace poco me estoy preguntando dónde nos llevará este movimiento de protesta. Comisiones internas… delegados de secciones…

Hasta hace pocos años estas instituciones "democráticas" eran impensables dentro de las cárceles, pero son instituciones peligrosas como puede serlo cualquier delegación de poder. Hace algunos meses en Boloña acepté representar a mi sección ante alguna autoridad durante una huelga de hambre colectiva. Junto a otros delegados me dejé embaucar por promesas que todavía hoy no han sido cumplidas. En aquella ocasión nosotros, los de la "comisión", fuimos usados para hacer abandonar la huelga. Es más fácil tratar con algunos delegados más o menos "razonables" que con una masa de presos justamente enfadados, así como afuera es más fácil para los patronos tratar con sindicatos, que directamente con los trabajadores. A mi parecer, la única línea válida es la asamblea permanente de los interesados que llevan adelante la lucha. Cada delegación de poder se tornará contra aquellos que renuncian a la autogestión de su lucha.

Sí, luchas, ¿pero por qué? ¿Para obtener mejores condiciones de vida, beneficios materiales, concesiones, etc.? Nadie niega que obtener condiciones más humanas representa un progreso, pero luchar sólo por esto quiere decir alejarse cada vez más de los únicos objetivos válidos.

Luchar por embellecer la propia prisión no es solo absurdo, es también antirrevolucionario. Esta lucha se asemeja a aquella del trabajador que se bate por aumentar su paga: sean los unos o los otros, luchando por pequeños beneficios materiales, por mejores condiciones de vida, aceptan implícitamente el mantenimiento de cuanto –revolucionariamente– deberían destruir: la relación patrón-salario, la prisión.

¿Aún antes de haber iniciado nuestra revolución ya queremos caer en posiciones reformistas?

En algunos años todas las cárceles serán como ésta de Fossano e incluso mejores, y la mayor parte de nosotros se resignará a la expiación de la propia "deuda" social en condiciones que no sean infrahumanas.

Bien, yo no me siento deudor más bien acreedor, por eso hoy trataré irme. Ya que el gran rechazo colectivo es todavía demasiado lejano y ya que éste está convirtiéndose en el sexto verano tras los barrotes, me refugio en mi pequeño y egoísta rechazo individual.

Basta, es la hora. ¡Adiós cárcel de rostro humano!

HORA 9:30.- Me encuentro en un patiecito contiguo al gran patio. Aquí se encuentra el almacén guardarropas, la oficina del mariscal, la oficina de los brigadas, alguna habitación destinada a escuela, la oficina del asistente social. Para ir deberemos pasar necesariamente por el patiecito donde se encuentra la portería. Cuando esté allí no habrá más que el portón principal como obstáculo ante la libertad. El agente-portero estará solo ya que es lunes, por lo tanto es rarísimo que haya peticiones de coloquio por parte de parientes de detenidos y no estará el brigada Gianquinta destinado a este trabajo.

En el patio estaremos sólo yo, el "verdugo" y el portero. Les obligaré a abrirme el portón, le tirare la pimienta a la cara y saldré. Antes de que los dos guardias de servicio fuera de la cárcel puedan darse cuenta de nada, yo estaré lejos…

Las pasadas semanas, con varias estratagemas me he hecho acompañar varias veces a los locales de la dirección donde reside la oficina de administración. El verdugo no notará nada extraño y no mostrará motivos para no

dejarme acceder a la administración. Aquí está el brigada Incadella. ¿Y si esta vez le viniese en mente registrarme? No, las otras veces no lo ha hecho, no hay razón para que lo haga justo hoy. Si después tuviese que hacerlo, no le entregaré pasivamente mi Mauser: ha viajado demasiado para ir a acabar sin pena ni gloria en las manos del "verdugo de Volterra".

Ya está, la petición está hecha. Mi voz tenía un tono natural. El brigada accede y estamos por encaminarnos cuando aparece el cabo Rosciano. Incadella me fía al cabo encargándole acompañarme.

No me pregunto siquiera si el cambio de programa me agrada o no: en este momento deseo sólo llegar lo antes posible al patio de la portería. La primera cancela se abre y se vuelve a cerrar a nuestras espaldas.

He aquí la segunda cancela. Rosciano llama y después de un instante el portero se asoma a la ventanilla. Ya está, la puerta de hierro se abre. He aquí el patio mágico. Miro la última cancela detrás de la cual me espera la libertad… ¡Joder! Está el brigada Gianqinta, el encargado de los coloquios… Probablemente ha habido una imprevista petición de coloquio y el brigada, después de haber admitido el permiso y rellenado el registro, se ha retrasado en los locales de la portería. Decido ir a administración.

En unos minutos, cuando Rosciano y yo volvamos a pasar por aquí, Gianquinta no estará. Subimos las escaleras que llevan a los locales administrativos.

Aquí está la oficina del cabo contable, la oficina de las cuentas corrientes, la oficina del director, la oficina de administración.

Hay mucha calma, parte del personal está ausente o de vacaciones.

En la oficina de administración, como de costumbre, están el brigada Grasso y el agente Piccirillo. Pido presentar un recurso contra una de mis condenas y de inmediato Grasso coge un registro transcribiendo las formulillas burocráticas de rigor. Firmo. Hecho. Ahora yo y Rosciano rehacemos el camino a la inversa.

Aquí estamos de nuevo frente a la portería. Gianquinta está todavía allí y habla con el portero… ¡tanto peor! Me despego de Rosciano, saco velozmente la Mauser, me desplazo a un lado y ordeno a Rosciano ponerse junto a los otros dos. Obedece. Los tres me miran con estupor mezclado con miedo.

El brigada es el primero en levantar las manos, tiene mucho miedo, se trata de una reacción normal: en su lugar yo lo estaría también.

Ordeno a los tres que estén quietos, que no hagan tonterías, que no intenten reaccionar o estaría obligado a disparar. Les digo que si hacen lo que les pida no les sucederá nada. Ordeno al portero que me abra la cancela de salida.

Un momento de silencio, después este hombre, con voz tambaleante, me dice que él sólo recibe órdenes de sus superiores y diciendo esto mira al brigada Gianquinta. Después de media vida desperdiciada en abrir y en cerrar cancelas de cárceles, este hombre ha tenido la primera reacción inteligente de su triste existencia: si el brigada le da la orden de abrir, él, Massaria, saldrá limpio de la investigación que se hará después de la evasión: él no habrá hecho más que seguir las órdenes de un superior.

Ahora estamos los tres mirando al brigada mientras

yo le doy la orden de abrir la cancela. Gianquinta parece atontado, el miedo le impide comprender la situación, no responde y se limita a mirarme interrogativamente. Repito la petición con voz más dura. Silencio.

Le digo que contaré hasta tres. Después, si no obedece, dispararé.

Uno… dos… Me encuentro a unos tres metros de ellos. Apunto con el arma ostentosamente a la altura del corazón para estimular una reacción. Silencio.

El brigada está claramente en un estado de confusión total. Pasan todavía algunos segundos durante los cuales invito nuevamente a Gianquinta a obedecer. Silencio… recalco el "¡tres!". Ahora la situación amenaza con escapárseme de las manos, no puedo farolear más. Bajo el arma y aprieto el gatillo.

Con el eco del disparo en las orejas veo al brigada llevarse las manos al bajo vientre desplomándose y gritando. Mi intención era golpearle en el muslo y ahora siento un instante de desconcierto al ver a este hombre por tierra que se lamenta dolorosamente. Ha sido mi primer acto de violencia cometido hacia a un ser humano que se encontraba en manifiestas condiciones de inferioridad respecto a mí. Massaria ha notado mi turbación o quizás piensa que le dispararé también e intenta el todo por el todo.

Me salta encima. Le disparo. La bala no detiene el empuje de su cuerpo macizo. Doy un salto atrás y disparo otros dos tiros.

Cae pesadamente al suelo sin un lamento. Está desde luego muerto…

El mazo de llaves ha caído en mitad del patio. Me debo espabilar…

¡Rápido! ¡Rápido! Recojo el mazo de llaves y sin hacer caso de Rosciano me precipito sobre la cancela. Cambio la pistola de mano y con la derecha comienzo a probar las llaves ¿cuál será la buena? ¡Rápido! ¡Rápido!

Un objeto me roza la cabeza y se abate sobre la cancela. Me vuelvo. Rosciano me está tirando bolsas de cuero llenas de no sé qué cosa. Una está a punto de golpearme en la cara e instintivamente detengo su trayectoria con la mano armada.

El impacto hace salir un tiro que se pierde en el aire. Rosciano está a cinco metros y me mira con miedo quizás arrepentido por su reacción. No quiero dispararle: en el pasado siempre ha sido muy amable conmigo. Le hago una señal, con la pistola, de desaparecer de mi vista. Obedece al vuelo y se refugia en un cuartito contiguo. Las llaves son complicadas, tienen el macho por los dos lados y debo probarlas en ambos sentidos. El brigada Gianquinta continúa lamentándose penosamente. ¡Espabílate Horst! ¡Hazlo rápido o todo estará perdido! De repente alguien llama al timbre desde fuera de la cancela.

A lo mejor uno de los guardias centinela del exterior, habiendo oído los disparos, quiere averiguar lo que está sucediendo. ¿Qué hacer? Si llegase a abrir, desarmar al guardia armado. Pero ahora el problema no es éste.

El plan original ha fallado. Inútil engañarme. Quizás los carabinieri de Fossano han sido alertados ya. ¿Puedo arriesgar que mis amigos sean arrestados? Ellos no son responsables de la muerte de Massaria ni de la probable de Gianquinta. Ahí está Gianquinta, está ahí, en un charco de sangre lamentándose mortecinamente. Massaria no da señales de vida.

Sí, cierto, aquellos de fuera no son responsables de esto, pero el código Rocco[1I] no tiene en consideración estas sutilezas. No Horst: eres tú quien se ha metido en este pastel y eres tú el que ahora debe buscar salir o afrontar las consecuencias. Sí Horst: desde este momento estás de nuevo solo. Solo como ya lo has estado tantas veces en tu incongruente existencia. En un segundo todo está decidido: subiré de nuevo a los locales administrativos, tomaré a todo el personal de rehenes, ganaré tiempo. Allí fuera podrán irse. Sí Horst: desde este momento estarás solo. Desde este momento debes improvisar. Si lo piensas, joven chico viejo de 34 años, toda tu incongruente existencia ha estado guiada por la señal de la irracionalidad. Ya desde pequeño, aunque lleno de dotes naturales, comenzaste a desmantelar tu existencia. Has sentido siempre el encanto de lo desconocido, de lo difícil, también –es necesario admitirlo– rara vez has resuelto los problemas con los que cargabas. Ata cabos a tu favor, tu falta de egoísmo, tu gentileza –que quizás no es más que una forma de contestar a las bombas y atrocidades de tu infancia alemana– tu gentileza… Gianquinta no se lamenta más. Ahí está yaciendo en un charco de sangre como Massaria. Tu gentileza…

Horst, déjalo pasar, reflexionarás después, pasa del folklore.

Has pasado una página en tu existencia, continúa deshojando este nuevo libro. Éstos son los últimos medios que el sistema deja a tu disposición. Úsalos. No te pierdas en sentimentalismos. Los jueces que te han

1. Alfredo Rocco (1875-1935) fue Ministro de Justicia del régimen fascista de Enero de 1925 a 1932. Durante aquel periodo Rocco puso en marcha varias leyes para la transformación del Estado en sentido autoritario y antidemocrático, hasta aprobar los nuevos códigos (penal y de enjuiciamiento penal).

condenado a treinta años, aun sin haber hecho nunca daño físico a una mosca, no tenían estos problemas. Ya, pero ellos están allí tranquilos admirando sus viejos códigos penales llenos de telarañas mientras tú estás aquí envejeciendo con otros, que sin darse cuenta, son víctimas del mismo sistema.

¡Qué silencio! Casi toda la cárcel, ante este acto de extrema rebelión, busca ganar tiempo para recobrarse del estupor.

Una última mirada a Rosciano (¿encenderá un cirio a sus santos?) y carrera arriba por la escalera que lleva a los locales administrativos.

Delante de la puerta que conduce a las oficinas está el brigada Grasso que, alertado por los disparos, no parece haberse dado cuenta todavía de la situación.

Apenas me ve armado se atrinchera detrás de la puerta de madera tratando de obstruirme el paso. Una enérgica patada y la puerta se abre de par en par. Grasso ha escapado refugiándose en la oficina de administración. Para alcanzarlo debo pasar delante de la oficina de cuentas corrientes donde trabaja el cabo Bussotti junto a algún preso. Bussotti, aprovechando la ocasión, trata de sacudirme en la cara con una puerta acristalada abriéndola con fuerza.

La operación le resulta en parte. La cristalera se fragmenta hiriéndome la mano derecha. En el golpe sale un nuevo tiro. El cabo se desploma con una mancha roja sobre el pecho. Avanzo, trato de entrar en la oficina de administración, pero Grasso ha cerrado la puerta atrancándola con una silla. Lanzo una patada a la puerta y se abre con un ruido de cristales destrozados.

Entro. Grasso y Piccirillo se inmovilizan con las manos alzadas. Un preso que trabaja en las oficinas está escondido bajo un escritorio. ¿Miedo o conciencia sucia? Le digo que él como preso, no corre ningún riesgo. Que se vaya deprisa. No se lo hace repetir dos veces.

Teniendo bajo control a los dos carceleros con funciones administrativas controlo la oficina. No me gusta. Las ventanas dan hacia el cuartel de la guardia, además solo está el teléfono interno. Hago trasladarse a los dos y nos vamos a la oficina del director, donde desgraciadamente no está el director, que se encuentra de vacaciones. La oficina está ubicada de forma ideal para atrincherarse y sobre el escritorio está un utilísimo teléfono.

Hago acomodarse a Grasso y Piccirillo sobre un cómodo diván, les ordeno inmovilidad absoluta y me dispongo a alejar de su alcance cualquier objeto contundente que, en caso de un improbable pero siempre posible impulso heroico, pueda ser utilizado de forma antipática. Observo a mis dos rehenes. El joven Piccirillo parece tranquilo, Grasso asustado.

Les digo que la situación es crítica para mí y para ellos, pero si colaboran sin intentar locuras, sus posibilidades de salir vivos de esta aventura serán mayores que las mías. Añado que si intentan reaccionar no dudaré en dispararles como ya lo he hecho con sus colegas. Me aseguran que no harán tonterías.

Una voz me llama desde el pasillo. La reconozco como perteneciente a un preso que trabaja en una oficina contigua. Me asomo por la puerta. El chico está asustado. Me pregunta si puede irse. Lo tranquilizo y le digo que se vaya enseguida. Otro preso que trabaja en la oficina de Bussotti presenta la misma solicitud. También le digo a él que se vaya, añadiendo que diga abajo a la

custodia que no intente acciones de fuerza so pena de la vida de los dos rehenes. De pronto siento en el pasillo un ruido de pasos que caminan sobre cristales rotos. Me precipito fuera con el arma en mano y me encuentro enfrente de la enorme mole del mariscal adjunto Lococo (¿Dónde estaba, quizá escondido en el servicio?). Está aterrorizado y al ver el arma se pone a correr por el pasillo. ¿Por qué dispararle? ¡No puedo hacer menos que sonreír a la vista de esta tosca silueta que atraviesa tan veloz el pasillo!

Oigo a Bussotti lamentarse. De lejos, sin perder de vista a mis rehenes, le pregunto cómo está y si le es posible levantarse. Me responde que sí. Le digo que se asome a la puerta de su oficina. Después de un poco obedece y aparece en la puerta con la mano apretada sobre el pecho ensangrentado. Le pregunto si puede caminar. Titubeante, no conociendo mis intenciones, me responde que sí. Le digo que se vaya a ser curado.

Permanece incrédulo, después se va con el asombro pintado sobre el rostro.

Un rehén herido habría sido una óptima fuerza de persuasión psicológica, pero no he podido aprovecharme de esta circunstancia.

Salgo con los rehenes, inspecciono las oficinas. Nadie. Hago cerrar con llave la puerta de ingreso y el resto de las puertas. Volvemos a entrar en la oficina del director. Entorno la puerta y apoyo una lámpara de forma que no sea posible sorprenderme sin hacer ruido. Me sitúo a un lado del escritorio del director protegido por un armario. Si alguien entrase a la fuerza sólo llegaría a ver a los dos rehenes y quedaría merced de mi arma. No llegaría a verme mientras que yo lo oiría nada más entrar. Siento

que momentáneamente la situación está bajo mi control y esto me tranquiliza notablemente. También mis rehenes están más tranquilos y desde este momento, más que a mí, comenzarán a temer aquello que podrían preparar sus colegas junto a "las fuerzas del orden".

Le digo a Grasso que llame al teléfono del mariscal. Transcurre un minuto y Lococo está en la otra parte del hilo. Por su forma de decir "dígame" comprendo que todavía está turbado por nuestro encuentro en el pasillo.

En la cárcel la confusión debe ser enorme. Todavía no he oído a las ambulancias venir a recoger a los heridos. Le digo al mariscal que, debido a la ausencia del director, él es momentáneamente la autoridad más elevada de la cárcel y que, por tanto, la vida de los rehenes dependerá de las decisiones que tome en los próximos minutos. Le hago comprender que cualquier tentativa de fuerza se resolverá con la muerte de los rehenes. Le digo que tengo dos recargas de reserva –cosa absolutamente falsa– y que no dudaré en usarlas. Por su modo respetuoso y embarazoso de responderme comprendo que no tiene intención de tomar iniciativas y que está a la espera de órdenes "de arriba". Corto la comunicación y le digo al brigada Grasso que llame al fiscal jefe de Turín.

Me doy cuenta, que desde este momento mi autocontrol jugará un rol importantísimo. Sé que desde este momento se iniciará un exasperante asedio y que serán usadas todas las perspicacias psicológicas para derrumbarme y empujarme a la rendición. Me juro a mí mismo que no cederé. Soy el único en saber que todavía me queda una bala y en este momento decido que, si no me dejan una vía de escape, esta última bala será para mí.

# LA ESPERA

HORA 10.- El fiscal jefe de Turín no se encuentra.

Al aparato se pone un sustituto al cual ratifico cuanto le he dicho a Lococo. Añado que para ellos, quizá, la vida de dos alguaciles tiene poca importancia, pero que desgraciadamente no dispongo de un procurador para meter en la balanza de las negociaciones. Trato de hacerle comprender que en el punto al que he llegado no tengo nada más que perder y que, por tanto, no deberían existir dudas sobre el hecho de que no dudaré en llevar a cabo mis amenazas en el caso de que se intentase una solución de fuerza por parte de la autoridad. Por lo que concierne a mis peticiones, las daré a conocer en cuanto me pongan en contacto con un magistrado más alto en grado o con un funcionario del ministerio, autorizado a negociar. El sustituto turinés no esconde su rabia, pero evita inteligentemente enervarme. Sirenas de ambulancia me hacen comprender que finalmente los heridos han sido trasladados al hospital… el gran retraso, de todos modos, me hace pensar que Gianquinta y Massaria quizá estén muertos. Seguro que Bussotti ha sido trasladado al hospital por algún colega.

De vez en cuando algún pequeño ruido me sobresalta. Estoy yendo y viniendo continuamente del escritorio a la puerta entornada para controlar todo ruido

sospechoso. Este comportamiento, quizá, interpretado como manifestación de nerviosismo, preocupa a Grasso. Trato de tranquilizarle diciéndole que sus vidas están en manos de la autoridad. Si no me obligan, no les tocaré ni un pelo. Esto no le tranquiliza, dice que sus vidas valen poco; los otros, refiriéndose a los superiores, añade, nos llaman "carne ya vendida"[2].

Ya, carne vendida… Es verdad, esta expresión suena a menudo en las cárceles y es de procedencia meridional. Esta humillante denominación es perfectamente comprensible: casi todos los carceleros provienen del Sur, así como las "fuerzas del orden".

El alistamiento es una de las pocas salidas para salir del desempleo, de la miseria, de la precariedad.

La paga no es muy alta, pero es segura. Así, estos hijos de la miseria traicionan más o menos conscientemente a sus hermanos de sufrimiento vendiéndose a las instituciones creadas justamente para mantener y perpetuar las actuales injusticias sociales.

El hijo de pastores sardos que se ha convertido en carcelero encontrará otros pastores sardos que para sobrevivir han preferido robar dos ovejas antes que hacerse carceleros. El hijo de jornaleros que se ha hecho policía se encontrará aporreando a jornaleros y trabajadores que luchan para obtener mejores condiciones de vida. Así, hermanos de una misma clase se enfrentan entre ellos mientras el enemigo, el verdadero enemigo común de unos y de otros, se ríe odiosamente fuera de la trifulca…

2. N.d.T. en el original "carne venduta". La traducción al castellano sería carnaza, pero nos pareció que carne ya vendida reflejaba el sentimiento y sentido economicista donde ciertas vidas son mercancia que el autor criticaba.

El teléfono no contesta. A esta hora las altas esferas están necesariamente alertadas. Si no tratan de ponerse en contacto conmigo es porque esto entra dentro de su plan. ¿Qué están tramando? Trato de pensar qué haría yo, en una situación de este tipo, si fuese un dirigente de la policía y hubiese recibido la orden de eliminar a Fantazzini sin comprometer "demasiado" la vida de los rehenes.

Tratar de desalojarme sería estúpido ya que ellos no saben que me queda una última bala y que puesto entre la espada y la pared la usaré para mí sin ningún titubeo. ¿Y si hiciesen cuenta de los disparos que he realizado y se convenciesen de que no tengo municiones de reserva, que me estoy tirando un farol?

Le digo a Grasso que telefonee a la centralita y que me pase el teléfono. Aquí está de nuevo el mariscal. Le digo que me ponga con el funcionario adjunto de más alto cargo de las cárceles. Dudando me dice que todavía no ha llegado ninguno, que han salido de Turín y que llegarán en breve. Le digo que si en media hora no está el fiscal jefe de Turín al teléfono ocurrirá lo inevitable… Le digo que atienda porque quiero hacerle hablar con Grasso. Pasándole el auricular al brigada le digo que ruegue a Lococo que disuada a quién sea, de intentar acciones de fuerza porque esto significaría sacrificarlos a él y a Piccirillo. Mostrándole mi bolsillo hinchado (contiene una agenda que llevo desde hace años) le digo que tengo dos cargadores de reserva y que quiero que informe de esto al mariscal.

Grasso es extremadamente convincente y suplica con terror al mariscal que impida arrebatos. Exagera incluso el número de cargadores afirmando haberme visto tres…

Bien, ahora Lococo dará buena cuenta, ya que es cierto que las cárceles andan llenas de jueces y altos funcionarios de policía.

Vuelvo a reflexionar sobre lo que estarán tramando allí fuera…

El teléfono suena y me sobresalta. Es el teléfono interno de la habitación contigua, la oficina de administración. El teléfono se encuentra junto a la ventana que da hacia el cuartel de los guardias. El teléfono suena varias veces antes de parar. Extraño… Saben perfectamente dónde nos encontramos… ¿Por qué no llaman aquí? Después de un rato vuelve a sonar.

¿Por qué insisten en fallar? No, no es solo extraño… estoy seguro de que si pasase a la otra habitación no llegaría a descolgar el auricular ya que un francotirador me dejaría seco.

Por tanto, este es su primer intento para resolver el caso.

La cosa me preocupa porque indica que desde arriba han llegado a órdenes contrarias a la posibilidad de hacer negociaciones conmigo. Horst, estate atento: estos estarían muy felices de ensartar tu cabeza en un palo para mostrarla en la calle. Ya te han hecho el juicio…

Las ventanas de nuestra habitación están cerradas pero las contraventanas están abiertas. ¡Gran descuido! A lo lejos se entrevén los tejados…

HORA 11:30.- El teléfono suena. Es el inspector regional que dice ser el encargado de hacer llegar al ministerio de Gracia y Justicia mis intenciones.

La voz no esconde el tono de quien está acostumbrado al mando. Le resumo cuanto ha sucedido aclarando que mi intención era evadirme sin inútiles derramamiento de sangre. La reacción de los guardias me ha obligado a disparar y a modificar totalmente mi plan inicial. Le digo que ahora me encuentro en una situación imprevista y que estoy obligado a improvisarlo todo. Que me doy perfecta cuenta de que mis posibilidades de salir de esta son mínimas, pero que tengo intención de explotar estas posibilidades hasta el límite extremo. Después de todo lo sucedido, digo, existen sólo dos posibilidades: arrancar la libertad o morir junto a los rehenes.

Le digo que todavía no tengo un plan preciso, que por el momento, si temen por la integridad de los rehenes, se deben limitar a no intentar ninguna acción de fuerza. Más tarde daré cuenta de mis peticiones. Por el momento quiero una radio transistor. Con el mismo tono calmado de voz concluyo diciéndole que por el momento su cometido más importante es velar porque ninguno intente acciones imprudentes.

Me dice que no se intentarán acciones de fuerza, no por atención hacia mi persona, sino para evitar otro derramamiento de sangre después de los heridos de esta mañana. En el caso de que me pueda interesar –añade– los dos heridos más graves están vivos. De los dos es Gianquinta el que suscita mayor preocupación, pero que no se teme por su vida. Bussotti está prácticamente fuera de peligro. Dado que aún no ha sucedido nada irreparable –añade– la cosa mejor y más inteligente es desistir de mi intento de evasión.

Respondo que en este punto es impensable que yo pueda rendirme. Esta tarde estaré libre o muerto.

El inspector dice que relatará íntegramente nuestro diálogo a quien deba, relatará todo, incluso mi tono de voz. Buscarán la radio y apenas la hayan encontrado me llamarán para que les haga saber por qué medio me la deben hacer llegar. Me pide hablar con los rehenes para asegurarse de su estado. Lo complazco y Grasso le suplica que acceda a cada petición mía, de otro modo –está seguro– él y su colega no saldrán vivos de esta aventura.

Esta llamada no parece haber animado mucho a Grasso. Piccirillo en cambio parece tranquilo. Observa continuamente mi Mauser. ¿Qué está pensando? Le pregunto si está soñando con una medalla y un nuevo y flamante grado por haber (con abnegación y sentido del deber) arriesgado la vida para desarmar a un peligroso bandido. Permanece asombrado por mi tono de voz bromista y contesta que no tiene ninguna intención de hacerse el héroe.

Le digo que no se meta en la cabeza estupideces, ratificando que no tengo odio personal contra ellos, que los considero pequeñísimos engranajes de una monstruosa máquina cuya verdadera función no entienden. Repito que no les pasará nada, a condición de que no traten de obstaculizarme como han hecho sus colegas Massaria y Bussotti. Asienten ambos, después Piccirillo me sorprende diciéndome que tiene hambre.

HORA 12.- Doy disposiciones telefónicas para hacer llegar comida, bebida (sólo naranjada), tabaco y la radio. Piccirillo se presentará en la ventana de la oficina de administración, yo seguiré sus movimientos desde lejos haciéndome escudo con Grasso. Desde abajo tirarán un ovillo de hilo que Piccirillo cogerá; de un cabo del hilo

estará atado un cesto conteniendo todo lo pedido. Piccirillo tirará de todo, comprendiendo que una eventual "broma" pondría en peligro la integridad de su colega.

Piccirillo comprende perfectamente la situación y todo se desarrolla sin obstáculos. Piccirillo, como hemos convenido, apoya el cesto sobre la mesa cercana al teléfono y vuelve a su puesto del sillón. Sólo entonces permito también al brigada retomar su puesto junto a su colega.

Controlo el contenido del cesto: jamón cocido, pan, cigarrillos, una botella de naranjada, una radio portátil escacharrada con una pila externa sujetada por unos elásticos. Tengo sed. Destapada la botella invito a Piccirillo a beber un gran sorbo de naranjada. Yo y Grasso no tenemos hambre, por tanto es el joven Piccirillo el que empieza a comer con aparente apetito el pan y el jamón. Decido esperar un poco antes de beber para observar las reacciones de la "cobaya" Piccirillo.

Yo y Grasso fumamos muchísimo: un cigarro tras otro. Piccirillo no tiene este vicio.

Siento ruidos sobre nuestras cabezas: pasos, muebles desplazados. Grasso me dice que se trata de los reclusos que trabajan en la sastrería. La cosa sería demasiado absurda. Telefoneo inmediatamente y digo que si no dejan de intentar estupideces se encontrarán con tener que sacar fuera tres cadáveres.

Alarmados me dicen que esté calmado, que ninguno tiene intención de arriesgar vidas humanas. Quizá sea verdad, pero podrían tratar de meter gases somníferos desde cualquier pequeño agujero hecho en las habitaciones adosadas.

Se trataría de un peligro remoto dado que las ventanas de todas las habitaciones están abiertas. De todos modos no se escuchan más ruidos sospechosos.

¿Qué probabilidades tengo de salir de esta? Pocas… Salir de aquí no es el problema principal. Está claro que si consiguiese un coche, éste será continuamente seguido a distancia con la ayuda de radares.

En el mismo momento en que abandone a los rehenes empezará una formidable caza al hombre. Me encontraré en el centro de un cerco que se cerrará cada vez más… ¿cómo colarse a través de la trampa? El hecho de tener documentos falsos y que ellos no lo sepan es un punto en mi favor. Una posible solución se ilumina en mi cerebro…

Quizá… pero es necesario esperar a la oscuridad para eludir la vigilancia de los helicópteros. ¿Es bueno permanecer atrincherado aquí dentro por tantas horas? El riesgo vale la pena: con la oscuridad mis posibilidades de éxito serán notablemente mayores.

Observo a los dos carceleros-presos. Piccirillo come en silencio, Grasso no hace más que acariciar y mover su anillo matrimonial…

Le pregunto si tiene hijos. Sí, dos. Yo también tengo dos hijos…

La alianza no la llevo pero si la tuviese, podría entretenerme en acariciarla por treinta años…

Anna… en breve alguien se encargará de darte la noticia de cuanto está sucediendo en Fossano. Quizá lo sepas ya, quizá hayas escuchado el noticiario de la radio y el corazón se te haya parado por un instante.

Pequeña y dulce Anna, que debes encajar un nuevo dolor por causa mía. Hace pocos días estabas aquí en Fossano conmigo. Llegaste toda sonriente por las buenas noticias respecto a una petición de gracia que tenías intención de presentar. Dijiste que si fuese necesario acamparías con nuestros hijos sobre la escalera del Quirinale, y harías una huelga de hambre para atraer la atención del presidente y de la opinión pública sobre mi linchamiento jurídico.

Nanuska, pequeña y dulce loca, como es de extraña la existencia… después de tantas canalladas, humillaciones, separaciones, reencuentros, más separaciones, algunos meses atrás, en Fossano, nos hemos reencontrado de nuevo la una en los brazos del otro y las sensaciones eran de nuevo las mismas del primer día. Aquel día de hace tanto tiempo. ¿Recuerdas? Tenías dieciséis años y yo apenas diecisiete… nos casamos el año siguiente. ¿Recuerdas nuestra primera casa toda para nosotros? En el lugar de la mesa había una caja cubierta por un mantel, la cama era de una sola plaza… Anna, pequeña, sabes cuántas veces, en mi opulenta clandestinidad "alemana" he recordado con nostalgia aquella habitación desnuda, esa pequeña cama llena de recuerdos tan grandes, a ti y a mí que no teníamos ni veinte años y queríamos desafiar al mundo… sí, éramos entrañables, éramos amables, pero los que nos daban trabajo especulaban igualmente con nuestra edad, y nuestro trabajo de trabajadores era pagado con la calificación y el salario de aprendices… sí, me parecía que las privaciones y la miseria eran sólo cosas pasajeras mientras nuestro amor, el placer de estar juntos, debería ser eterna. En 1960, ¿recuerdas?, me vino el deseo de hacerte conocer el placer de unas pequeñas

vacaciones en el mar. Sólo tenías diecinueve años, eras mamá desde hacía pocos meses, era una cosa que te pertenecía por derecho.

No llegamos nunca hasta el mar: el coche en el que nos pararon era robado, el dinero que llevaba en el bolsillo era el de mi primer robo…

Después de cinco años de cárcel, a pesar de la aparente voluntad, no fue fácil retomar el punto donde lo habíamos dejado: a pesar de nuestra juventud ambos estábamos envejecidos, algo dentro de nosotros se había roto… Para ti años de humillaciones, de desalientos, de no sé qué cosa… Para mí luchas absurdas, cárcel, la evasión, un reto en forma de carcajada que atravesó media Europa, de nuevo la cárcel… Casi ochos años después, hace unos pocos meses aquí en Fossano, nos hemos encontrado inexplicablemente abrazados. Aquel día, Annina, reías y llorabas, y yo –¿recuerdas?– recogía tus lágrimas sobre la punta de mis dedos y… Solo han transcurrido cuatro meses desde entonces en los cuales has estado casi siempre aquí en Fossano. Me hablabas continuamente de tus proyectos, de tus esperanzas y entre un beso y otro, entre dos lágrimas se mezclaban las palabras: Gracia, libertad condicional, revisión procesal… Tú creías en estas nuevas palabras mágicas que habías aprendido y yo no tenía el coraje de decepcionarte.

El último coloquio, Anna, ha sido hace pocos días. Ahora, volviendo a pensarlo, te volverá a la mente mi extraño comportamiento. ¿Recuerdas Anna cuando el guardia vino a decirte que el tiempo había acabado? Cogí dulcemente tu cara mirándote largamente a los ojos, como si debiese imprimirme fuertemente tu rostro

en la memoria, grabármelo dentro, como si estuviese a punto de emprender un largo viaje…

Así es Nanuska, ahora has comprendido todo y espero que al menos tú, tú que me has traído aquí tus sonrisas, tus lágrimas, tus esperanzas, tú que has sido recriminada sin saberlo yo por un brigada porque a veces eras demasiado afectuosa conmigo durante las horas de coloquio (sí, porque en la cárcel está tolerado sodomizarse, pero es un peligro besar con pasión a tu propia mujer…), espero que al menos tú no me condenes por lo que he hecho y haré hoy. Sí, es verdad: he disparado a gente que no estaba en condiciones de defenderse, me estoy atrincherando odiosamente tras dos pobrezuelos, ¿pero de cuántas violencias “legales” hemos sido víctimas tú, yo y tantos como nosotros?

Hace algunos días escribí una carta para ti y nuestros chicos. En el momento te parecerá una carta como tantas otras, pero ahora, cuando la releas, comprenderás el verdadero significado. Era una carta de esperanza, pero ahora, si esta historia acaba trágicamente, se convertirá en una carta de despedida.

Una puerta bate con violencia… nos sobresaltamos los tres. Obligo a Grasso a levantarse y juntos nos acercamos a la entrada de nuestra habitación. Digo al brigada que grite a los posibles hombres apostados en el pasillo que se vayan o comenzaré a disparar. Ante las invocaciones de Grasso hace eco el silencio. Espero algún minuto espiando eventuales ruidos sospechosos, después de haber hecho levantarse también a Piccirillo, inspeccionamos el pasillo y las habitaciones contiguas haciéndome preceder por los dos. Todo está en su lugar

y cerrado con llave tal y como lo habíamos dejado por la mañana. Habrá sido una corriente de aire.

HORA 13.- Tengo una sed tremenda, calor, me he fumado todos los cigarrillos, la tensión… Observo a Piccirillo: me parece que la naranjada no le ha "dañado", su mirada todavía brilla. Cojo la botella y le doy un gran trago. Grasso no quiere.

Escucho con ansia las noticias de la radio. Espero enterarme de los preparativos externos, conocer sus intenciones…

Mis esperanzas se convierten en desilusión: el noticiario es breve y no me da ninguna información que no conozca.

El silencio es casi total. De vez en cuando –lejana– una cancela que se abre y se cierra. Bien o mal la cárcel continúa funcionando arrastrando detrás sus reglamentos absurdos, sus brutalidades, nuestras esperanzas continuamente rasgadas por la realidad.

Pienso en mis compañeros de aventura, en su sorpresa, trato de imaginarme sus pensamientos. ¿Están sufriendo conmigo en estos momentos?

Alguno seguro que sí, pero la mayor parte me estará maldiciendo por el temor de que lo sucedido conllevará restricciones dentro de la cárcel. Sí, desde luego habrá cambios aquí en Fossano y me disgusta por aquellos que se quedarán. De todos modos, los resignados no tienen demasiado miedo: en otras cárceles habrá siempre magníficos jóvenes que subirán a los tejados a gritar su asco y gritarán tan fuerte que no se sentirá demasiado vuestra ausencia. De vez en cuando, cuando la opinión pública

levante una ceja, el Gran Padre dará una mano de barniz de oro sobre vuestras jaulas y tendrá poca importancia –¿verdad?– si después los que no se han resignado son arrojados, por meses, por años, de una cárcel a otra, conociendo solo celdas de aislamiento y castigo, vejaciones, abusos…

Es momento de presentar mis peticiones. Hago ponerse al inspector al teléfono, le digo que quiero un coche veloz, en perfecto funcionamiento y lleno de gasolina. Quiero también cinco millones al contado[3]. Le digo que no se maraville por lo grande de la cifra, dados los precios que actualmente pagan por los rescates, y que no intento aprovecharme de la situación para enriquecerme. A mí me interesa la libertad. Dado que fuera pasaré a estar en la incertidumbre, necesito un poco de dinero para afrontar mis necesidades en el caso improbable de que pudiese escaparme. Estas son mis peticiones principales. Quiero saber lo antes posibles si en las altas esferas acceden antes de entrar en detalles menores.

Grasso está preocupado. Es claramente escéptico sobre la posibilidad de que mis peticiones sean aceptadas. Trato de tranquilizarlo. Le digo que cualquier semana atrás, nuestras vidas habrían tenido el precio de un poco de plomo, pero que hoy en el ministerio se sienta un hombre de izquierdas que, teóricamente, debería tener otros parámetros para juzgar el valor de la vida humana. He leído en alguna parte que el nuevo ministro conoció la cárcel por actividades antifascistas. Extraña situación: luchar, sacrificarse, para después encontrarse –treinta años después– a la cabeza de un ministerio cuya

3. N.d.T. En los años 70 un empleado o trabajador medio cobraba mensualmente unas 100 liras, un funcionario alrededor de 150 liras.

función es actuar para la aplicación de leyes profundamente teñidas de negro…

Silencio. Grasso mira todavía su anillo. ¿Qué harán allí afuera?

*«… circulan muchas voces: hay cincuenta francotiradores apostados. Están estudiando hacer entrar en la oficina un gas que les hará caer dormidos…».*

(*La Stampa*, 24 de julio 1973, R.Lugli).

Seguramente están intentando encontrar una solución que permita ponerme fuera de combate sin arriesgar "excesivamente" la vida de los rehenes, ¿pero cuál? La radio no me da ninguna información interesante.

Si estuviésemos en otro lugar –por ejemplo en Francia– radios privadas como Europa I o R.T.L. seguirían los acontecimientos en directo y yo sabría qué sucede fuera…

*«… estábamos todos allí, llegados desde Milán, de Turín, de otras partes para ver lo que sucedía cuando el drama acabase. Habíamos hecho un largo viaje por la llanura bajo el sol, después entre las colinas de Langhe, escuchando la radio del coche que repetía monótona: "Horst Fantazzini, el preso de la cárcel de Fossano, ha herido gravemente a tres guardias y ha cogido a dos rehenes. Ha pedido un coche para poder fugarse con los rehenes que tiene bajo la línea de tiro de su arma. Jueces y funcionarios de la cárcel tratan de convencerlo para que abandone su descabellado plan…".*

*Estaba este hombre dentro de la prisión y nosotros allí fuera. Entre carabinieri, policías y periodistas seríamos unos cien, doscientos… Había un gran movimiento de jóvenes de paisano con las armas en la mano. Jamás*

*se había visto, en Italia, tantos hombres de la fuerza pública con tantas armas, todas del último modelo, todas muy especiales. "¿Esta cuál es?" He preguntado a un joven que tenía una larga pistola cogida por una mano. "Un revólver Brigadier Beretta larga", ha respondido, "puede disparar golpes sueltos o a ráfaga".*

*Un oficial de los Carabinieri encargaba a otro de estos jóvenes a ir a su coche: "tráeme mi MAB". Un anciano subteniente, también de los carabinieri, uno de aquellos altos subtenientes viejos que mandan en las comisarías de pueblo, paseaba arriba y abajo frente a la prisión con una carabina más grande que él, con un visor sobre el cañón. Su fusil traía a la mente el arma con la que Oswald disparó a Kennedy».*

(Il Giorno, 25 de julio 1973, Franco Pierini).

Piccirillo pide ir al baño. ¿Está volviendo a pensar en su medalla? Le dejo ir, pero trato de no regalarle ninguna posibilidad de sorprenderme. Si en las horas que todavía tenemos que "convivir" juntos Piccirillo consigue desarmarme, será necesario decir que su condecoración de metal se la habrá ganado…

Le pregunto la hora a Piccirillo. Las 14 y algún minuto. Enciendo la radio pero es demasiado tarde para el noticiario. Estoy cansado de depender de Piccirillo para saber la hora, por tanto le digo que me pase su reloj: cuando lo deje libre se lo restituiré. Me entrega inmediatamente su variopinto cronómetro. Sonriendo le digo que por este acto seré denunciado por atraco.

Sorprendido me dice que él no me denunciará. En una situación de estas ciertamente no será una denuncia

por atraco la que pueda agravar mi situación. Sólo me desagrada ser denunciado por un reloj. Si hubiese sido el reloj de Agnelli[4]; paciencia…

Grasso y yo fumamos sin parar; pienso que llevo toda la mañana echando la ceniza y las colillas en el cenicero, se me escapa la risa, me parece un golpe grosero, en una situación así, esta costumbre civil. Condicionamiento, condicionamiento, cuantas castraciones mentales en tu nombre…

Grasso me mira ansiosamente, mi risa lo está preocupando. Para tranquilizarlo le repito el curso de mis pensamientos, pero no parece captar el sentido "liberador" de ruptura que puede ocultarse en el "deseado" gesto de tirar una colilla sobre una alfombra…

¿Qué estarán haciendo allí afuera?, ¿Y ellos, mis amigos venidos de tan lejos, se habrán ido? Espero que a este punto hayan entendido que es esencial irse. Con todos los esbirros que hay en la zona, si permanecen en los alrededores esperando mi salida están en peligro. Si consigo despistar a mis perseguidores, durante algunos días tendré que arreglármelas solo. Con los documentos falsos que tengo y con el dinero que me entregarán, no será difícil. ¿Pero conseguiré salir de la trampa? Sí, siento que lo haré… Sí, creo que es posible conseguirlo, pero no debo cometer equivocaciones, de otra manera habrá acabado.

Un fallo y se acabó… ¿acabado el qué Horst?

---

4. NdT Agnelli era el propietario de FIAT, empresa en la que en los 70 de desarrollaron muchs luchas obreras y la patronal usó varias estratagems reformistas muy eficaces. Para más información consultar Balestrini, Nanni y Moroni, Primo. *La horda de oro: la gran ola revolucionaria y creativa política y existencial* (1968-1977). Madrid, Traficantes de Sueños, 2006. Actualmente sigue siendo prácticamente propiedad de la familia.

Hace tiempo que acabó y tú lo sabes, aunque continúes engañándote. Son años que sueñas con un rescate imposible, que te agarras a un clavo ardiendo, que persigues una virginidad moral irremediablemente perdida… Sí, quien te quiere mucho dice que todos tus problemas llegaron desde aquella vez que te acusaron de un delito que no habías cometido. Después te fugaste de la cárcel… Sí, cuando una condena injusta (¿pero una sociedad injusta puede emitir condenas justas?) nos cae encima, a veces el rechazo a sufrir físicamente una injusticia es la reacción individual más humana. Pero cuando una condena sale de nuestro interior, de nosotros mismos, pasa a ser extremadamente difícil soportar el peso. En realidad no son los atracos hechos o no hechos los que te pesan.

Atracar banco tras banco te daba una coartada moral. O al menos estabas convencido. Los bancos son los templos del capitalismo: robarlos es como maldecir a la cara a los patrones…

Después te gustaba leer en los periódicos la pequeña "leyenda" que los periodistas aburridos de su rutina provincial te estaban fabricando: "el atracador solitario", "el atracador cortés", "el inaprensible Primavera Roja"… Son pequeñas cosas que ayudan a superar los problemas complejos más o menos conscientemente…

Tu calma, tu cara honesta, la desconfianza respecto "al ambiente" eran tus puntos de fuerza. Sí, cierto, a veces era difícil hacerlo todo sólo, pero el hecho de no poder contar con "soplos" paralizaba a la policía. Todo te resultaba fácil y te divertías mandando billetes de mofa a aquellos comisarios que habían aprendido bien tu difícil nombre alemán… En Francia, en Alemania pasaba lo mismo.

Los varios *Herr Doctor* que vivían en el bloque alemán que habías elegido como residencia no eran tan racistas hacia ese comerciante italiano discreto y amable que tan a menudo se ausentaba por "negocios". Se puede ser un poco racista hacia el inmigrante que prostituye su fuerza de trabajo por un puñado de marcos, pero no contra quien ejercita dignas profesiones liberales.

Además, estos inmigrantes tan ruidosos prefieren el aceite de oliva a la mantequilla, el vino a la cerveza, la pasta a las patatas; además gastan tan poco: esos marcos que mensualmente mandan a la numerosa familia dejada en el lejano pueblo representan una peligrosa hemorragia para la economía alemana… Sin hablar de aquella absurda historia sobre la supuesta superioridad viril de los pueblos latinos, fábulas que no obstante embaucan a muchachas alemanas de vez en cuando…

Sí Horst, todo te resultaba fácil y aparentemente no tenías problemas.

Aparentemente… ¿Y ese malestar que te crecía dentro?

Una vez al mes rellenabas una bolsa de liras, de marcos o de francos; después un día llegaste a pensar que ese dinero, que tú reúnes en pocos minutos, para un trabajador representa años y años de duro trabajo.

Sí, ¿pero qué culpa tienes tú? Nunca has explotado a ninguno…

¿Cómo era aquella frase? Ah, sí: "si un solo hombre infringe la ley comete un delito, pero si el mismo acto viene consumado al mismo tiempo por diez mil hombres, no se trata ya de un delito sino de una revolución". Sí, no es culpa tuya si ellos aceptan sin rechistar enriquecer a los patrones. Si todos hiciesen como tú, pero no movidos por

el egoísmo, sino por la imposibilidad de dejarse explotar o de hacerse explotadores, la revolución se habría hecho y la Nueva Sociedad estaría a las puertas…

No, Horst: puedes engañar a todos pero no a ti mismo. La incomodidad permanece y recitar la parte del comerciante acomodado cada vez te pesa más.

Eres tonto Horst: la gente te juzga por lo que pareces, por aquello que quieres hacerles creer a ellos. El hecho de que tus vecinos de casa o la policía, te crean un honesto comerciante equivale para ti a permanecer libre. No dejarte corroer por tus problemas metafísicos. En Italia te han condenado ya dos veces en rebeldía: quince años de prisión y te esperan otros procesos…

Libre… fugarse de una prisión para recluirse en otra…

Para un hombre es tremendo renunciar a su propia identidad. Vivir con una gran chica engañándola cotidianamente enmascarando parte de tu propia vida, de la propia personalidad. Sentir a veces la imperiosa necesidad de abrirse, de encontrar complicidad moral, pero no hacerlo por prudencia o por temor a no ser comprendido. Haber pasado la mayor parte de la propia existencia con restricciones económicas y ahora, con la posibilidad de darse un capricho, sentirse vacío y no desear nada en particular. Mirar el propio futuro y verlo vacío. Pensar en la inutilidad de los proyectos propios: acumular una cierta cifra con la que poder vivir tranquilamente sin tener que estar obligado a arriesgar más. ¡Ya! vivir tranquilamente… ¿Tranquilamente cómo? ¿Como ahora? ¿Vegetar sin objetivo, sin satisfacciones morales (en el sentido antiburgués del término)? Sí, es feo no

ser capaz de refugiarse "completamente" en el egoísmo, particularmente cuando se vive de atracos…

Aquel día, Horst, estabas particularmente triste, ¿recuerdas? El pie empotrado contra el acelerador, mirabas la carretera venir velozmente hacia ti. Conocías muy bien aquella carretera, sabías muy bien que estaba aquella curva, pero no levantaste el pie… ¿Por cuánto tiempo miraste la chapa retorcida del coche destruido? No te cabía en la cabeza haber salido sin un rasguño de aquel accidente. Era tu periodo afortunado Horst: cualquier cosa te salía bien. Si el suicidio fue la excepción a la regla, quería decir que debías buscar una solución distinta a tus problemas. De vez en cuando –¿recuerdas?– mandabas dinero a los periódicos de contrainformación que te resultaban afines para después avergonzarte como un perro comprendiendo que te ponías en el mismo plano que un capitalista que da cualquier cosa en beneficencia para pagar sus raros y débiles remordimientos…

Fue en París donde encontraste la respuesta a tus problemas. Comenzabas a esperar salvarte, estar todavía a tiempo de darle un objetivo a tu irracional existencia cuando, pocos meses después, en Saint-Tropez mordiste irremediablemente el polvo. Era el 27 de Julio de 1968.

La cárcel francesa es tan dura como se pueda imaginar. Después de dos intentos de fuga te encontrabas en Marsella, en las tristes "BaumettesII"[5], inmensa y escuálida cárcel construida por los alemanes durante la última guerra. Estabas en la cárcel hacía pocos meses pero tu nombre ya estaba escrito en rojo. Aislado. Veintitrés

5. Prisión central de Marsella en el distrito 9. Tiene capacidad para unos 1.680 reclusos (a diciembre de 2011), la mayoría hombres. En 2005 el comisario europeo sobre derechos humanos, Álvaro Gil Robles informaba de las condiciones límite en las que vivían los prisioneros

horas encerrado en la celda sin la posibilidad de ver o hablar con nadie, una hora diaria de aire en un cubículo poco más grande que la celda. La única distracción: dos libros semanales de la biblioteca.

Ningún periódico (autorizados en las cárceles francesas a partir de septiembre de 1971), ningún paquete postal, ninguna radio, la televisión impensable.

Aislamiento total del mundo exterior. Carceleros cuya larga costumbre de obediencia a un reglamento incalificable ha determinado en su cerebro deformaciones profesionales irreversibles. Prohibido cantar, prohibido hablar por la ventana, prohibido cambiarse los libros de la biblioteca, prohibido sentarse o acostarse en la cama durante el día. Fuera de la celda prohibido hablar, fumar, tener las manos en los bolsillos o la chaqueta desabrochada, caminar no alineados… El carcelero vigila con gran celo para que todas estas prohibiciones no sean infringidas. Si consigue pillarte haciendo una falta es feliz y su parte te lleva inevitablemente a la celda de castigo.

Auténticas celdas de castigo. Prisión en la prisión…

Te juraste a ti mismo no dejarte llevar. Resistencia pasiva, de otra forma te hubieran destruido como a tantos otros. En el bolsillo, en la libreta que llevas desde hace tantos años, está una poesía que escribiste en Marsella en aquel periodo, diciembre de 1968:

## LA ESPERA (A CAMUS)

Miro alrededor
y veo el vacío
llamo
y sólo me responde el eco.
Esta soledad desgarraría menos si,
pesando el silencio,
no os encontrase,
incrustados por doquier,
risitas de escarnio,
titubeos de jefe,
gestos y miradas cómplices
condenadoras del extranjero, el intruso, el excluido.
No, no gritaré:
No les daré excusas para justificar
la absurda conducta,
para pontificar sobre la inexistente derrota.
Esperaré a otro extranjero,
otros intrusos, todos los excluidos.
Aquel día no les devolveremos
el escarnio y el desprecio,
pero nos limitaremos a dejarlos extinguirse
en su mísero desierto intelectual.
En soledad. Silenciosamente. Sin herederos.

En enero te mandaron a Aix-in-Provence, competente para decidir sobre la extradición pedida por Italia.

El 11 de enero de 1969 conseguiste fugarte. Aix es una ciudad graciosa llena de fuentes coreográficas, una ciudad que vio manifestarse la locura del hermano Van Gogh. Aquel día, Horst, te vi correr por las calles de Aix con una cadena en la muñeca y un sueño de libertad en los ojos.

Te reenviaron a la cárcel, sucio, ensangrentado, el corazón lleno de rabia y de humillación…

El 29 de enero del mismo año estabas en Clairveaux, la más dura e inhumana cárcel francesa y allí permaneciste hasta que te extraditaron.

Mientras te encontrabas en Clairveaux, dos reclusos se ahorcaron, uno se suicidó espectacularmente quemándose a lo bonzo, dos murieron a cuchilladas en peleas. Participaste en tres huelgas de hambre colectivas (550 reclusos) de 11, 9 y 5 días. Una enfermera y un guardia fueron cogidos como rehenes por dos reclusos que pedían la libertad a cambio de la vida de los rehenes. La C.R.S.[6] intentó una acción de fuerza: los rehenes fueron degollados, los dos reclusos –Buffet y Bontemps– sobrevivieron para después ser condenados a muerte y guillotinados.

También en Clairveaux, Horst, intentaste la evasión, pero sólo obtuviste golpes, celda de castigo y nuevas humillaciones.

Pasaron cuatro años y finalmente fuiste reenviado a Italia. Llegaste a la frontera con esposas en las muñecas y cadenas en los pies, pero estabas contento como si fueses libre.

6. Comgnies Républicanines de Sécurite (Cuerpos Republicanos de Seguridad); equivalentes a los antidisturbios en Francia

Estabas lleno de esperanza: te habían condenado en rebeldía por dos atracos, de uno de los cuales eras inocente. Todavía tenías que ser procesado por una larga serie de atracos. En Francia, después de la promesa de un único proceso por los atracos aún sin juzgar y la siguiente reunificación con los otros dos, bajo consejo de tu abogado francés confesaste todo. Habías actuado sólo, con armas de juguete, no había existido nunca violencia sobre las personas. Considerando los años descontados en Francia, habrías podido salir en pocos años…

El abogado se batió como un león, pero sus instancias para la reunificación de los procesos fueron sistemáticamente rechazadas. Tus condenas habrían alcanzado inevitablemente el "techo" de los treinta años. Comenzaste a rechazar presenciar los procesos, limitándote a enviar a la corte cartas de protesta sobre los códigos fascistas.

Hoy, por primera vez en tu vida has usado la violencia. Tú, que siempre has preferido ser arrestado antes que hacer daño, hoy has disparado sobre los hombres que querían impedirte arrancar por la fuerza aquella libertad ya convertida en inalcanzable con medios lícitos, aquella libertad que, después de cinco años de dura cárcel, consideras se ha vuelto un derecho inalienable.

Ahora estás aquí, con una pistola apuntando hacia dos pobres diablos, decidido a jugar hasta el final tu última carta. Eres el único en saber que tu pequeña Mauser no tiene más que un solo disparo. Eres el único en saber que si tu farol se derrumba, esta última bala escribirá la última palabra de tu historia.

Horst, ¿por qué miras tan fijamente tu Mauser? Tu mirada es la misma que aquella que veía cómo se acer-

caba velozmente la calle a tu encuentro hace cinco años y medio, allí en Alemania… Espabílate Horst. Después de tantas esperanzas, desilusiones, humillaciones, golpes, privaciones, después de tantas luchas, después de una espera tan larga, es tu deber luchar hasta el final.

Hace pocos días escribiste una carta a tu familia diciendo que a menudo piensas en una casa, dos habitaciones a la orilla del mar, que piensas en correr con tus hijos y la pequeña Anna en la vecina playa, feliz de poder correr sobre la arena, en el agua, de secarte al sol… Concluías la carta escribiendo que quizá también para vosotros existe en alguna parte un oasis de paz en el cual poder gozar juntos de estas joyas bonitas y simples, estas joyas que todo ser humano debería tener el derecho de poseer…

¿Qué habrán pensado los tuyos leyendo esta carta? Una carta como tantas… Ahora, a la luz de cuanto ha ocurrido hoy, entenderán que creías realmente en esas cosas, comprenderán que tú esperabas realmente la existencia de un pueblo amigo, dispuesto a concederte confianza y asilo, dispuesto a permitir a tu familia alcanzarte en caso de que lo hubiesen deseado. ¿Existe un pueblo de este tipo? Si existe, después del polvo levantado hoy, será muy difícil dar con él, siempre que consigas salir libre de esta situación…

HORA 15.- Grasso continúa mirándose la alianza. Las noticias de la radio no me dicen nada en particular sobre cuanto sucede allí afuera. Piccirillo manifiesta el deseo de beber un café… ¿Qué tramará? ¿Quizá aprovechar una eventual distracción mía? Le digo que espere, luego se verá. Han transcurrido casi seis horas desde que

nos hemos atrincherado en la oficina del director. Extrañamente no estoy cansado y me siento más calmado que en las primeras horas. En las primeras horas el peligro de imprevistas locuras era mayor. Ahora la situación debe estar totalmente bajo el control de las más altas autoridades. No es que éstos consideren la vida de dos carceleros particularmente importante, pero temen la reacción de la opinión pública, por tanto buscarán evitar pasos en falso.

> *«… Horas largas, densas de interrogantes, reflexiones, dudas, miedos por la suerte de los dos rehenes, de los dos desventurados que estaban a la merced del bandido, el cual, ya a la mañana, había demostrado estar decidido a matar. El ministerio de Grazia y Giustizia y del Interior y el jefe de la policía han sido continuamente informados del curso del acontecimiento».*
>
> (*La Stampa*, 25 de julio de 1973, R.Lugli).

Cierto, los centros de poder y de autoridad no quieren hacerse meter el cuchillo en la garganta. Un fallo por parte mía, incluso infinitesimal y no me lo perdonarán. Aguardar a la oscuridad, por ejemplo, me hace estar cómodo por varios motivos: los helicópteros no podrán seguirme, quizá me será más fácil hacer perder mis huellas… Pero es seguramente una gran ventaja también para ellos, dado que pueden emplear todas estas horas en preparar varios planes de acción, intercambiables según la circunstancia.

De todos modos, en lo que me concierne, no tengo nada que perder: entre un "muerto vivo" sepultado en vida en una prisión y un "muerto muerto" sepultado en un cementerio, prefiero esta última eventualidad.

Al menos, aquellos pocos que me estiman, me recordarán como alguien que ha aceptado la lucha hasta el último instante y que ha ejercido hasta el final su derecho a la autodefensa. Cuando la justicia se transforma en injusticia y la víctima de un sistema absurdo no tiene más medios "civiles" para restablecer el equilibrio entre injusto y ecuánime, todos los medios se vuelven moralmente válidos si son usados para evadirse de un abuso.

Si la sangre vertida por un pueblo en lucha para sacudirse el yugo y alcanzar la libertad está justificada, ¿por qué no debe serlo también la del individuo que es claramente la víctima de una injusticia? "En una sociedad civil no es admisible hacer la justicia uno mismo". ¿Tampoco cuando el resto de los medios han sido agotados? "Estos pobrecitos que has herido, estos dos que tienes como rehenes, hacían su deber".

Deber es una palabra que abarca mucho, ¿deber sobre quién? ¿Por qué existen las prisiones? ¿Por quién han sido creadas?

Basta hojear cualquier estadística para ver, sin lugar a dudas, que el 99% de los que frecuentan las prisiones provienen de los estratos más humildes del proletariado. La prisión, con todo su aparato represivo-burocrático, no es más que un instrumento de intimidación y marginación para aquellos que no quieren o no pueden insertarse en esta alienante sociedad capitalista o, para decir mejor, ser autorizado a explotar en su beneficio a otros únicamente por ser más débiles o menos poderosos que ellos.

(Darwin, con su teoría sobre la evolución, dio justificaciones y fundamentos científicos al *modus operandi* capitalista, por tanto se comprende por qué lo llevaron

al triunfo. Kropotkin, en contraposición a Darwin, escribió el *Apoyo mutuo,* demoliendo moral y científicamente el concepto capitalista de que el más fuerte o más dotado pueda someter o explotar a sus hermanos más desafortunados. A la teoría comunitaria del anárquico se hizo una acogida más fría…).

Las prisiones existen por tanto casi únicamente para defender el concepto de Capital (nuestros códigos son voluminosos, pero si se eliminase el concepto de propiedad privada no habría más que alguna página concerniente a costumbres y delitos que no son delitos, ya que son relativas a disfunciones mentales derivadas de la coerción material y psicológica que la actual sociedad ejercita sobre cada uno de nosotros).

Dado que la mayor parte de la población tiene más deudas que capital, ¿para qué sirven las prisiones?

Retornando a los carceleros, ellos hacían su trabajo y estaban convencidos de cumplir con su deber. También la guardia del Zar estaba convencida, como aquella de Batista, como la de la China de los “mandarinos”, como están ahora convencidos aquellos de Franco y de todos los tiranos que guían los hilos del mundo. Estaban convencidos –quizá– aquellos que prestaban servicio en los campos de concentración nazis, o al menos lo han afirmado en el proceso de Nuremberg… Estos ejemplos han dado vida a la enunciación de que es deber moral de un soldado rechazar seguir órdenes contrarias a la moral, o que sean causa directa o indirecta de una injusticia o de la perpetuación de ésta.

Desde hace años se dice por todas partes que nuestras leyes son absurdas, que el espíritu de la constitución

viene siendo continuamente pisoteado, que nuestras cárceles son indignas de un país que se dice civil.

¿Cuántos policías se han negado a hacer un arresto injusto?

¿Cuántos magistrados han rechazado imponer condenas por delitos pertenecientes a de una época que se cree superada?

¿Cuántos carceleros han rechazado ejecutar una condena claramente injusta?

No existe abogado o magistrado que pueda honestamente afirmar que mi condena es proporcional al daño causado a la colectividad.

Como yo hay muchos e incluso peores. ¿Entonces? Entonces si yo u otros somos claramente víctimas de una injusticia, si no existe otro medio que la rebelión para acabar con esa misma injusticia, la violencia usada contra aquellos que contribuyen al mantenimiento de ésta, está justificada.

La lucha contra la injusticia, venga de donde venga e independientemente de los medios usados, es siempre y en cualquier lugar una lucha justa.

A partir del más pequeño ejecutor de órdenes, pasando por aquellos que dan estas órdenes, acabando en los invisibles mandamases que inspiran estas órdenes, no existen inocentes.

Somos todos, partiendo del más pequeño engranaje y acabando en el complejo cerebro que hace funcionar la máquina, responsables de este injusto sistema social, sistema que es absurdo pensar en "mejorar".

Amigo, compañero, tú que dejas tu poder en manos de un representante parlamentario para la gestión de la sociedad. Tú que dejas tu poder en manos de un representante sindical para la determinación de tu salario de trabajador, ¡despiértate!

No aceptes más delegar para que puedan decidir por ti.

Reivindica tu derecho de hombre capaz de reconocer y obtener sus derechos. Tus derechos, amigo, son aquellos de ser un hombre económicamente igual a cualquier otro hombre. Si tus facultades físicas o intelectuales son superiores a las de aquellos que te rodean, estas facultades tuyas, estos dones naturales, no deben ser usados como una plataforma para elevarte por encima de tus compañeros menos dotados, deben ser utilizados como un tesoro colectivo y este hecho debería darte mayor satisfacción que la televisión último modelo que tu vecino no puede permitirse o de otras cosas sofisticadas pero inútiles que te permiten –en esta sociedad en que cada valor moral está subvertido– sentirte fuerte, inteligente, realizado…

Rechaza el juguete que el batallón de sociólogos y economistas "iluminados" están preparando para ti y para tus hijos.

A la civilización de consumo, a la "civilisation des loisirs[7]", se opone el modelo de la nueva sociedad, aquella de la dignidad humana, obtenible sólo a través de la extirpación del egoísmo individual, familiar o de clase. Despiértate amigo y despertándote conviértete en un hombre, hombre en el concepto más bello concebible de esta palabra.

7. Expresión que acuña Joffre Dumazedier en una de sus obras, publicada en 1962 "Hacia una civilización del ocio".

Grasso deja temporalmente de mirarse los dedos y me manifiesta la preocupación por su familia. Me pide permiso para telefonear a un cuñado suyo para que tranquilice a su familia.

No veo ningún problema en complacerlo. Al primer intento encuentra a su cuñado en su puesto de trabajo. Desconoce cuanto está sucediendo. Le pone rápidamente al corriente de la situación y le pide cuidar de su mujer e hijos.

Mi pensamiento se dirige hacia mi mujer, mis hijos, mi padre, los amigos. Y después pienso en él, "Gatito", mi dulce fiel y afectuoso gato. Quizá sea él el que esté peor en estos momentos. Es muy emotivo y basta casi nada para ponerlo en crisis. Extraña criatura: desde hace ocho años, cuando sabe dónde me encuentro, me cubre de delicadezas y ternuras.

Hace ocho años, cuando nos conocimos, parecía realmente un gato salvaje. Luego, después de unos días, se me puso a ronronear…

No hemos estado juntos nunca más desde entonces, pero es como si no nos hubiésemos dejado nunca. Extraña relación la nuestra… En estos años me ha escrito quizás más de mil cartas. No me pide absolutamente nada, una buena palabra de vez en cuando, el permiso de ronronear sobre recuerdos de hace tantos años.

Pequeño gran Gatito, cuánto sufrimiento debes haber tenido en la vida para juntarte tan tenazmente a un perdido como yo…

Si la base "empuja", el sistema cambia lentamente y sociólogos "iluminados", empeñados en hacer sobrevivir el sistema, programan la sociedad futura, la "civilisation

des loisirs", consintiendo mantener inalteradas las actuales relaciones de clase. Reformas. Reformas. Reformas…

De este modo se aplaza el problema pero no se resuelve. El problema no reside en la cantidad de bienes materiales que "el trabajador-prostituto" puede llegar a arrancar al patrón, sino en el hecho de eliminar las palabras "patrón" y "salario" del vocabulario social.

La llegada de una nueva sociedad podrá representar para tantos vendedores de "fuerza" y de "cerebro" un momentáneo retroceso material, pero representará un irrenunciable salto moral.

Nada de reformas que no dejan ver los problemas de raíz. Rechazo. Rechazo total. Revolución. Revolución permanente. Sí criticar a los chinos…

Juzgarles con vuestro absurdo baremo de "coches, televisores, vestidos, lavadoras *per capita*". La China, antes de la llegada de la nueva era, era algo incalificable. Releer las crónicas de la época… niños muertos de hambre recogidos por los basureros en las calles, hombres reducidos a cosas sobre las cuales los patrones tenían el derecho de la vida y la muerte.

Hoy en China no se muere más de hambre, el hombre está adquiriendo una nueva "dignidad humana" que no existe en ninguna otra parte, Rusia incluida. Televisiones, automóviles…

Sí, reíros del monótono uniforme azul que caracteriza al pueblo chino. Cierto, las ropas de los "mandarinos" eran más lujosas…

Pero decidme, ¿para qué sirve la indumentaria? ¿Para resguardarse de la intemperie o para mostrar el propio poder económico?

¿Para qué sirve un automóvil? ¿Para trasladarse o para mostrar al vecino que nosotros, teniendo un automóvil más bonito somos más inteligentes, más poderosos?

Los objetos tienen una función bien determinada y esta función no cambia si la propiedad es colectiva o si es privada. En occidente los objetos han perdido su función original transformándose en símbolos de poder. Por esto, cada uno de nosotros condicionado por el *modus vivendi* de esta civilización de consumo, siente la necesidad de poseer el televisor último modelo, la lavadora con el nuevo "*gadget*" tecnológico, el coche de mayor cilindrada. Esto no es únicamente para ver programas de televisión, lavar, trasladarse o viajar, sino para exhibir la propia capacidad de adquisición que en esta sociedad desviada determina el propio peso social. ¿Qué importa, si sólo un quinto de la población mundial participa del festín desangrando a los cuatro restantes? Para los excluidos que nunca se adecuan siempre habrá un policía para arrestarlo, una prisión para marginarlo o un fosa común para sepultarlo…

Sí, reíros de los uniformes azules de los chinos, del número de bienes de consumo *per capita* ridículamente bajo, pero entre nosotros y ellos hay una diferencia fundamental: nosotros debemos prostituirnos diariamente, ellos están recorriendo un camino que les llevará a convertirse en hombres libres y a adquirir una dignidad que nuestros "santones" definen todavía de utópica.

Suena el teléfono. El inspector me dice que el ministerio, de manera oficial, ha aceptado mis demandas. Ahora él permanece a la espera de la confirmación oficial para procurarme cuanto he pedido. Me invita de nuevo

a desistir de mi proyecto, diciéndome que nada irreparable ha sucedido todavía. Ante mi rechazo se ofrece como rehén en lugar de los dos guardias. Permanezco notablemente sorprendido y no lo escondo. Le digo que lo suyo es sin más un bonito gesto. Reflexiono velozmente. ¿Qué habrá detrás de todo esto? Quizá sea todo parte de un plan preconcebido… En el lugar y en el momento oportuno, sin yo saberlo, podría favorecer la intervención de las fuerzas del orden: una avería en el coche en un lugar previamente convenido…

No, prefiero a mis dos rehenes aunque valgan poco en la "bolsa" que determina el valor de la vida humana en esta sociedad infame, pero que no saben –como yo– qué están preparando fuera y por tanto no pueden ser de ninguna utilidad a los fabricantes de trampas.

Rechazo. Él insiste diciendo que a pesar de la edad y la diabetes es todavía un válido conductor. Vuelvo a rechazar amablemente, después, más por ironía que por otra cosa, digo que de todas formas estoy dispuesto a cambiar a mis rehenes por el procurador jefe de Turín.

HORA 16:45.- Estoy reflexionando la propuesta del inspector y trato de imaginar qué puede haber abajo. Quizá quieren intentar una acción de fuerza y el inspector, por no dejar lados descubiertos a eventuales críticas, ha hecho esta oferta prefiriendo arriesgar su persona antes que ser censurado por haber hecho correr riesgos a dos pobres guardias…

Duplico la atención, ¿qué estarán haciendo allí fuera?

*«… Hora 16:40.- un francotirador entra en la cárcel con un Winchester 250 con mira, un arma que mata a 150 metros de distancia».*

(*La Stampa*, 24 de Julio de 1973, R. Lugli).

El silencio es absoluto. En breve habrán transcurrido ocho horas desde que, esta mañana, me he hecho acompañar a la administración. Maldigo mi corazón por haber disparado a Gianquinta. Si no le hubiese disparado, quizás la situación no se habría precipitado y a esta hora estaría fuera, lejísimos…

Gianquinta, ¿por qué no has hablado? Te había dicho claramente que te dispararía. Si no lo hubiese hecho, cada palabra posterior mía hubiese perdido inevitablemente credibilidad.

Piccirillo me recuerda que insista por el café en la próxima llamada. Dice que, como acuerdo, será él el que conduzca el coche y dado que no sabe hasta cuándo durará, un termo de café le haría bien…

Yo también beberé con mucho gusto el café, pero sólo una horilla después de mi "conejillo de indias".

HORA 17.- Me acerco a una ventana y, sin exponerme, observo el gran patio interno. Mis compañeros están allí: hay quien pasea, quien discute, dos hombres juegan a la petanca… Fácil de adivinar sus conversaciones, sus pensamientos: "Quién lo habría dicho, Fantazzini, aquel muchacho tan tranquilo, tan educado. Cierto, pensándolo bien era un poco extraño, taciturno… Sí, amable con todos pero sin hacer demasiada amistad. Siempre en la celda leyendo o escribiendo. En

los últimos tiempos jugaba mucho al balón, quizás para ponerse en forma…".

El timbre del teléfono me desvía de mis fantasías. Es el cura, don Felice.

Extraño, ¿cómo ha esperado tanto para telefonear? Inicia el previsible discurso para hacerme desistir. No puedo dejarle continuar, si no con su dialéctica monopolizará el teléfono.

Lo interrumpo. Me excuso por el modo un poco brusco, pero trato de hacerle comprender que no hay nada que él pueda hacer por mí. Estoy solo. Totalmente solo. Sólo yo soy responsable de este lío y sólo yo debo tratar de salir. Insiste, dice que subirá para hacerme compañía.

Se lo advierto enérgicamente: si oigo abrir la puerta de entrada no dudaré en disparar. No puedo saber quién entrará por la puerta. Puede ser él, don Felice, puede ser la policía, puede ser el uno o los otros… Si teme por la integridad de los rehenes y la suya propia, que no haga tonterías: el mínimo rumor en la puerta y empezaré a disparar.

Le digo que me pase al inspector y lo despido saludándolo.

No es un cura antipático, se siente a menudo culpable por su diplomacia, por estar permanentemente a dos aguas… Sí, cierto, no me daba los periódicos políticos que algunos amigos me enviaban… Un cura, en resumen…

Aquí está el inspector al teléfono. Decido forzar el tiempo para ver sus reacciones. Pido respuestas oficiales y no oficiosas. Digo que comienzo a estar nervioso. Digo que si tratan de ganar tiempo para cansarme y sorprenderme que pongan atención porque todo lo que obtendrán serán tres cadáveres calientes… Me dice que esté

tranquilo que ninguno quiere sorprenderme. La vida de los rehenes es para ellos lo más importante.

Entretanto, dice que se encargará de encontrar la cifra exigida por mí.

Acabo la comunicación y reflexiono sobre sus reacciones, sobre su tono de voz. Me parecía sincero. Digo a los rehenes que, si todo va bien, podrán agradecérselo al nuevo ministro, que quizás está tratando de evitar inaugurar su nuevo cargo con una avalancha de polémicas y críticas que una acción de fuerza desencadenaría.

Grasso no está calmado. De pronto me encuentro preguntándome cuáles pueden ser sus ideas políticas. ¿Quizás fascista como tantos de sus colegas? En este caso tiene razón al estar preocupado: los fascistas en una situación de este tipo no tendrían en cuenta la vida de los rehenes: para restablecer el orden y la autoridad ultrajada la sangre vertida no sería nunca demasiada…

HORA 18.- Silencio. Comienzo a pensar en mandar un ultimátum para ver si esta respuesta del ministerio no es más que una excusa para tenerme tranquilo hasta que sea mejor para ellos. Trato de telefonear lo menos posible, así el desgaste es recíproco…

¿Qué estarán haciendo allí fuera?

*«(…) A las 18h el sustituto procurador de Turín, Octavio Benedicti, ha entregado al mayor de los carabinieri, Emanuele Tuttobene del grupo de Cuneo una orden escrita en la cual se le autorizaba "a asumir todas las medidas necesarias para hacer cesar la comisión de los delitos flagrantes con toda cautela para no*

*comprometer la integridad de los dos rehenes; autoriza para tal fin al susodicho comando a acceder al patio de la prisión para la ejecución de lo expuesto arriba".*

*Esto correspondía a la decisión de matar al bandido.*

*Dice el mayor Tuttobene: "el artículo 52, 53 y 54 del código penal sobre legítima defensa, sobre el estado de necesidad y sobre el uso legítimo de las armas hablan claro: dicen que se puede intervenir de este modo cuando se está obligado por la necesidad de repeler una acción violenta o de vencer una resistencia a la autoridad"».*

(*La Stampa,* 25 de Julio 1973, R.Lugli).

Largos periodos de silencio irrumpidos por una cancela que se abre y que se vuelve a cerrar. Si fuese invierno a esta hora estaría oscuro, podría exigir de inmediato todo cuanto he pedido, romper esta exasperante espera y salir fuera, afrontar finalmente el último acto de este desafío. No, es mejor que sea verano. Si fuese invierno no podría intentar la realización del plan que tengo en mente. Cuanto más lo pienso, más me gusta este plan…

Suena el teléfono. En el auricular un cruce de voces, después una voz amiga que protesta, posiblemente con la telefonista, para pedir la línea. Es el abogado Mario Giulio Leone, el compañero de tantas batallas perdidas y vencidas, el abogado que ha llevado adelante con tozudez una línea de defensa original e inteligente. Seccionando con paciencia convenios internacionales quizás inéditos en Italia. Kilos de papel de instancias, recursos, correspondencia con abogados y procuradores esparcidos por toda Italia.

Victorias y derrotas… algunos procedimientos ya estaban en una fase avanzada del juicio cuando le fueron entregados. Cualquier éxito inicial y después la rendición frente al reaccionario código fascista, para gozo de un juez de la Corte de apelación, un magistrado de la vieja guardia y de otras tantas viejas nostalgias…

El amigo Leone está muy emocionado, su voz está al borde del llanto. Lo veo como si estuviese aquí presente, su voz me transmite claramente sus emociones. Me da sensatos consejos, cuando los rechazo, me propone liberarme del personaje que me han colocado, de arrancarme la etiqueta de la "primavera", del "atracador amable", de ser sólo yo mismo, de actuar únicamente en base a mi interés que es desistir de una acción sin posibilidad de salida.

Le respondo que el personaje folklórico ha muerto esta mañana cuando, por primera vez, ha disparado contra seres humanos. Ahora sólo hay un hombre desesperadamente solo. Iré hasta el final. Le agradezco todo lo que ha hecho por mí. Le recuerdo aquel día que, en Boloña, vino a sacarme de la celda de castigo donde me encontraba "ingresado" con la panza llena de clavos tragados la noche anterior para atraer la atención sobre mi inexplicable linchamiento jurídico.

En caso de que esta historia debiese acabar trágicamente, le pido que se encargue de mi familia. De todos modos, sea como sea que acabe, quiero que sepa que, además de un excelente y serio abogado, lo he considerado y lo considero un buen amigo. Está conmovido. Debo interrumpir. Lo autorizo a informar a mi padre de cuanto está ocurriendo, pero que trate de evitar por todos los medios que el "viejo" me llame.

Antes de colgar el abogado dice que volverá a llamarme.

Estoy preocupado pero también más aliviado. Me parece que estoy menos solo, aunque si lo pienso lo estoy inevitablemente.

Con la ayuda del listín telefónico trato de ponerme en contacto con corresponsales de periódicos nacionales. No lo consigo y es normal porque todos los corresponsales residentes en Cuneo están desde luego frente a la cárcel.

Finalmente consigo "pescar" al corresponsal de la *Gazzetta del popolo*.

*«Hora 18:14. Suena el teléfono en la redacción de la Gazzetta del popolo en Cuneo. Una voz tranquila, segura, pregunta: "Hola, ¿quién está ahí?" respondo: "Soy Franco Collida".*

*El interlocutor se presenta: "Soy el preso de la cárcel de Fossano que tiene a dos guardias retenidos. Le pido que preste atención a lo que estoy por decir. En las noticias de la radio he escuchado una narración insensata sobre lo que ha pasado esta mañana, por favor tome nota".*

*Decir que me quedé sin aliento es demasiado poco. Me esperaba todo menos que Horst Fantazzini, protagonista del dramático acontecimiento del Santa Caterina de Fossano, me telefonease para comunicar qué había hecho con exactitud, para pedir vía libre a su fuga nocturna, para ilustrar su currículum vitae. Me precipito a por la grabadora y la conversación tiene inicio.*

*Está reproducida con absoluta exactitud con las pausas e interrupciones. Tan preciso que en cierto punto Horst Fantazzini, para dar credibilidad a sus palabras, ha pasado*

*el teléfono a uno de sus rehenes, el brigada Grasso, que me ha parecido calmado, con los nervios en su sitio. Durante la conversación, el bandido ha continuado mostrando seguridad, control de sí mismo y absoluta determinación.*

*Fantazzini: "no ha sido una rebelión, sino un intento de evasión. He llegado a la portería, con la pistola he amenazado a los agentes de custodia presentes, que se han resistido. Han rehusado abrirme la puerta, uno se ha abalanzado sobre mí y lo he disparado. Después he disparado también al otro".*

*Collidá: "Un momento, ¿ha disparado solo usted?".*

*Fantazzini: "Si, solo he disparado yo. Después me he ido a la dirección y he tomado a dos personas de rehenes que están aquí frente a mí. Ésta es la verdad de los hechos".*

*Collidá: "¿Y ahora qué sucede?".*

*Fantazzini: "He telefoneado a su periódico no porque le tenga una especial simpatía, sino porque es el único con el cual he podido ponerme en contacto".*

*Collidá: "Está bien, continúe".*

*Fantazzini: "La situación es ésta. Me ha sido asegurado por parte del Procurador de la República que el ministro de Gracia y Justicia ha dado su consentimiento para aceptar mis peticiones que son: un coche y una pequeña suma de dinero, no como rescate por los prisioneros, pero dado que debo improvisar todo, por si acaso consigo salir de este lío, quiero tener un poco de dinero en el bolsillo. Me han asegurado que todo estará hecho. Le quiero decir esto también, por si todo tuviese que acabar mal, que al menos un periodista, un periódico, sepa por qué ha ido mal".*

*Collidá: "Explíquese mejor".*

*Fantazzini: "Si yo saliese de aquí con el coche y los dos rehenes, uno al volante y el otro sentado junto a mí, el buen*

*éxito de la empresa dependerá de la policía. En el sentido de que no deberán bloquearme por la calle, poner puestos de control, o seguirme muy de cerca. En el sentido de que es una partida que se juega entre la policía y yo. En el segundo tiempo, en el momento en el cual abandone el coche, no habrá en juego más vidas que no tengan que ver con este hecho. La partida se jugará entre la policía y yo únicamente".*

*Collidá: "¿Usted garantiza por tanto que dejará libre a los rehenes?".*

*Fantazzini: "Sí, dejaré libres a los rehenes en el momento oportuno. Veré si hay alguna posibilidad de salvarme ya que voy a encontrarme al imprevisto. No sé aún por qué calles iré, sé que puedo salvarme, o al menos que tengo una posibilidad de salvarme entre cien, entonces lo intentaré y dejaré libres a los rehenes. Por tanto, si tuviese que pasar cualquier cosa desagradable, yo le digo: estoy decidido. Se lo he dicho al procurador y a todos; prácticamente me juego la vida con esta aventura y llegaré hasta el final. Pero querría evitar inútiles esparcimientos de sangre. Desgraciadamente ya he herido a tres personas. Una está en condiciones graves y querría, si es posible, ya que no tengo un odio personal contra estos guardias que se encuentran aquí, que no pasase nada más. Su vida está en mis manos solamente porque quiero liberarme de esta reclusión".*

*Collidá: "¿Me escucha?, ya es de noche. ¿Qué está haciendo ahora?, ¿Se va inmediatamente?".*

*Fantazzini: "Estoy a la espera de una llamada de confirmación del ministro de Gracia y Justicia. Espero la confirmación y después estableceremos las formalidades. Querría añadir esto también, se lo digo a usted que es periodista. Pienso que aquí frente a la cárcel hay varios colegas suyos.*

*Ya hace bastantes horas que dura esta historia. Por tanto hago también una llamada a los periodistas de no molestarme. No querría que me siguiesen cuando salga. ¿Usted comprende cuál es la situación?".*

*Collidá: "Comprendo, continúe".*

*Fantazzini: "Comprendo que es difícil pedir todo esto a los periodistas porque es su profesión, pero pido por cortesía que no sean molestos. Si quiere le paso, para confirmar que esta llamada no es una tomadura de pelo, a uno de los rehenes".*

*Collidá: "De acuerdo".*

*En este punto se produce una pausa de unos instantes. Se escucha por el auricular un ligero traqueteo, luego una voz distinta pregunta: "¿Sí, con quién hablo?": "Soy Collidá, de la Gazzetta del Popolo".*

*"Yo soy el brigada Grasso, de los agentes de custodia de Fossano. Soy uno de los rehenes. El que ha llamado es Fantazzini, lo que dice es todo verdad". "¿Entonces es todo cierto?" "Es exacto. Ruegue a sus colegas que complazcan cuanto ha dicho Fantazzini".*

*El teléfono retorna a manos del preso que añade: "Querría añadir unas palabras. Usted se preguntará cómo he hecho una cosa así. Pensaba salir limpio, sin disparar. He encontrado resistencia y ha ocurrido así. Punto segundo: me encuentro en la cárcel por una serie de atracos a bancos, que he hecho sólo, sin esparcimiento de sangre jamás, tanto es así que en la época se divertían llamándome "El atracador amable", "El atracador solitario". Esto entre 1967 y 1968.*

*Después fui arrestado. Estoy en la cárcel desde hace cinco años, de los cuales cuatro he estado preso en el extranjero, siendo trasladado a Italia recientemente. Tengo a mis*

*espaldas una condena de veintidós años y aún tengo que ser procesado por cinco atracos. Y pienso que esta condena es desproporcionada, porque equivale a cadena perpetua, sin haber herido o matado a nadie jamás. Por tanto, con este gesto que hago hoy y que habría querido evitar o hacer de otra forma, con este gesto rechazo la condena, rechazo los códigos y trato de alcanzar con todas mis fuerzas la libertad que me es negada. ¿Ha comprendido?*

*Collidá: "He comprendido".*

*Fantazzini: "Es todo. No puedo entretenerme más. Debo controlar la situación. ¡Hasta luego!"».*

(*La Gazzeta del Popolo,* 24 de julio de 1973, Franco Collidá).

Bien, el hecho de haber hablado con un periódico es una cosa positiva para mí porque ahora los periodistas tienen también mi versión de las negociaciones que se están desarrollando en estas horas. Ahora, si la situación se precipita, esta llamada podrá ser utilizada por la prensa más o menos libre para reconstruir los hechos. Con Collidá lo he dicho claramente: si la magistratura y la policía realmente temen por la integridad de los rehenes deben moverse con ligereza de mariposas, no con el usual paso de elefante… Cuando los rehenes sean liberados (y ahora también), la única vida en juego será la mía, aunque sea el único en saber este detalle.

En pocas horas se sabrá el epílogo… Me siento bastante tranquilo y seguro, pero ya otras veces, en el pasado, mi instinto me ha fallado.

Piccirillo observa con insistencia mi Mauser. ¿Le gusta? Para pasar el tiempo le explico (a distancia) las características técnicas del sistema de activación del

seguro, pequeña particularidad pero que demuestra la diferencia sustancial entre las armas alemanas e italianas. No tengo el seguro puesto. Finjo no tener en cuenta la reacción del joven guarda. Si intenta cualquier cosa me será fácil mantener el control de la situación. Piccirillo permanece tranquilo y esto me place, pero no es de todas formas un "test" determinante para calmar mi desconfianza y continúo tomando las habituales precauciones –quizá excesivas– respecto a él y a Grasso.

El teléfono. Esta vez es Vicari, el director de la cárcel. Estaba de vacaciones, ha debido interrumpirlas precipitadamente. Dice que ha llegado en este momento, que desconoce todo y que querría saber qué ha pasado. Desconoce todo… Me parece inmediatamente clara su intención de ganar tiempo, de tenerme al auricular lo más posible. ¿Por qué? Dice que él ha tratado de hacer de Fossano una cárcel distinta a las otras. Con acento de sincera desilusión dice que cuanto ha sucedido hoy no había sucedido jamás en ninguna cárcel y ha tenido que pasar justo aquí en Fossano… Observación que me hace tornar a la mente la imagen de sorpresa y dolor de un niño al cual, involuntariamente, pisas su juguete preferido desde hace años…

Terminado su desahogo por la rotura de su juguete preferido, también el director comienza su obra de persuasión. Habla… habla… habla…

Desde abajo se dan cuenta perfectamente de la inutilidad de estos discursos.

*¿Qué trampa se esconde bajo esta estrategia ni siquiera inteligente? Interrumpo al director y le digo que me pase con el inspector con el cual he iniciado las negociaciones.*

Al inspector le digo sin preámbulos que mi paciencia se está agotando.

Doy un ultimátum para las 20h. Para esa hora quiero la confirmación "oficial" de que todas mis peticiones han sido aceptadas, que seré complacido en todo, que no se hará nada, absolutamente nada, para obstaculizarme.

Me expone la dificultad para hallar el dinero ya que los bancos están cerrados. También encontrar el coche que he pedido no es tan fácil…

Está mintiendo claramente.

Renuevo mi "ultimátum" y le digo que si para las 20h no está todo arreglado, la situación terminará trágicamente.

Están preparando algo ahí fuera, ¿Pero el qué?

*«(…) Mientras dentro de la cárcel Fantazzini está atrincherado dentro de la oficina del director, negociando las condiciones de salida de la cárcel, fuera contingentes selectos de los carabinieri han trabajado durante horas para organizar una serie de emboscadas contra el recluso (…)».*

(Il Giorno, 24 de julio de 1973, F.Abbiati y F. Pierini).

Abajo estarán discutiendo febrilmente: "Halcones" y "Palomas"[8] tratarán de hacer prevalecer sus respectivos puntos de vista. ¿Cuál prevalecerá?

¿Habrán tomado en serio mi ultimátum? Quizá me he equivocado en hacerles sudar la gota gorda… Quizá me he apoyado demasiado en mi farol.

8. N.d.T: "Falchi e colombe". Juego de palabras en Italiano que hace referencia a los "falchi" (halcones) nombre para una sección de la policía del estado, visten de paisano y están especializados en las persecuciones en moto antirrobo.

Son las 19:30. Grasso y Piccirillo están evidentemente preocupados. Temen cualquier paso en falso y que todo se pueda precipitar durante la media hora que falta. Nadie habla. El sonido del teléfono calma la tensión.

Es Vicari. Habla… habla… habla…

Me dice que esté tranquilo. Hay muchos problemas que afrontar, no todo es tan fácil como quizás yo creo. Dice que yo, desde donde estoy, no puedo darme cuenta de la situación. Hay miles de personas fuera, hay mujeres, niños… Ni con toda la buena voluntad de las fuerzas del orden se puede estar completamente seguro de evitar que una tragedia se ponga en marcha por factores imprevisibles. Si alguno fuera, por propia iniciativa, tratase de bloquear mi coche, ¿Qué pasaría? Debo estar tranquilo y paciente, dice Vicari, no quiere precipitar las cosas.

Nadie tratará de obstaculizarme mientras esté dentro de la cárcel.

En la cárcel manda él –dice–, que también mi vida importa como la de los rehenes y la de cualquier ser humano.

Vicari se ofrece como rehén. Dice que los dos guardias, después de una jornada tan dramática, no están en condiciones de venir conmigo y es impensable que puedan hacerme de conductores. Conducirá él… si lo prefiero conducirá el inspector… vendrán los dos…

Habla… habla… habla…

*«(…) La espera es exasperante, noticias y retracciones se agolpan…en cierto punto parece que Fantazzini ha dado un ultimátum, quiere un coche para fugarse*

> *inmediatamente. Los carabinieri alejan a la multitud, pero las puertas de la cárcel permanecen cerradas. Sobre las 20h alguien afirma que las fuerzas del orden se preparan para intentar una acción de fuerza».*
>
> (La Gazzetta del Popolo, 24 de julio de 1973, Bruno Marola).

Habla… habla… habla… habla… me repite que él, Vicari, es responsable del interior de la cárcel, ninguno puede tomar iniciativa sin su consentimiento. Me da su palabra de que no se intentaran acciones de fuerza dentro de la institución. Habla… habla…

Finalmente detengo aquel flujo de palabras. Le digo que me pase al inspector, cosa que hace inmediatamente.

Inmediatamente el inspector me dice que el dinero está preparado. Han encontrado el coche también y éste, ahora, se encuentra en un garaje cercano donde está siendo minuciosamente controlado para evitar cualquier posibilidad de avería.

Le digo, irónicamente, que comprendo que lleva su tiempo colocar sus trucos electrónicos para seguirme con mayor facilidad.

Contesta que no es verdad y que evidentemente leo demasiadas novelas policíacas…

No insisto, estoy seguro de que el "Biper" estará y es justo sobre él donde veo mis mayores posibilidades de salir de este lío.

Me pregunta los detalles, esto es, dónde deben meter el coche, dónde deben meter el dinero, etc. Le digo que el dinero debe encontrarse en el asiento delantero, junto al asiento del conductor. En lo que se refiere al coche y

otras particularidades le daré cuenta poco antes de bajar. Le digo que el buen éxito de la empresa dependerá de la policía. Cuando salga no quiero ver a ninguno. Nadie deberá seguir el coche, ni siquiera los periodistas ya que podría confundirles con policías de paisano. Es esencial que el jefe de la policía comprenda que la situación, cuando salga fuera de la cárcel, será delicadísima. Mientras me encuentre en la oficina del director, el uso del teléfono puede servir para disipar equivocaciones, para negociar, etc. Cuando los rehenes y yo estemos fuera, no habrá más teléfono y podría bastar *un malentendido, un nada, para transformar todo en tragedia.*

Es necesario que la policía entienda esto y que actúe en consecuencia, esto es con la máxima prudencia y discreción. No sé todavía por qué calles iremos, cuantas horas usaré el coche. Dependerá de las circunstancias. Podemos hacer miles de kilómetros como cientos. Podré dejar a los rehenes después de una hora como diez o más horas. La policía, de todas formas, deberá entrar en acción solo después de que haya liberado a los rehenes. Sé que seré seguido, pero se necesitará que la policía lo haga con la máxima discreción o de otra forma no los liberaré. Después, como ya he dicho a un periodista, la partida se jugará entre los polis y yo y está claro que, dados los medios de que dispongo, todas las ventajas estarán de su parte y sería estúpido arriesgar temerosamente la vida de los dos con un comportamiento imprudente. Me asegura que seré complacido. Digo que me llame cuando el coche esté listo para que pueda darle las últimas disposiciones.

Su tono me ha parecido sincero. Pienso que saldré de este maldito agujero.

Después todo dependerá de mí, de mis reflejos, de mi capacidad de reacción, de mi involuntario conductor…

HORA 20.- Todavía de día. Es, todavía, la hora legal que toca los cojones alargando las jornadas. Saldré sobre las nueve y media, por tanto tengo todavía una hora y media de espera pasiva. Ésta es, desde luego, la jornada más larga de mi vida y no solo de la mía.

Suena el teléfono. Es de nuevo el abogado Leone. Está muy emocionado.

Me dice que mi padre ha sido puesto al corriente de cuanto ha sucedido, ha sido un golpe duro pero la vieja encina ha reaccionado con la habitual fuerza de ánimo y coraje. Le pongo al corriente de las últimas novedades y él me da algún buen consejo, pero en su voz sólo hay tristeza porque ha comprendido que todo es inútil. ¿Qué puede hacer por mí? Le digo que podría ponerse en contacto con el jefe de la policía y ratificar cuanto ya le he dicho al inspector: la vida de los rehenes dependerá solo y exclusivamente del comportamiento de la policía.

¿Debe venir a Fossano? No, su presencia sólo me sería un estorbo como la de cualquier persona amiga. Me hace prometer que antes de bajar lo llamaré y me deja algunos teléfonos para que pueda encontrarlo con seguridad. Mientras copio los números telefónicos, para tranquilizarlo sobre mis condiciones, bromeo un poco diciéndole que me está poniendo en una situación crítica ya que con una mano debo escribir los números, con la otra debo sujetar la pistola, con la otra debo sostener el auricular, pero que yo no poseo todas esas manos…

El abogado tiene palabras de piedad para los rehenes: “Fantazzini, usted ha tomado una decisión. Ellos no. Esos dos pobres son totalmente inocentes”.

Le digo que no es mi intención hacerles daño y que todo dependerá del comportamiento de la policía. También con él estoy obligado a farolear: sé desde luego que están escuchando la llamada. Le paso a Grasso para que pueda cerciorarse del buen estado de los dos. Después de haberle dejado intercambiar algunas palabras con el brigada vuelvo a coger el teléfono para despedirme. La conversación me apena porque comprendo que este hombre está sufriendo por mí. Me despido diciéndole que no es cierto que en esta oficina haya dos pobres. Hay tres y el tercero es el más solitario y desesperado de todos y está luchando con las uñas para arrancar una libertad que le ha sido negada para siempre.

Esta frase lo golpea dolorosamente.

Nadie más que el abogado Leone, que me ha seguido en procesos por media Italia, está en situación de comprender las monstruosidades jurídicas que son la base de este gesto mío tan estruendoso, de este acto tan desesperado…

«(…) *Sobre los diálogos telefónicos y sobre la personalidad del bandido, el mismo abogado Leone ha declarado: “He estado muy cera de Fantazzini en el peor año de su vida.*

*En el curso de seis procesos he visto el vaivén de sus ilusiones y desilusiones que se escondían bajo su falsa indiferencia. Habíamos luchado juntos contra la terrible máquina de la fiscalía para poder unificar bajo un único proceso todos los atracos llevados a cabo*

*en Italia. Hasta ayer, a pesar de las derrotas sufridas, esta lucha continuaba ante siete cortes penales. He tratado de convencerlo de que esto era un suicidio, le he repetido su aversión por la violencia, le he repetido que los dos agentes secuestrados eran víctimas inocentes. Me ha asegurado que haría lo posible por no dañar a los rehenes. Me ha pasado dos veces al teléfono al brigada prisionero y ha querido que yo también lo tranquilizase respecto a sus intenciones.*

*Me ha encomendado a su familia.*

*Como es su costumbre me ha agradecido el interés.*

*Parecía el Horst de siempre, aparentemente calmado y casi imperturbable, pero en aquella frialdad estaba toda la angustia de quien teme ser condenado de por vida sin haber matado jamás, sin haber usado nunca la violencia."».*

(*Il Reston del Carlino,* 25 de julio de 1973).

El teléfono está colgado pero en mis orejas todavía sigue la voz del abogado Leone con su tono estúpido, triste, impotente.

Adiós abogado Leone. No nos veremos más sea como sea que vayan las cosas: al final de esta aventura estaré libre o muerto.

Horst, extraña vida la tuya: ¿Quién eres? ¿Dónde vas? ¿Qué buscas?

Tú también, como todo ser humano, tienes tu componente de narcisismo: leerse en los periódicos, escucharse en la radio, es un poco como admirarse en el espejo… quizás seas ligeramente masoquista, y ello para evitar o equilibrar tus complejos de culpabilidad. Pero te

falta el componente sádico y aquí comienzas a alejarte de la normalidad…

En este momento piensan que eres duro y quizás lo pienses tú también.

Analizando las cosas objetivamente no lo eres. Tienes coraje quizás, pero no eres duro. Ellos no saben que sería suficiente que en este momento entrase la madre de Grasso o la abuela de Piccirillo para hacerte capitular completamente… no te rendirías, no: eres demasiado orgulloso.

Pero abandonarías a los rehenes y te pondrías a hacer el Don Quijote: solo contra todos. Sólo *que el bravo Don Quijote era un idealista: él veía personajes extrañísimos reencarnados en objetos usuales, pero creía que esto lo salvaba. Tú en cambio, Horst, has asimilado, quién sabe dónde, dosis de racionalismo y esto desequilibraba tu concepción de "ver" y "sentir" las cosas, los objetos, la vida.*

Ves Horst, en un cierto momento de nuestra existencia todos nosotros perdemos nuestra virginidad moral, nuestra inocencia. Hay quien ni siquiera se percata. Hay quien se da cuenta pero se resigna. Otros incluso se encuentran bien y sacan ventajas. Después están aquellos como tú, los condenados, que pasan el resto de su existencia persiguiéndola sin encontrarla jamás.

Quizás hoy acabe tu desesperada persecución…

¿Cuántas veces has pensado estar cerca del final? Tantas… Ya desde pequeñísimo, en Alemania, has visto con tus propios ojos el terror de bombardeos monstruosos. ¿Qué piensa un niño cuando crece en un clima de absurda e incomprensible violencia? Quizá tu tenaz gentileza es un modo inconsciente de contestar a las atrocidades de tu infancia.

Tenías seis años cuando tus padres te llevaron a Italia y no hablabas ni una palabra de italiano. Para todos eras "el pequeño alemán", ¿Recuerdas? Y por años te han hecho cargar con el peso de una culpa que no era tuya.

Pasado, Horst, pasado…

No has sido nunca egoísta y a menudo tu altruismo te ha metido en líos. ¿Recuerdas hace veinte años? Tenías catorce años, un reloj nuevo y era verano. En Bolonia estaba el Reno y era bonito bañarse en verano. Apoyaste el reloj nuevo y tus ropas junto a un matorral y disfrutaste del sol y el agua como recompensa a una semana de trabajo.

Ahí está un chico más joven que tú que se bate en el agua. Chilla, no sabe nadar y ha acabado en una zona donde el agua es demasiado profunda.

Tú, pequeño Don Quijote, te tiras aún a riesgo de ahogarte junto al desconocido porque aún eres inexperto. Aquel chiquillo te agarra, te araña, te arranca los pelos y si no fuese por manos amigas… Cuando vas a vestirte te das cuenta de que alguno se ha aprovechado de la confusión para quitarte el reloj nuevo. Vuelves a casa lleno de arañazos y aligerado de tu tesoro. Reproches. Reproches. Reproches.

Dejaste tres días de hablar con tu padre, después todo volvió a la normalidad. ¿Todo? Horst, yo pienso que aquel día como en tantos otros sucesivos, alguna cosa se te había roto dentro y esta cosa misteriosa no se ha ajustado todavía.

En aquella época trabajabas en una fábrica de motocicletas. Habías dejado los estudios hacía un año y después de varios trabajos como recadero te habían hecho

contrato “fijo” como aprendiz en aquella fabrica. Tenías catorce años.

Estaba bien trabajar en la fábrica. Era una fábrica pequeña y nos conocíamos todos, teníamos los mismos problemas, se llevaba adelante una lucha común.

Dos años de vida relativamente tranquila, con los sueños y las desilusiones de todos los chicos de tu edad. Corrías en bicicleta, eras el más fuerte de tu barrio pero luego, en competiciones regulares, aparecían de repente los campeones de otro barrio o de otra ciudad que te ganaban a menudo…

La fábrica quebró cuando tenías dieciséis años. Encontraste puesto como aprendiz oficinista en la administración de uno de los más grandes fletadores de barcos italiano.

Era un mundo nuevo, distinto, y te parecía haber obtenido quién sabe qué…

Ahí está la diferencia entre trabajar con mono y trabajar con camisa y corbata…

Después de un par de meses de prueba, la directora te dice de preparar una solicitud de contratación manuscrita para presentar al “Gran Padre”.

Escribiste una carta digna, se la hiciste leer a tu padre y le gustó.

Sin embargo no le gustó a la directora, la cual te dijo que la rehicieras: Se querían muchos más “Señoría, vuestra ilustrísima”, se quería mas humildad, mas servilismo…

Rehiciste la carta. Fuiste contratado regularmente, pero tanto al viejo anárquico como a ti os quedo un mal sabor en la boca aquel día.

Frecuentabas la escuela nocturna, aprendiste a taquigrafiar, mecanografiar, querías llegar a ser contable.

El horario del trabajo terminaba a las siete, y media hora después empezaba tu curso nocturno. Normalmente los otros empleados se quedaban un poco más, así, "gratuitamente", para ganar puntos. Una noche, cuando a las siete en punto te preparabas para irte, la directora te llamó para decirte que, en la oficina, "no es como en fábricas o canteras", donde cuando es la hora se deja caer la lima o la llana para irse. En la oficina tienes que acabar el asunto que se tiene entre manos y dejar ordenado tu escritorio antes de irte. Sí, mi escritorio está en orden, pero necesita ordenarse "después" y no "antes" de acabar… Quizá aquel día, dentro de ti…

Como en el episodio de la carta, le comentaste a tu padre lo que había pasado y el viejo anárquico dejó escapar muchas veces la frase "rebaño de ovejas domesticadas…". Pero después te invitó a la paciencia.

¿Cómo? El viejo león que durante veinte años ha combatido a los fascistas por toda Europa, que por sus convicciones morales ha sufrido tan duramente pero sin doblegarse jamás, ¿Quiere hacer de su hijo una oveja?

Te volviste taciturno, por las noches no frecuentaste más tus clases nocturnas, querías largarte, escapar… ¿Ir dónde? ¿Escapar a dónde? No tiene importancia, pero fuera de allí, lejos de allí…

Hacía frío y llovía aquel día en Génova y tú y tu amigo "fuga" telefoneasteis a casa diciendo que estabais arrepentidos, que volveríais…

Sí, el África que soñasteis de pequeños era demasiado lejana y difícil de alcanzar… también aquel día,

que tenías diecisiete años, algo se rompió dentro de ti.

Recuperaste el puesto en la oficina. Un año después lo abandonaste y comenzaste a conducir una existencia totalmente incongruente. ¿Cuántas veces bajaste al infierno en aquel periodo? Tantas, y a menudo encontraste maravillosos ángeles allí abajo…

Te casaste a los dieciocho años. Trabajabas un poco aquí, un poco allí, … aprendiz de mecánico, recadero, camarero, pizzero. Siempre aprendiz: en todas partes se especulaba sobre tu joven edad y que tuvieras mujer y un hijo.

Y el descenso al infierno continuaba…

Cada mañana, despertándote junto a tu joven mujer, te prometías a ti mismo que cambiarías, te adaptarías, te convertirías en uno de tantos esclavos-felices.

Nunca lo has conseguido. Llega mil novecientos sesenta y con él los cinco años de cárcel.

¿Pero por qué hacerte daño recordando el pasado? Hoy, joven-viejo de treinta y cuatro años, eres quien hace vomitar noticias de los teletipos de lejanas agencias de noticias. La caza está abierta y lobos desconocidos te servirán en bandeja en sus folletos de dos duros. ¿Pero qué importa? Ninguno podrá describirte como caso perdido…

Eres prolijo chico. Hablas demasiado de ti mismo. No trates de hacer ver cualidades o defectos que no tienes; trata de ser solo tú mismo y serlo hasta el final, que es ya bastante difícil.

Horst, ¿Has acabado tu paja mental? ¿Has acabado de autocomplacerte? Entonces trata de empezar a desenredar la madeja: es necesario salir de esta maldita prisión.

Las ocho y media… son once horas las que llevamos atrincherados en esta oficina.

Mis dos "compañeros" tienen los ojos enrojecidos del cansancio y de la tensión.

Una frase del noticiario me pone nervioso: "Autoridad y jueces insisten en su intención de hacerlo retroceder de su disparatada e irrealizable tentativa de evasión".

Llamo al inspector al teléfono y le pregunto qué piensa de cuanto ha dicho la radio. Dice que él no es responsable de las opiniones de los periodistas de la RAI y tiene razón. Lo del coche es cuestión de minutos, si mientras tanto quiero aclarar los últimos detalles…

Digo que el coche deberá ser aparcado en el patio de la portería, al pie de las escaleras que llevan a las oficinas en las que nos encontramos.

El motor deberá estar encendido, los faros encendidos, el morro de coche deberá estar hacia la cancela de salida que deberá estar abierta, así como las puertas de acceso al coche.

El patio deberá estar completamente desierto, delante de la cárcel no deberá de haber ningún alma viva, por tanto la policía deberá proceder al desalojo del espacio enfrente de la cárcel y las calles adyacentes. Mientras hablo el inspector toma apuntes. Terminadas mis peticiones, dice que me volverá a llamar en breve. Estoy reflexionando sobre cómo organizar los últimos preparativos cuando suena el teléfono. Es el director. Incansable retoma su obra de convicción para hacerme desistir de mi empresa.

Habla… habla… habla… Grasso me pide permiso para intercambiar alguna palabra con el director. Le paso

el auricular. El brigada agradece a su superior la oferta de cambio de rehenes.

De todos modos, tanto él como Picirillo no habrían aceptado el generoso gesto… le piden que cuide de sus propios hijos, la mujer… sí, tanto él como Picirillo están bien… no, no han sido maltratados…

Fuera las golondrinas han iniciado su loco carrusel nocturno. No las veo, pero oigo sus chillidos y me las imagino en sus arriesgados revoloteos: rozar los tejados, girar en torno al viejo campanario abandonado, desaparecer detrás de un muro para reaparecer por otra parte… cada noche el mismo juego infatigable, como para manifestar un inagotable placer de vivir o quizás para consumir ávidamente los últimos minutos de sol, como si cualquier día fuese a ser el ultimo…

Ahora el teléfono suena casi continuamente. El inspector parece que no me quiere dar tregua. El coche está, pero aún no es posible llevarlo adentro: primero es necesario alejar a los curiosos, a los periodistas, para que nadie pueda enterarse del color, la matricula. Esto es para evitar seguimientos insensatos. De repente el inspector me sorprende con una petición extrañísima: cuando baje él se encontrara cerca del coche, quiere estrecharme la mano antes de que me vaya. Jamás había oído nada más absurdo…

Le digo que cuando bajemos el patio deberá estar completamente desierto, de otra forma todas estas horas de negociaciones habrán sido inútiles. Le digo que no lo conozco, por tanto podría pensar que el hombre cercano al coche es un policía de paisano que trata de sorprenderme… de todos modos, aunque lo conociese sería igual, no quiero a nadie en el patio y mucho menos cerca

del coche. No sólo el patio, también las escaleras y todo el resto deberán estar totalmente desiertos.

Al primer movimiento sospechoso, al menor ruido fuera de lugar, empezaré a disparar a los rehenes. Insiste débilmente, después desiste.

Todavía sigue el director con sus últimos intentos…

Comienza a anochecer. El silencio es absoluto. Repentinamente oigo ladrar a un perro a lo lejos. Llamo y pido explicaciones sobre qué hace un perro en el patio. Me dicen que no hay ningún perro en el patio…

Cada vez está más oscuro. En algunos minutos los últimos curiosos y periodistas habrán sido desalojados. Cuando el coche haya sido aparcado en el lugar y modo exigido, el inspector me telefoneará y después él también se irá. Entonces bajaré…

Hago levantarse a los dos guardas. Le entrego a Piccirillo el hilo de bramante usado para recoger la cesta de la comida y le digo que ate las manos del brigada detrás de la espalda. Lo hace. Controlo el nudo. Está bien.

Hago sentarse a los dos y espero la llamada final. La habitación ya está oscura, pero no enciendo las luces. El pasillo está iluminado y aclara débilmente nuestra habitación. Es suficiente.

El teléfono suena. Es la hora… no: es todavía el director que trata por última vez de hacerme desistir. Es inútil. Le pregunto si la policía ha terminado de desalojar a la multitud. Dice que está casi todo hecho, ya es cuestión de minutos. Me dice que he obtenido una victoria total sobre todos los frentes. Nunca antes había pasado…

Me viene a la mente la promesa hecha al abogado. Llamo y vuelvo a llamar, la línea siempre está ocupada…

pruebo los tres números de teléfono que me ha dejado, pero el resultado es siempre el mismo: ocupado.

Es extraño… después de una decena de intentos desisto. Espero la llamada que me dará vía libre. ¿Qué me esperará fuera?

> *«(…) después se ha hecho más oscuro, las luces han sido encendidas y las calles cercanas a la prisión han sido desalojadas.*
>
> *"¿Cómo acabará?" He preguntado a un novato de los carabinieri de paisano, con una camiseta amarilla, que llevaba a la cintura una pistola como lo hacían los cowboys. "Deberá acabar trágicamente", ha dicho con media sonrisa. Nos han obligado a meternos dentro de los portales. Algunos de nosotros hemos subido hasta las buhardillas de una casa frente a la prisión, que tiene el último piso deshabitado. Estábamos todos presos como de una gran prisa por ver la muerte del fugitivo, porque esto parecía cierto: lo matarían seguro».*

(*Il Giorno*, 25 de julio 1973, F.Pierini).

El brigada Grasso está muy preocupado. Lo tranquilizo. Les digo a ambos, que ellos, por mi parte, no arriesgan absolutamente nada. En el caso de que intentasen obstaculizarme, les dispararé sin vacilaciones, pero si no me molestan yo no les haré absolutamente nada. En el caso de que la policía me engañase, si me viese perdido, no la tomaría con ellos. Ellos no tendrían la culpa. Si la última posibilidad de fugarme me es impedida me suicidaré, pero a ellos no les haré nada. Eso si no tratan de obstaculizarme.

El silencio es absoluto. Las golondrinas no se escuchan más.

Los otros presos quizás estén aferrados a sus ventanas esperando el epílogo de esta larguísima jornada.

"Victoria total…" esta frase del director me resuena en las orejas.

¿Victoria de quién? ¿De los halcones? ¿De las palomas?

*«(…) ya está puesto en marcha el plan de los carabinieri comandados por el general de brigada Michelle Vendola, por el coronel Bruno Pagani de la legión de la Alexandria y por el mayor Tuttobene.*

*Las calles en torno a la cárcel han sido desalojadas y la multitud ha sido alejada por la fuerza pública. Quince francotiradores de los carabinieri se han apostado por todos lados: en el patio de la cárcel, en la salida principal, detrás de la prisión en la salida secundaria, en la estación de peaje de la autopista Turín-Savona. Han sido movilizados dos helicópteros, cinco coches con matricula civil y con carabinieri de paisano a bordo y tres perros policía de la escuela canina de Pralormo. Se ha tomado de una tienda de alquiler de coches un Alfa 2000, color oscuro, matricula CN171124 y se le ha colocado un dispositivo de radio que señalará a los coches de carabinieri el desplazamiento del coche.*

*Cinco de los francotiradores han sido ubicados en el patio que da sobre la salida principal de la cárcel: el teniente coronel Romano Marchisio comandante del grupo de Turín, el subteniente Aurelio Caluso comandante de la estación de Moroso (Cuneo), el brigada*

*Luigi Tarantino, el vicebrigada Giorgio Murgia y el cabo Romano Migliorini, todos de la brigada de información de Turín. El patio de la cárcel es casi cuadrado con una veintena de metros de lado. Sobre la izquierda se encuentran la portería y la armería, sobre la derecha el economato y un pórtico del cual parten las escaleras que llevan a la dirección que se encuentra en el primer piso.*

*Fantazzini ha exigido, a las 21:55, que el coche fuese conducido al interior del patio y situado con las puertas abiertas justo al final de la escalera.*

*Pero la trampa está lista. El subteniente Caluso estaba escondido en la armería listo para disparar desde la ventana. El teniente coronel Marchisio y los otros tres tiradores estaban escondidos en el economato donde estaba también el carabinero Quinto Urbano, con tres perros policías, entre los cuales estaba "Alf duodécimo", un magnifico, y "adiestradísimo" ejemplar…».*

(*Ill Corriere Della Sera*, 25 de julio de 1973, Riccardo Marcato).

Finalmente el teléfono suena. Es la buena: el inspector me dice que todo está listo. Puedo bajar.

El campanario cercano ha terminado hace algunos segundos de hacer sonar sus doce campanadas.

Hago levantarse a Grasso y Piccirilo. Piccirilo caminará a la cabeza, después Grasso y detrás yo con la pistola apuntando a la cabeza del brigada.

El gatillo de la pistola está muy suave. Un mal gesto causado por el nerviosismo podría hacerme disparar. Decido poner el seguro.

Se lo digo a los dos invitándolos a no hacer tonterías:

el mecanismo de la Mauser permite soltar el seguro y tirar del gatillo al mismo tiempo. Grasso está notablemente aliviado.

"¡Es la hora, vamos. No hagáis tonterías!".

# EL EPÍLOGO

En fila india recorríamos el pasillo: Piccirilo, Grasso y después yo, que uso de escudo al brigada. Si quisiera, Piccirilo podría escapar, pero dejaría en apuros a su colega que además, para prevenir gestos imprudentes, le ha dicho: "Piccirilo, por favor…".

Aquí estamos frente a la puerta que nos lleva a las escaleras. Esta mañana, hace doce horas y media, he abierto violentamente esta puerta venciendo la débil reacción del brigada que está temblando delante de mí. Ahora, con cautela, recorro el camino inverso con todos los sentidos alerta.

La puerta está abierta ya. Nos detenemos un instante, casi agredidos por el silencio y por la innatural calma que nos acoge más allá de la puerta.

Hay tres tramos de escaleras que bajar, breve y larguísimo camino hacia la libertad…

Bajamos las escaleras con una lentitud exasperante. Empujo muchas veces a Grasso, el cual, un poco por las manos atadas detrás de la espalda, un poco por miedo o por evitar gestos bruscos, se mueve como si delante de cada escalón se encontrase un precipicio del cual no se ve el fondo.

No, esto no es el centro de una ciudad ruidosa, sino uno de esos misteriosos lugares que pueblan las fanta-

sías de nuestra infancia. Entre el día y la noche –nos decían– no hay transición alguna y el silencio que sigue a la imprevista muerte de la luz es impresionante.

Los pájaros interrumpen simultáneamente su canto y el silencio parece petrificar toda la vida del bosque. De vez en cuando –nos decían– un grito helado violenta el silencio: el animal nocturno ha encontrado su víctima y ahora se alimenta del imprudente caído en la paciente emboscada…

El primer tramo de escaleras está a nuestras espaldas y ahora llega a nosotros el mórbido ruido de un motor: el coche prometido está a los pies de las escaleras con el motor encendido.

Continuamos bajando con una prudencia y una lentitud que hacen pensar en un equilibrista que camina sobre un cable.

Vamos a meternos en el último tramo de escaleras… ya está, se comienza a entrever el culo del coche… el pañuelo que me he anudado sobre la cara para evitar eventuales teleobjetivos escondidos hace del bochorno de esta noche de finales de julio aún más pesado.

Coraje Horst: unos pasos más y estarás en el coche…

Ya está finalmente, todo está según lo convenido: puertas abiertas de par en par, motor encendido al mínimo, luces encendidas, morro puesto hacia la libertad.

Piccirilo me mira y yo le hago la señal de sentarse en el puesto del conductor.

No hay necesidad de hablar: todo es como hemos convenido: ya está explicado y reexplicado.

Piccirilo ha entrado, ahora le toca a Grasso. Se dobla y lentamente entra, la Máuser constantemente sobre la cabeza.

«*(…) Piccirilo se sienta en el asiento del conductor, el brigada sube detrás a la derecha. Es el momento crítico: Fantazzini está a punto también de subir, pero está todavía fuera, por tanto solo, es fácil apuntarlo. (…)*».

Ya está… ahora me toca a mí… ya está hecho…

«*(…) El subteniente Caluso dispara el primer tiro que golpea al bandido en la mejilla. (…)*».

Un relámpago me explota en el cerebro mientras una invisible mano me golpea el pómulo derecho con inaudita violencia… Horst, ¿Qué sucede?

Sorpresa… desmayo… dolor… otro relámpago y la mano que instintivamente me llevo a la cabeza no es más que una cosa desarticulada que mana sangre… ha acabado… Horst, ha acabado…

«*(…) Fantazzini grita y mientras se lanzan encima dos perros que no le dejan tiempo de mirar a los rehenes; (…)*».

…Este silbido en las orejas… todo da vueltas a mi alrededor y esta sangre que atrae a estas fieras… ¡no caigas Horst! ¡Si caes estás perdido! Estas bestias están hambrientas… si caes te devorarán… todo silba… todo chilla… esta fiera que me destroza el brazo… me estoy quedando ciego… todo tambalea… Horst, Horst, ¡no caigas!

«*(…) ahora disparan también los brigadas Tarantino, Murgia y el cabo Migliorini. El bandido cae al suelo*».

(*La Stampa*, veinticinco de julio de 1973, R.Lugli).

… Una ráfaga sobre mis hombros. Algo me quema la espalda y me arroja por los suelos… ¡son ellos!… ¡malditos!… son ellos… ¿pero qué hacen? ¿Disparan todavía?… bellacos… me golpean en el pecho… en el vientre… en

el costado… estoy perdido… bellacos… inesperadamente la mente me lleva atrás millones de años.

Soy uno de esos animalitos pequeñísimos que, cuando se ven perdidos fingen una muerte que es sed de vida. Una última mueca, un estremecimiento, después me inmovilizo. Los golpes de los fusiles paran de masacrarme. No disparan más, los perros son llamados. En torno a mí la confusión es enorme. "¡Está muerto!, ¡Está muerto!", escuché repetir…

Quizás esté realmente muerto… no siento más dolor… mi cuerpo es como si ya no existiese… ya está, el entumecimiento sube, desde luego el corazón se ha parado. Es bonito morir… es como dejarse trasportar, como una nube blanda… todavía alguna chispa en el cerebro que ya se apaga… es bonito morir…

¿Cuánto tiempo ha pasado? Todos esos chillidos. Esos gritos de placer. Esos aplausos. Un sentimiento de nausea me invade. Me están transportando. La nausea es insoportable y conatos de vómito me sacuden dolorosamente. La camilla divide a la multitud que chilla como en un partido o en una corrida… Continúo vomitando y en la boca me queda un sabor a sangre.

La multitud despotrica a mi paso: "¡Púdrete asesino!, ¡ésta es la sangre de un canalla!, ¡llevadlo al cementerio, no al hospital!".

De nuevo no siento más el dolor de las heridas. Humillado por este epílogo e impotente ante estos insultos, soy introducido en la ambulancia.

Fuera la multitud de fiesta, porta el triunfo de los vencedores…

Sulmona-Perugia, diciembre de 1973-febrero 1974.

## REACCIONES Y COMENTARIOS

«(…) Frente a la cárcel, la multitud todavía aplaude a los francotiradores. Uno de ellos, Luigi Tarantino, declara: El coronel nos llamaba cada veinte minutos, quería que siguiéramos sus instrucciones, nos pedía que rindiéramos cuentas de aquello que estábamos haciendo y de cómo nos sentíamos. La vida de dos rehenes dependía de nosotros. He disparado a un hombre, hace frío. Ahora solo tengo una esperanza: que no muera, que no tenga que arrepentirme para siempre de haberlo matado». (Gazzeta del popolo, 25 de julio, 1973).

«(…) Actuamos según los artículos 52, 53 y 54 del código penal —Ha dicho el mayor Tuttobene— de acuerdo con la legítima defensa, el uso legítimo de las armas en estado de necesidad. Pero, de todas formas, la nuestra ha sido una tarea ingrata y no nos complace en absoluto lo ocurrido, aunque ayer la multitud aplaudiera a los francotiradores».

(*Corriere della Sera,* 25 de julio, 1973).

«(…) Por otra parte, al final de la mañana se tomaba la decisión en firme de comenzar los preparativos para solucionarlo por la fuerza. (…).

(…) Hablamos con el capellán de la cárcel, Don Felice Favole. Parecía avergonzado, no ha querido pro-

nunciarse sobre el desenlace de un trágico suceso, al parecer sin ninguna explicación satisfactoria.

La calma ha vuelto también a la cárcel. Pero continúan los problemas, numerosos y graves, que pesan sobre la maquinaria de la justicia en general.

Y queda la perplejidad ante una acción de fuerza como ésta ejecutada ayer».

(*L'Unità,* 25 de julio de 1973).

«Quizá Horst Fantazzini disparó. Disparó a pesar del número de balas incrustadas en su cuerpo por los francotiradores ubicados en el patio de la cárcel de la que el delincuente había decidido escapar a cualquier precio. ¿Por qué Horst Fantazzini hizo lo que hizo?

¿Por qué —él que jamás en su vida había disparado una bala, a pesar de su trayectoria como delincuente— improvisó empuñar un arma hiriendo a tres agentes, dos de los cuales permanecen en graves condiciones? (…).

Son preguntas inquietantes, apenas tratadas en las crónicas, todas consagradas al dramatismo, a la convulsa dinámica del intento de fuga.

En este punto puede resultar revelador aquello que el bandido dijo en una llamada telefónica a su abogado desde la cárcel cuando aún tenía controlada la situación: "*Me han condenado a 22 años —dijo aproximadamente Fantazzini— me parece injusto. Cierto que no soy un santo, he cometido algunos robos, pero jamás he disparado una bala, nunca he herido a nadie. Por eso he decidido fugarme. No quiero cumplir una condena injusta*".

Detrás de esta penosa historia emergen algunos viejos cánceres de nuestra sociedad: el decrépito dispositivo

carcelario, concebido como la implacable máquina de la venganza colectiva. No es cierto que la estructura de nuestro código considere importante la idea de la reinserción del culpable. Por otra parte, el primero en hacer reflexiones de este tipo, precisamente a colación del caso de Fantazzini, fue el mismo ministro de "Grazia y Justicia", Mario Zagari (…).

Entre otras cosas, el honorable Zagari ha asegurado la voluntad del gobierno de deshacer finalmente los nudos que estrangulan cada vez más el mecanismo de nuestra justicia».

(*Tempo Illustrato,* 5 de agosto de 1973).

«(…) Un subteniente de los carabinieri de mediana edad, un hombre delgado y con aspecto algo resignado, que por la tarde circulaba con un rifle al hombro, fue el encargado de disparar el primero desde la habitación de la guardia a la derecha del patio. El hombre habló bastante tiempo con los periodistas. Explicó, incluso, que el suyo no era un rifle militar, sino su arma personal de caza, una Beretta del calibre 22 que lleva incorporado un punto de mira para el tiro de precisión. Alguien contó que el subteniente, que se llama Aurelio Caruso, es un famoso tirador, uno de los mejores del Piemonte. A los pies de la escalera apareció el primero de los rehenes, el agente de custodia Giovanni Piccirillo, tras él, el sargento de los agentes de custodia, Antonio Grasso, con las manos atadas a la espalda. Por último venía Horst Fanzzini, con la pistola apuntando a la nuca del suboficial. El preso en fuga sienta a Piccirillo en el asiento del conductor y detrás al sargento Grasso.

Durante una fracción de segundo el prisionero permaneció al descubierto tras sus rehenes. En ese preciso

instante, el subteniente Caluso, que lo tenía en el punto de mira, apretó el gatillo.

En el silencio absoluto se escuchó un disparo ligero, como del rifle de un niño. El pequeño proyectil del calibre 22 dio de lleno en la cabeza a Fantazzini.

(…) Herido y vacilante, tras el disparo, Fantazzini vio aparecer dos perros policías, dos pastores alemanes que se lanzaron sobre él. (…) En ese momento, se le vino encima una verdadera lluvia de disparos. Dispararon todos: desde la ranura de la puerta el cabo Migliorini con la metralleta, desde el economato el brigada Tarantino con los otros, el coronel Marchisio se precipitó fuera del economato apuntándole a la cabeza con su pistola. En pocos segundos el hombre yacía en un charco de sangre.

(…) Hemos hablado con los tiradores y su respuesta ha sido categórica: "¿Cómo puede ser que no haya muerto? En estos casos se dispara a los órganos vitales».

(*Il Giorno,* 24 de julio de 1973. Filippo Abbiati y Franco Pierini).

«Fossano, 2 de la mañana. Los bares aún están abiertos. La gente festeja la victoria de los hombres de ley sobre el bandido que trataba de obtener la libertad a través de la violencia.

… Otros detalles se han ido conociendo a lo largo del día y, en conjunto, pueden hacernos reflexionar. El ladrón, cuando a las 22h de ayer salió al patio de la cárcel, precedido de dos rehenes y encuadrado en el punto de mira de al menos cinco de los mejores tiradores del Piamonte sólo tenía una bala disponible en la pequeña 6, 35 que empuñaba. Estaba jugando su loca partida como un farol. La primera bala que lo alcanzó fue disparada

con notable habilidad… (…) Tras el primer disparo del rifle del subteniente Caluso se estuvo disparando contra un hombre desarmado. ¿Por qué? (…).

En el origen de esta jornada violenta, de este tira y afloja entre un marginado del sistema y las fuerzas del orden que deben proteger y defender ese sistema, hay una historia judicial como mil otras en Italia, llena de errores, retrasos y procedimientos absurdos. Una situación judicial que encuentra en las revueltas colectivas en las cárceles una voz consciente de la necesidad de reforma, transformando el gesto de Horst Fantazzini en el intento dramático, absurdo y cruel de recuperar la libertad por parte de un hombre que la sociedad primero condenó duramente y más tarde olvidó».

(*Il Giorno,* 25 de julio de 1973, Filippo Abbiati).

«(…) Tras la puerta, en un viejo patio de piedra cubierto por las malas hierbas, estaban dos magistrados llegados de Turín. "*¿Cómo han ido las negociaciones?*" — pregunté — "*Inútiles*" — me contestó uno de ellos— "*¿Tenían disposiciones de Roma*" — continué preguntando — "*Sí*" — contestó el otro — "*en forma de dólar*". Pensé en ese hombre dentro de la prisión, que quería escapar tras haber usado su arma para asesinar y que en poco tiempo sin duda estaría muerto. Dije: "*No tiene sentido humano estar aquí para ver cómo matan a una persona así*". El mayor me contestó: "*El sentido humano siempre es discutible, el sentido jurídico no. La ley nos protege, nos cubre totalmente en un caso como este…*"».

(*Il Giorno,* 25 de julio, 1973. Franco Pierini).

«(…) El apodo de "ladrón gentil" le fue puesto por la calma y la cortesía con que llevaba a cabo sus acciones,

jamás usaba la violencia en los enfrentamientos con personas. Sin embargo el tribunal le impuso una pena gravísima, treinta años. La pena que sustituye a la cadena perpetua según los planes de reforma del código penal.

Fantazzini nunca mató ni hirió a nadie: pero la justicia burguesa, para la que atentar contra la propiedad es más grave que atentar contra la vida (hace poco salió de la prisión el ingeniero Biadene responsable de miles de muertos en Vajont [9]) ha decidido que les debía 30 años, toda una vida, por algunos robos(…).

(…) La fuga ha sido siempre un sistema clásico de lucha individual contra la cárcel, la forma más instintiva de oponerse a la injusticia y la violencia de las instituciones.

Tras este acto está la rebelión ante una condena inhumana, frente a la que se evidencia la abstracción de las afirmaciones del ministro Zagari acerca de la necesidad de que la condena tenga una eficacia de reinserción.

Por otra parte, su colega Tavaini no vaciló al firmar desde Roma una condena a muerte: es del ministro de interior, en efecto, de quien llegó la orden de que actuaran los francotiradores, arriesgando la vida de los dos rehenes para no dejar escapar a un hombre, de preparar a un pelotón de ejecución comandado por el teniente coronel de los carabinieri Marchisio, bien conocido

9. La empresa Sociedad Adriática de Electricidad (SADE) construyó la presa de Vaiont a 100 Km. al norte de Venecia siendo de las presa más grandes del mundo en aquella época. Durante su tercer llenado, el 9 de octubre de 1963, el Monte Toc situado en la margen izquierda, se deslizó incorporando 270 $hm^3$ de roca dentro del embalse, originando una ola de 235 m de altura, que pasó por encima de la presa y arrasó las poblaciones del valle aguas abajo causando la muerte a 2.500 personas. los responsables del proyecto fueron el ingeniero Semenza y el ingeniero Biadene.

por ser el promotor del clamoroso proceso contra 600 compañeros de la izquierda revolucionaria en Turín, en el que estaba el agente del SID Migliorini[10] protagonizando un tiroteo contra los compañeros agredidos por la policía durante una manifestación en mayo del 1971. Según la lógica que ha guiado tantas ejecuciones en los últimos tiempos: mejor un presunto delincuente muerto (tal vez junto a algún rehén) que en libertad.

La gran madurez política de las luchas de los presos viene dada por el hecho de que su lucha nunca es por la salvación individual sino que es una lucha colectiva contra la deshumanización de las cárceles, por lo que es necesario afirmar, ante la desesperada decisión de Fantazini y la violencia desplegada por los asesinos del Estado, la rabia de todos aquellos que pelean por una sociedad y una justicia distintas, ante un poder que primero crea al delincuente y luego lo destruye».

(*Lotta continua,* 25 de julio de 1973).

Comentarios de abogados penalistas extraídos de ***La Gazzetta del Popolo*** del 25 de julio de 1973:

«(…) Personalmente no apruebo la ejecución diseñada contra Fantazzini. Existen otros medios para resolver situaciones de este tipo (…).

«(…) El preso Fantazzini sentía sobre los hombros el peso de una condena injusta: treinta años por robos que a otros presos les cuestan nueve años de cárcel. Ese es el motivo de la situación».

(Abogada María Magnani Noya).

10. Antigua Agencia de inteligencia italiana, Servizio Informazioni Difesa, desde 2007 DIS, Dipartimento delle Informazioni per la Sicurezza.

«(…) Los carabinieri dispararon porque se encontraban auspiciados por el derecho a la legítima defensa, prevista en el artículo 53 del código penal. Cierto, la situación inherente a episodios como este es triste. La vida humana ha de respetarse siempre, y es cuestionable si se pudo no azuzar a los perros*"*.

(Abogado Carlo Altari).

«(…) El intento de evasión de Fantazzini no es más que un gesto de desesperación extrema. Se dan algunas situaciones absurdas en nuestro sistema jurídico: si un preso ha delinquido en lugares diferentes las condenas de los procesos se acumulan. Sin embargo, si los cargos se juntan en un solo proceso sustituyendo la acumulación de penas, las condenas resultan muy inferiores. Fantazzini había sido ya condenado a treinta años y estaba a la espera de otros procesos porque lo juzgaban distintos tribunales. Es evidente que el preso se sentía víctima de una injusticia y tenía deseos de libertad, cosa más que humana. (…)".

ç(Abogado Prof. Claudio Dal Piaz).

«(…) El comportamiento de los carabinieri se contempla en el artículo 53 del código penal. También estaba en juego la vida de los dos rehenes. Pero existe el aspecto ético, moral. La vida humana está por encima de cualquier cosa. Los francotiradores y el preso estaban a una distancia muy corta: se podía apuntar a las piernas, los brazos. Justificar incondicionalmente el uso de las armas, significaría justificar también el linchamiento".

(Abogado Antonio Foti).

## ARTÍCULOS DE PRENSA

Artículo extraído
de *IlGiorno* del 24 de julio de 1973:

LA DRAMÁTICA JORNADA D
E FOSSANO CERRADA A GOLPE DE FUSIL

***Abatido durante la fuga el preso sanguinario***

*«Dos guardias están moribundos. Un tercero se ha salvado de milagro: una costilla ha desviado la bala directa al corazón. Además un guardia y un agente de custodia estaban en manos del bandido que parecía decidido a todo: había pedido un coche con chofer, 5 millones y la promesa de no ser perseguido».*

Por nuestros enviados:
FILIPPO ABBIATI y FRANCO PIERNI
FOSSANO, 23 de julio

«En el silencio de la noche se ha escuchado primero un disparo sutil, después un instante de silencio y después una larga serie de disparos más fuertes a ráfagas. A las 22h ha acabado el largo terror de Fossano, que ha durado todo un día. La ciudad se ha despertado de golpe y toda la gente, que estaba encerrada en las casas,

ha salido a las calles. La fuerza pública había abatido a Horst Fantazzini, el hombre que desde hacía 14 horas intentaba salir de la cárcel después de haber herido gravemente por disparos de revolver a tres agentes de custodia. Desde la mañana, el bandido canjeaba la vida de otros dos agentes de custodia que había tomado como rehenes, a cambio de su libertad.

Horst Fantazzini supo, justo hace quince días, por la sentencia de apelación, que habría debido cumplir cerca de otros treinta años de reclusión. Las últimas horas de este acontecimiento han sido alucinantes. Mientras, dentro de la cárcel Fantazzini estaba atrincherado en la oficina del director, tratando las condiciones de su salida del centro penitenciario, en el exterior contingentes de carabinieri habían trabajado durante horas para organizar una serie de emboscadas contra el preso.

Además de aquello que había sido preparado dentro de la cárcel, había unas trampas listas para saltar apenas el hombre en fuga hubiese salido del portón de hierro con el automóvil que se le había puesto a disposición: un Giulia[11] color berenjena administración de Cuneo.

Los carabinieri de paisano, todos pertenecientes a los destacamentos especiales de la legión de Turín, se habían esforzado en desalojar los aparcamientos de automóviles aparcados, sustituyéndolos por coches camuflados. Todos los portales del vecindario de la cárcel estaban llenos de jóvenes carabinieri con blue-jeans, armados con metralleta, carabinas telescópicas y pistolas de largo alcance.

Mientras desaparecían los últimos rayos de sol, a las nueve y media, todo el aparato para atrapar al fugitivo

11. Alfa Romeo deportivo de los años 70

estaba listo. Apenas se ha hecho la oscuridad el gran portón de hierro se ha abierto y el coche que se le había prometido al preso ha entrado marcha atrás, listo en la posición que había pedido Fantazzini, con las puertas de la izquierda abiertas. Poco antes se había visto entrar también a un carabinieri que tenía atados a dos perros policía. También el patio, iluminado fuertemente, parecía completamente desierto.

Un subteniente de mediana edad de los carabinieri, hombre delgado y de aspecto un poco humilde, que desde el medio día circulaba con una carabina en el hombro, habría sido el encargado de disparar el primero desde el puesto de guardia de la derecha del patio. El hombre había hablado bastante con los periodistas. Había explicado que el suyo no era un fusil militar, sino su arma personal de caza, un Beretta calibre 22 que lleva montada una mirilla telescópica para los tiros de precisión. Alguien había explicado que el subteniente, que se llama Aurelio Caluso, es un famoso tirador, uno de los mejores de todo el Piemonte. Caluso comanda la estación de los carabinieri de Morozzo, junto a Modovì, y había sido llamado a Fossano por el teniente coronel de los carabinieri Marchisio, comandante del grupo de Turín, por su habilidad como tirador.

En diagonal al puesto de guardia, en el patio más o menos rectangular, hay una cancela de hierro con una pequeña ranura, de esas que sirven para comprobar la identidad de quien quiere entrar. En aquella ranura estaba apostado otro carabinieri también conocido como óptimo tirador, Romano Migliorini, armado con metralleta. Al lado de esta cancela está el bar de la cárcel, la “venta”. Aquí dentro se habían apostado otros franco-

tiradores, entre los cuales el teniente coronel Marischio y el brigada Luigi Grasso. Y a las diez en punto la trampa ha comenzado.

El hombre había pedido también cinco millones, que habían sido metidos en el coche que lo esperaba en el patio. A los pies de la escalera ha aparecido primero uno de los rehenes, el agente de custodia Giovanni Piccirillo, detrás de él el brigada de los agentes de custodia Antonio Grasso, con las manos atadas detrás de la espalda. El último venía Horst Fantazzini Con la pistola apuntando la nuca del suboficial. El preso en fuga ha hecho subir a Piccirillo al puesto del conductor y al brigada Grasso junto a él. Por una fracción de segundo, el fugitivo ha permanecido separado de sus rehenes. En ese preciso momento, el subteniente Caluso, que ya lo tenía encuadrado en el retículo de su mirilla, ha apretado el gatillo.

En el silencio absoluto se ha oído un disparo ligero, como de un fusil de niños. El pequeño proyectil calibre 22 ha dado de pleno en la cabeza de Fantazzini. Las primeras noticias decían que lo había centrado en la sien, pero más tarde se ha sabido que había dado en la mandíbula. De hecho, en los pocos momentos que vimos al fugitivo, mientras estaba abatido en la tierra en un pozo de sangre, se ha visto un agente que le sujetaba la mandíbula con un pañuelo empapado en sangre que le había atado sobre la cabeza.

Golpeado y vacilante, después del tiro, Fantazzini se ha visto cercado por dos grandes perros policía, dos pastores alemanes, que se han arrojado sobre él. Ciertamente habrían sido capaces de inmovilizarle. Herido gravemente, sangrando, con la vista seguramente nublada, el fugitivo aún ha disparado con su pequeño revolver 6, 35 sobre los

perros que lo asaltaban, hiriendo a uno. En aquel momento se ha producido una auténtica lluvia de disparos. Han disparado todos: desde la ranura de la cancela de hierro el brigada Migliorini con la metralleta, de la venta el brigada Luigi Grasso y los otros. El coronel Marischio ha salido del economato y se ha precipitado sobre el hombre caído apuntándole sobre la cabeza con su metralleta. En unos pocos segundos el hombre estaba en un pozo de sangre.

El hombre herido ha sido inmediatamente subido en una ambulancia que ha acudido de una calle vecina donde estaba aparcada desde las tres del mediodía, surcando la multitud a golpe de sirena y claxon. La confusión era enorme. El hombre ha sido dado inmediatamente por muerto. Habíamos hablado con los mismos tiradores y la respuesta había sido categórica: "¿Cómo podría no estar muerto? En estos casos se dispara a los órganos vitales". Sin embargo, el hombre que se había preparado con tanta decisión y con tanta crueldad la fuga de la cárcel estaba todavía vivo, con numerosos proyectiles dentro del cuerpo, de los cuales uno, el más peligroso según el director del hospital de Fossano, el profesor Impallomena, estaba en el abdomen, dónde se encuentra el hígado, con numerosas perforaciones.

Cuando la ambulancia ha partido, de la gente han surgido muchos aplausos hacia los carabinieri, que han sido vitoreados y que han posado largamente para los fotógrafos. La animación era hasta cierto punto indescriptible. Se abría paso como en un espectáculo de carreras. Un joven profesor, detrás de nosotros, ha dicho: "Pero ha sido una matanza". Otro, más viejo, ha rebatido: "En un caso como este no se podía hacer de otra forma. El hombre ha sido disparado y abatido mientras

cometía y completaba al menos diez delitos graves. La función de la ley es defender a los ciudadanos honestos a los que él habría podido dañar”.

Este ha sido el juicio en caliente de los magistrados presentes, muy numerosos, sobre la dramática jornada de Fossano.

Mientras continuaban los festejos de Fossano a la fuerza pública, los rehenes, que durante todo el violento tiroteo han permanecido arrinconados dentro del automóvil color manzana, abrazaban a sus compañeros, felices por su recuperada libertad. Durante trece horas fueron prisioneros de un hombre que no había dejado dudas de sus intenciones de matar para poder fugarse. La cosa quizás más horripilante de esta tristísima historia ha sido el espectáculo de los presos aferrados a los barrotes de las celdas, como los hemos visto algunos de nosotros, desde las buhardillas de las casas más altas, cercanas a la cárcel.

En Fossano todo ha comenzado esta mañana a las 8:30h. Horst Fantazzini, nacido en Alemania pero residente en Bolonia con su mujer y su madre, pide a un agente de custodia un coloquio con el director de la cárcel donde se encuentra para cumplir una condena de treinta años por una larga lista de delitos que comprende numerosos atracos.

Han pasado pocos minutos desde las 8, 30h cuando Fantazzini y el agente de custodia aparecen en el patio que deben atravesar para enfilar las escaleras que llevan en tres tramos a las oficinas administrativas. La cancela de ingreso a la cárcel da al patio, y se asoma hacia la calle San Giovani Bosco: el puesto de guardia limítrofe a la cancela está ocupado por el agente de custodia Dome-

nico Massaria, 36 años, casado con dos hijas, de 5 y 4 años, que en aquel momento está trasteando con las llaves en la cancela de hierro.

El preso alemán cuando aparece en el patio extrae de un bolsillo de la cazadora una pequeña pistola, una pequeña 6.35, y la apunta sobre Massaria, incitándolo a abrir la pesada cancela que da a la calle. Varios agentes que se encuentran en el patio no pueden intervenir. El alemán se mueve con notable habilidad protegiéndose siempre las espaldas. El agente de custodia, a pesar de la pistola apuntado a su pecho, trata de convencer al alemán de no hacer locuras. Horst Fantazzini no discute: baja ligeramente el arma y dispara un tiro al vientre de Massaria, que se desploma al suelo.

Al primer disparo del alemán le siguen otros disparos en dirección a los distintos agentes de custodia que se encuentran en el patio: el brigada Gaetano Gianquinta, 50 años, de Caltagirone, casado con Fortunata Cappelo y padre de Salvatore, 18 años. Fiorella, 16 años, y Stefania, 3 años, se desploma al suelo con dos proyectiles en el abdomen y otro que le ha fracturado el hueso del brazo izquierdo a la altura del húmero.

El tiroteo ha durado pocos segundos: sobre el asfalto del patio se hallan los dos heridos, una decena de casquillos brillando al sol. El alemán con la pistola en la mano permanece indeciso durante algunos segundos y después enfila las escaleras que llevan a las oficinas administrativas.

Aquí no se han dado cuenta de nada. El cabo Aldo Bussotti, 41 años, un livornes grande y grueso, ligeramente entrecano, casado con Agnese Tesio, 30 años, padre de dos niños, Lidia de 7 años y Ermanno de 4 años, está en la oficina de contabilidad con el agente de

custodia Giovanni Piccirillo y el brigada Antonio Grasso, 35 años, de Ariano Irpino, casado con Italia Marino, 33 años, costurera, y padre de Mauricio, 7 años, y Alessandro, 9 meses. Los tres agentes estaban charlando cuando un preso entra en la oficina: Orlando Crepaldi es un presidiario que desarrolla pequeños encargos en el interior del instituto, tiene los ojos llenos de lágrimas y con voz incierta informa a los tres hombres de que: "Han disparado a Massaria en el patio".

El brigada Antonio Grasso se dirige inmediatamente hacia las escaleras que llevan al patio: lo siguen tanto Piccirillo como Bussotti. Pero el brigada los exhorta a quedarse en las oficinas. No obedecen, se quedan en el pasillo en posición que les permita ver los últimos escalones de la escalera. Después de pocos segundos el brigada reaparece, las manos sobre la cabeza, la pistola empuñada por Horst Fantazzini apuntando a la espalda.

El agente Bussotti, desarmado como todos los agentes de custodia, entiende que el alemán intenta alcanzar las oficinas. Entiende también que para llegar debe traspasar una puerta que da hacia el pasillo. Bussotti tiene pocas décimas de segundo para decidir y cuando el brigada traspasa la salida trata de estrellar la puerta frente al alemán encerrándolo en un despacho. Pero no consigue la operación: el alemán enfila rápido hacia la salida detrás del brigada. Su venganza es inmediata: apunta la pequeña 6, 35 al pecho de Bussotti y desde un centímetro le dispara directo al corazón. El agente se desploma sobre el pavimento. Pero el proyectil no mata a Bussotti. Milagrosamente choca contra una costilla que lo desvía bajo la axila izquierda, donde se para sin salir fuera.

El alemán tiene ahora dos rehenes en sus manos: el brigada Gasso y el agente de custodia Piccirillo. Siempre con la pistola empuñada, los arrastra a un segundo despacho, contiguo a aquel en el que yace Bussotti.

Bussotti alcanza las escaleras a gatas y lentamente llega al patio, aquí sus dos colegas heridos están todavía en el suelo. Han pasado 40 minutos del inicio del tiroteo. A los pocos segundos llegan las ambulancias con las cuales los tres heridos son llevados al hospital de Fossano. Los cirujanos intervienen inmediatamente a Massaria extrayéndole, en el curso de la operación terminada a las 13h, un proyectil en el abdomen (el pronóstico es reservado) y sobre el brigada Gianquinta que, después de una primera intervención, tiene aún un proyectil en el abdomen y se encuentra en condiciones gravísimas. Para Bussotti en cambio el pronóstico es de una semana: una costilla providencial le ha salvado la vida.

Fantazzini negocia su libertad por teléfono con los sustitutos del fiscal general Benedicti y Caccia, de la Fiscalía General de Turín. Pide un coche con conductor, un magistrado como rehén y dos agentes de custodia que ya están en su mano, además de 5 millones al contado, que ya le han hecho llegar al interior de la cárcel, y la garantía de no ser perseguido por patrullas de carabinieri ni de la policía.

La vía San Giovanni Bosco está desalojada de automóviles desde las 15h; sólo un Alfa Romeo color beige, administración TO E77582, está parado delante de la cárcel. Pero también hay otra salida del instituto penal y también allí hay un coche a la espera. Sobre los tejados de las casas que se asoman por encima de la cárcel han sido emplazados francotiradores. El capitán de los cara-

binieri Lo Grano, comandante del Grupo de Helicópteros, está listo para una eventual persecución. Coches de la policía y de los carabinieri ya están distribuidos por todas las vías de salida de Fossano. Pero las negociaciones serán largas.

Parecía que Horst Fantazzini hubiese puesto inicialmente un ultimátum. Después ha corrido la voz de que hubiese aplazado la petición del coche a una hora más tarde para aprovechar la oscuridad, quizá tiene una cita con los cómplices, con los mismos que han enviado la pistola dentro de un queso.

A las 19:40h un florista de Fossano, Bertino Crudo, se ha ofrecido como rehén a cambio del brigada Grasso, pero la oferta ha sido rechazada por el bandido que ya había rechazado propuestas análogas de colegas de los dos rehenes y de carabinieri.

Cerca de dos horas después, a las 21:30h, la cancela de la cárcel se abre al coche requerido por el fugitivo. La emboscada está lista para saltar. Para Fantazzini es el fin de un cruel, humanísimo sueño de libertad».

Artículo extraído de *Il Giorno*
del 25 de julio de 1973:

## DESARMADO AL PRIMER DISPARO
## EL BANDIDO DE FOSSANO

***Pero después todos han querido disparar.***

*«La tensión era enorme y ya estaba establecido que la emboscada debía ser mortal, para no arriesgar más vidas humanas: pero ahora, pasada la excitación de la caza, alguien se pregunta si algún disparo podía haberse ahorrado. En el hospital, Fantazzini está aún grave, a pesar de que un equipo de cirujanos se desvive por salvarle la vida».*

Por nuestro enviado FILIPPO ABBIOATI
FOSSANO (Cuneo), 24 de Julio

«Fossano, 2 de la noche. Los bares están todavía abiertos: la gente festeja en la taberna la victoria de los hombres de ley sobre el bandido que buscaba con violencia recuperar la libertad. En el patio de la cárcel después de la invasión de la multitud, los agentes de custodia han arrojado muchos baldes de agua sobre grandes manchas de sangre. La trampa ha funcionado a la perfección: el balance de la jornada más larga de Fossano hasta ahora se ha saldado sin muertos.

En el hospital mayor Santísima Trinidad un equipo de médicos, con las camisas blancas embadurnadas de sangre, está trabajando desde hace horas en torno al

cuerpo destrozado de Horst Fantazzini. El presidiario llegó ayer por la noche, a las 22:20h transportado por una ambulancia. Sus condiciones son muy graves para el profesor Guglielmo Impallomena, director del departamento quirúrgico, que ha dejado al presidiario en manos de los anestesistas. En el abdomen de Horst Fantazzini hay dos proyectiles. El primero le ha perforado el hígado originando desgarros en las arterias con una consecuente, gravísima, hemorragia interna. La segunda bala ha desgarrado el intestino. Un tercer proyectil se le ha clavado en la cabeza, detrás de la oreja derecha; un cuarto proyectil (el primero en golpearle, disparado por el subteniente de los carabinieri, Aurelio Caluso) le ha machacado la muñeca derecha haciéndole saltar de la mano la pistola y como consecuencia numerosos fragmentos de plomo se han mezclado con las astillas óseas; otros dos proyectiles le han desgarrado los tejidos de la espalda, de refilón.

Horst Fantazzini respiraba todavía al llegar al hospital, pero débilmente: su presión era muy baja, ha perdido una gran cantidad de sangre. Los anestesistas han trabajado desde las 23h de ayer hasta la una de esta mañana para ponerlo en condiciones de soportar la delicada intervención quirúrgica en el hígado y en el intestino. Después de muchas transfusiones de sangre y varias inyecciones intravenosas, el presidiario recupera la consciencia: la presión vuelve a índices casi normales. Se acuerda la operación.

El profesor Impallomena y sus colaboradores entran en la sala operatoria pocos minutos antes de las 2 de esta mañana. Se inicia con una laparotomía mediana (apertura del abdomen) y sutura del orificio del hígado pro-

vocado por el proyectil, se prosigue con la ligadura de las arterias que sangran bloqueando la hemorragia interna y finalmente se dispone la reconstrucción de las paredes intestinales desgarradas por el proyectil.

Las horas pasan lentamente. En la moderna sala de operaciones los cirujanos se intercambian pocas palabras: hacen su oficio con precisión. Trabajan para salvar una vida humana. Después de las horas espantosas vividas en Fossano, en un clima de violenta tensión, nos sentimos de nuevo en medio de una humanidad justa, empeñada en usar la inteligencia para el hombre, por bueno o malvado que sea. Los cirujanos extraen del abdomen de Horst Fantazzini sólo el primer proyectil: el segundo está anidado en una zona no peligrosa; lo quitarán más tarde y sólo si provoca molestias. También el plomo que el presidiario tiene en la cabeza y en la muñeca derecha será extraído en los próximos días pero sólo si fuera necesario. A las cuatro de esta mañana la operación ha terminado. Las condiciones del presidiario son graves. Los médicos se reservan el pronóstico pero no desisten de salvar al atracador de origen alemán.

También para el agente Domenico Massaria y para el brigada Gaetano Gianquinta los pronósticos son reservados: al primero los cirujanos le han suturado siete desgarros intestinales, al segundo le han reconstruido el intestino en diez puntos distintos. Ambos habían sido alcanzados por proyectiles disparados por Fantazzini durante su desesperado intento de fuga de la cárcel. El brigada Gianquinta, que todavía tiene un proyectil en el abdomen, despierta notables preocupaciones en los médicos de cabecera.

Durante la fase de reanimación del presidiario algunos enfermeros han interrogado a Fantazzini que respondía como un autómata:

"Yo no quería matar a los rehenes. Tenía el seguro puesto…".

"Pero los otros han disparado… están graves… ¿Por qué?".

"Me han obligado. Querían hacerse los héroes… no me daban las llaves de la cancela…".

"¿Quién te ha dado la pistola y los proyectiles?".

"Tengo ganas de vomitar… ayúdame".

Fossano el día después. La fiscalía de la República de Cuneo en la persona del fiscal auxiliar, doctor Guido Bissoni, ha abierto una investigación para esclarecer cómo la pequeña pistola calibre 6, 35 y cierta munición han entrado en posesión del presidiario. Se hace cada vez más creíble la hipótesis de que el arma y las municiones fueran pasadas al atracador durante una visita en el locutorio, ocultas en un queso. En el pueblo se habla con insistencia de la presencia ayer, en Fossano, de una joven rubia de amplios senos que estacionaba en los alrededores de la cárcel a bordo de un "124" verde. Según la gente la mujer, que se hacía pasar por mujer de uno de los agentes de custodia, sería en realidad la amante boloñesa de Fantazzini, lista para abastecer al fugitivo el cambio de coche necesario para hacer perder su rastro. De esta rubia, que también nosotros hemos entrevisto en Fossano, hoy no hay ni rastro.

Se han aclarado otros detalles durante la jornada y en conjunto son tales que hacen meditar. Cuando salió el atracador, a las 22h de ayer, al patio de la cárcel, prece-

dido por los dos rehenes y encuadrado en las mirillas telescópicas de al menos cinco de los más hábiles tiradores piamonteses, tenía un solo proyectil a su disposición en la pequeña 6, 35 que empuñaba. En suma estaba jugando una loca partida en una realidad muy cercana al farol.

El primer proyectil fue disparado con notable habilidad por el subteniente de los carabinieri Aurelio Caluso machacándole la muñeca derecha dejándolo completamente desarmado y preso de dos perros policía adiestrados para inmovilizar a un hombre armado; al cabo de pocos segundos Horst Fantazzini se derrumbó en el suelo acribillado a disparos.

Si la mecánica del tiroteo funcionó exactamente así, después del primer disparo de la ligera carabina del subteniente Caluso se disparó sobre un hombre desarmado. ¿Por qué? La tensión era ciertamente enorme, el tiempo para reflexionar infinitesimal. Los disparos fueron casi simultáneos. La emboscada –y ha sido admitido por los responsables de la trampa a primeras horas de la tarde– debía ser mortal. Pero el subteniente Caluso superó las previsiones con su habilidad y en el primer disparo desarmó al presidiario. El resto de la patrulla de francotiradores quizá no se había percatado de este detalle e hicieron fuego sobre el blanco. Tampoco el perro herido mortalmente fue víctima de Fantazzini sino que fue herido por un tiro disparado por la carabina de uno de los carabinieri: el presidiario de hecho no usó su pistola. La pequeña 6, 35 tenía sólo un disparo en el cargador y el bandido sabía que, disparado aquel, la desesperada partida que había iniciado a la mañana disparando en el vientre de los dos agentes de custodia era un farol.

Son detalles que hemos sabido justo hoy. Pero el número de balas disparadas de la 6, 35 del preso los responsables de la trampa debían conocerlo muy bien –han tenido más de trece horas para contarlas– y la hipótesis de que a Fantazzini le hubiesen llegado más cargadores era poco plausible.

Algunos famosos penalistas piamonteses –Geo Del Fiume, Graziano Masselli, Anna Maria Magnani Noya, Claudio Dal Piaz, Carlo Altara, Antonio Foti– entrevistados telefónicamente han expresado todos un juicio de irreprochabilidad legal sobre la labor de las fuerzas del orden, pero muchos han expresado sus reservas éticas sobre lo sucedido y sobre el sistema carcelario italiano. Todos han expresado después, la urgencia de una reforma de los códigos penales.

En el origen del inicio de esta jornada de violencia, de este pulso entre la violencia de un marginado del sistema y las fuerzas del orden que deben proteger y defender, hay una historia judicial como otras miles en Italia, hechas de disfunciones, de retrasos, de absurdos dentro del procedimiento. Hay una situación judicial que encuentra en las revueltas colectivas en las cárceles una voz consciente de la necesidad de las reformas y que en el gesto de Horst Fantazzini se transforma en cambio en un dramático absurdo y cruel intento de volver a ganar la libertad por parte de un hombre que la sociedad primero ha condenado duramente y después ha olvidado.

## VEINTISÉIS MESES DESPUÉS

Han pasado veintiséis meses desde lo ocurrido en Fossano. El proceso continúa abierto y no se sabe cuándo finalizará. Pero eso no importa. Como tantos otros presos calificados de "difíciles" he recibido y continúo recibiendo un trato "particular", prácticas habituales en nuestras cárceles, aunque no estén contempladas por la ley: traslados de una punta a otra de la península, imposiciones, chantajes morales, humillaciones e intimidaciones a mis familiares, falta de asistencia sanitaria o la asistencia justa para salvar las formas… Estos son algunos de los instrumentos de los que se sirve la institución penitenciaria para machacar a aquellos que, de diversas formas, le plantan cara.

No quiero presentarme como una víctima puesto que no lo soy en mayor medida que cualquiera que viva en esta sociedad. Excepto, obviamente, aquellos que forman la cima de la pirámide y sus seguidores.

Quiero relatar mis experiencias — que no son excepcionales sino análogas a las que viven miles de presos — para mostrar la verdadera cara de una institución que hoy en día (como un concierto perfectamente orquestado) se presenta a la opinión pública como demasiado permisiva, bondadosa y desarmada frente a una delincuencia cada vez más agresiva y arrogante.

Esa "débil" institución que abate con frialdad a jóvenes de veinte años, culpables de trepar hasta el tejado de una prisión para reclamar condiciones de existencia más humanas. Que fusila presos que, perdida cualquier esperanza de libertad legal, se ofrecen en su desesperación a los asesinos del Estado. Que deporta a presos del norte al sur y a los del sur al norte con el fin encubierto de hacer aún más penosa la condena alejándoles de sus familiares. Que termina imponiéndose, apaleando a presos concretos o de forma indiscriminada, efectuando todo tipo de chantajes morales y materiales.

Aunque también es cierto que nuestras instituciones son bondadosas y permisivas.

Lo son con los petroleros, con los ejecutivos de altos mandos, con aquellos que llevan a la quiebra la banca mundial, con los malversadores de fondos públicos, con los golpistas camisas negras, con los militares nostálgicos.

A toda esa fauna no se la encuentra en las cárceles y si de vez en cuando no queda más remedio que fingir su arresto, siempre hay lista para ellos una clínica de lujo o un hospital militar donde esperar su infalible libertad condicional que anticipa la caída en saco roto de su condena.

También yo estuve una vez en el hospital. Siete días, tras los hechos de Fossano: un día por cada balazo recibido.

Los poderes generales no descansan al séptimo día, por lo que se ordenó mi traslado del hospital civil de Fossano al Centro Clínico de "Le Nuove" de Turín. Esta fue la primera de una larga serie de disposiciones increíbles por parte de un montón de funcionarios que no habrían desentonado nada en un libro de Kafka.

Desde hace siete meses me encuentro en la penitenciaría de Lecco, y desde hace siete meses estoy recluido en una celda de aislamiento.

De la forma más objetiva y distanciada posible quiero dar testimonio de estos últimos veintiséis meses.

Del breve periodo que pasé en el hospital civil de Fossano guardo un buen recuerdo. Esto puede resultar sorprendente ya que aquel periodo debería identificarlo con el sufrimiento que sentía entonces. Pero no es así, el dolor físico lo he olvidado con el tiempo, pero no he olvidado la humanidad y el calor que recibí de las jóvenes enfermeras, de una monja y del doctor Impallomena. Para quien vive en libertad la cortesía de un médico o una enfermera son hechos normales, pero para quien vive en la cárcel desde hace años la cortesía de cualquier desconocido deja huella.

De lo ocurrido justo tras el enfrentamiento recuerdo solo algunos fragmentos, porque a los breves momentos de lucidez les seguían otros durante los que perdía la conciencia. En la ambulancia me acompañaba el capellán de la cárcel de Fossano. Me preguntó si reconocía su voz y cuando asentí me dijo que yo me había equivocado solo dos veces en mi vida y que él me daba la absolución. Después supe que me había impuesto el óleo santo, pero lo que nunca he sabido es cuáles fueron esas dos equivocaciones que llamaron tanto su atención.

De mi llegada al hospital recuerdo una gran confusión: gritos, órdenes, flashes de cámaras de fotos. No sé por qué, pero durante algún tiempo tuve los ojos cerrados incluso cuando estaba despierto. Quizá fue por la herida de la bala que me alcanzó en la sien derecha, el hecho es que, aunque lo deseara, no lograba abrir los ojos. Recuerdo

que me manipulaban, me movían, me preguntaban por aquello que sentía, en qué zonas del cuerpo tenía más dolores. Sentí una voz que decía: "Antes de que muera, preguntadle el nombre del que le consiguió la pistola". Me lo preguntaron, pero aún estaba lo suficientemente consciente como para responderles que lo buscaran solos.

Perdí la consciencia. Pasado un tiempo — ¿minutos? ¿Horas?— volví en mi porque sentía un gran dolor en el pecho. Con un hierro, me estaban hurgando entre las costillas, bajo el pecho izquierdo, para extraer una bala. El dolor era verdaderamente insoportable. Siempre con los ojos cerrados, moví el brazo derecho con la intención de parar la mano del médico. Pero ese movimiento me causó un dolor todavía mayor —tenía la muñeca derecha rota de un balazo y me habían fracturado el antebrazo en varios puntos con la culata de las armas— entonces utilicé la mano izquierda y conseguí encontrar y apretar la muñeca del médico. Le dije que hay ciertas cosas que no se deben hacer, que aunque fuera un delincuente necesitaba un anestésico. Me respondió que para él no era un delincuente sino un ser humano al que salvar, pero que mis condiciones no permitían el uso de anestésicos. Me pidió que colaborara, que apretara los dientes para facilitarles la operación. Sentí gratitud y una instintiva confianza en aquella voz desconocida. Dejé de moverme y de quejarme y después de un rato oí el rumor metálico de algo que caía en un cuenco.

Una voz femenina me dijo que pensara en el Niño Jesús porque él ama a todos los hombres. Cuando le dije que yo no creía en el Niño Jesús me sugirió que pensara en mis familiares. Quizá oí o dije otras cosas, pero es todo lo que recuerdo de aquella tarde.

Al despertarme no comprendí de inmediato la situación. Me encontraba en una habitación desconocida, una chica rubia se encontraba junto a mi cama y me estaba secando el sudor de la frente. Cuando me vio abrir los ojos se levantó avergonzada, tal vez asustada, y me preguntó si tenía sed. Tras mi gesto afirmativo cogió un vaso de agua y con una cuchara me mojó los labios. Le dije que tenía mucha sed y que quería beber del vaso, pero ella me contestó que no, no se podía porque me habían operado. Ante mi alegría por aquella noticia me sonrió y me dijo que me portara bien, que no me moviera hasta su regreso.

Cuando abrió la puerta para marcharse vi dos carabinieri armados con metralletas. Noté su preocupación al verme despierto. Uno entró en la habitación y, sin decir una palabra, se situó junto a la ventana con la metralleta en el suelo. El otro permaneció junto a la puerta.

Sin preocuparme por ellos comencé a inspeccionar mi cuerpo. Tenía el brazo derecho vendado y apoyado sobre una concha de yeso. De la nariz me salía un tubito de plástico sujeto con un esparadrapo a la mejilla.

Tenía la sien y la oreja derecha cubiertas. Alcé la sábana y vi que estaba desnudo. El tórax y el estómago cubiertos con una gasa. Del pene salía un tubo de plástico que se perdía bajo la cama. Sujeta a la pantorrilla tenía una gruesa aguja que colgaba de una bolsa de la que salía, gota a gota, un líquido transparente. No sentía ningún dolor, era como si mi cuerpo no me perteneciese. La única molestia era un fastidioso zumbido en el oído derecho.

Estaba reflexionando, tratando de recordar los acontecimientos del día anterior, cuando regresó la enfer-

mera seguida de médicos y otras enfermeras. Un médico, mirando al carabinieri armado con su metralleta junto a la ventana, le pidió que saliera de la habitación. Después supe que era el jefe del servicio de cirugía, el doctor Impallomena. Era joven y tenía una cara simpática que inspiraba confianza. Me examinó minuciosamente tras preguntarme cómo me sentía. Contesté que me parecía estar bien pero que me gustaría saber qué me había ocurrido y me respondió con paciencia y explicándome los detalles. Había sido alcanzado por siete disparos: en el pecho, sobre el ombligo, en el costado derecho, dos en la espalda, en la cabeza y en la muñeca izquierda. La herida más peligrosa era la del vientre porque había causado una grave hemorragia interna y perforado el intestino en varios puntos. Me habían realizado una laparotomía media con la que habían frenado la hemorragia interna, extirpado un pequeño trozo de intestino y extraído tres balas. Aún tenía una bala en el hígado, pero no había causado graves daños y esperaban que no fuera necesario extraerla. También había otra en un punto llamado "ciego" que no era preocupante.

La de la cabeza se había roto en varios fragmentos que se habían dispersado por el rostro sin traspasar el paladar, el trozo más grande se había incrustado sobre las vértebras cervicales sin causarme daños. También la bala de la muñeca se había fragmentado y los trozos se habían mezclado con trozos de hueso. Por lo tanto, antes de tomar la decisión de operarme la cabeza y el brazo era preciso ocuparse de que retomara fuerzas y me recuperara de la primera operación. Ellos, mientras tanto, estudiarían las radiografías. Dijo que había sido increíblemente afortunado: habrían bastado unos milí-

metros a la derecha o a la izquierda y no habrían podido hacer nada para curar mis heridas. Me dijo que estuviera tranquilo, que reposara, que confiara en que me pondría bien. Tenía dificultad para abrir la boca y me costaba hablar, le pregunté el motivo y me contestó que tenía la mandíbula rota, pero que no era nada grave.

Pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo. A veces me despertaba porque me pinchaban en el brazo o en la pierna para ponerme transfusiones, inyecciones o goteros.

El segundo día vino un inspector de los carabinieri a revisar mi habitación. Hizo que pusieran una cadena en la ventana, sacaran el armario de hierro y la mesilla que se encontraba junto a mi cama. Después, satisfecho al ver la habitación completamente vacía, se acercó a mi cama y me preguntó cómo estaba. Le contesté que, a pesar de sus buenas intenciones, estaba vivo. Me dijo que si no había muerto aquella vez no moriría nunca, era como si me hubieran vacunado contra las balas.

Al ver que no me reía de su chiste, añadió que él no me había disparado, se encontraba en la inauguración de la prisión. Después, quizá para convencerme de su humanidad, me contó que mi mujer y mi hijo se habían presentado el día anterior en el cuartel para obtener la autorización para verme. Fue él mismo quien telefoneó a la fiscalía, pero obtuvo una negativa: antes de ver a mis parientes tenían que interrogarme. Mi mujer se echó a llorar y luego se enfureció. Decía que tenía derecho a verme, que quizá muriera y que los verdaderos delincuentes eran ellos que habían intentado asesinarme a cualquier precio. El carabinieri dijo que habría sido su deber denunciarla por ultraje, pero que lo había dejado pasar…

Dijo que más tarde podría ver a mi mujer y a mi hijo unos minutos, le tendría que acompañar al umbral de la puerta de la habitación y no debíamos hablar. Un gesto humanitario del Fiscal…

Más tarde me despertó una enfermera y me dijo que mi mujer estaba allí. Estúpidamente volví la cara hacia la ventana. No quería que Anna me viera en esas condiciones, con tubos de plástico saliéndome por todas partes. Cuando finalmente me volví para verla fue apenas a tiempo de verla marchar, acompañada por los carabinieri que la sacaban de allí. Anna y Loris se quedaron cinco días en Fossano, mendigando continuamente noticias sobre mi estado en el hospital, después mi padre y el abogado les acompañaron a casa. El abogado se llevó a Loris de vacaciones para distraerlo. Tuvo durante un mes a mi hijo con él.

Antes de marcharse, el abogado obtuvo el permiso para que Anna, Loris y mi padre pudieran verme unos minutos.

Espero que no les importe que guarde para mí los pensamientos más íntimos, dulces y tristes. Aquellos que tienen por objeto a mi hijo, a mi valiente y desafortunada compañera y a mi viejo padre que, después de una vida dedicada a combatir el fascismo de ayer y de hoy, se ve privado de una vejez tranquila por mi culpa, porque soy muy distinto de lo que él hubiera deseado que fuera.

Cuando hablé a solas con el abogado, me contó que el juez instructor quería interrogarme, pero los médicos no estaban de acuerdo porque en mis condiciones no consideraban apropiado, por el momento, un interrogatorio.

Le dije que prefería que me interrogaran en el momento, ya que él estaba presente. Le rogué que le dijera al doctor Impallomena que podía someterme al interrogatorio. Fue un error por mi parte.

Media hora después el juez y el abogado estaban junto a mi cama. Entre ambos transcribían a mano mi declaración. Les di mi versión sobre los hechos, ahorrándome, lógicamente, dar detalles sobre cómo había conseguido el arma y los documentos falsos. Mi testimonio decepcionó e irritó al juez. Antes de marcharse me miró atentamente y dijo que, según él, yo ya estaba planeando la próxima evasión. Estúpidamente le respondí que qué haría él si se encontrara en una situación como la mía. Tan estúpida resultó su respuesta como lo había sido la mía: me contestó que eso era imposible porque él era un magistrado, no un atracador de bancos.

Pasados dos días la fiscalía ordenó mi traslado al centro clínico de “Le Nuove” en Turín.

Había tenido una recaída grave: bronconeumonía aguda, provocada, probablemente, por la herida del tórax. Pasé una noche entera delirando, preso de una fiebre altísima. Mi imprevisto traslado sorprendió a las enfermeras. Por la mañana me escayolaron el brazo y todas las enfermeras quisieron escribir su nombre en el yeso y me pidieron que les enviara alguna postal dando noticias. Fue la monja la que me informó de que por la noche sería trasladado. Parecía dolida. Quiso darme un poco de dinero para mis gastos en la cárcel. No lo acepté, pero le pedí que escribiera un telegrama a mi mujer informándola sobre mi traslado.

El doctor Impallomena, por iniciativa propia, me acompañaba en la ambulancia que, lentamente para evi-

tarme golpes, me transportó hasta Turín. Al llegar a la prisión, Impallomena solicitó hablar con el médico de servicio para ponerle al corriente de la terapia a seguir. No había ningún médico, así que habló con un funcionario que hacía las veces de enfermero en el centro clínico. Cuando Impallomena regresó donde yo estaba para despedirse me encontró sobre una camilla de la cárcel, estaba en pijama e Impallomena se irritó ordenando que me cubrieran porque tenía bronconeumonía. Me apretó la mano sana y me dijo con tristeza: "Fantazzini, me disgusta pero yo ya no puedo hacer nada más por usted. ¡Suerte!".

Me metieron en una habitación con otros presos convalecientes. En este tipo de situaciones la curiosidad es grande y todos me avasallaban a preguntas, pero luego, dándose cuenta de que no me encontraba bien, dejaron incluso de hablar entre ellos para permitirme descansar. Por la noche me encontraba mal, tenía fiebre muy alta y mis compañeros de celda llamaron a los enfermeros. Tuvieron que insistir mucho antes de que el enfermero, acompañado de un guardia y un sargento, se decidiera a ponerme una inyección con calmante.

Al día siguiente no me visitó ningún médico. Los detenidos protestaron por esta falta de atención y porque no se procediera a nutrirme con suero dado que la mandíbula fracturada me impedía comer. Uno de los presos más activos en la protesta fue sacado de la habitación y trasladado, probablemente, a la sala de castigos. Entonces el resto comenzaron a protestar aún más enérgicamente pretendiendo que regresara su compañero. La tarde siguiente me llevaron a otra habitación. Mis compañeros eran todos ancianos y, por lo tanto, más "tranquilos".

En aquella época todas las cárceles estaban en ebullición. Los presos estaban desesperados por las continuas circulares ministeriales que prometían acelerar la discusión y aprobación del nuevo código y de la reforma penitenciaria. Justo en aquellos días, incluso las mujeres de la cárcel de Rebibbia habían subido al tejado uniéndose a las protestas iniciadas en las otras cárceles, algo que nunca antes había sucedido. Los periodistas de derechas hacían especulaciones asquerosas a fin de desacreditar la lucha. En sus periódicos y sus revistas ofrecían una amplia cobertura de lo sucedido en Fossano donde aparecían fotos de los autores de mis heridas explicando los acontecimientos de una forma muy particular, que señalaba el origen en motivos personales, como si lo ocurrido formara parte de un único complot subversivo tras el que se encontraba la mano de la izquierda extraparlamentaria.

En los años sucesivos se hicieron especulaciones aún más innobles a las que haré referencia más adelante.

En Turín, aquel verano de 1973, la situación de los guardias era particularmente tensa por razones contingentes a “Le Nuove”: porque días antes siete presos habían logrado escapar del centro clínico. Además buscaban a un joven agente de custodia porque había proporcionado sierras a los presos y se había prestado a facilitarles también armas. En aquel periodo dirigía la cárcel el mismo funcionario que en Fossano —en calidad de inspector del Piamonte— había “tratado” conmigo las diferentes fases de aquel incidente. Había, por lo tanto, más de una razón para que yo no fuera especialmente bienvenido en Turín…

Tampoco al día siguiente apareció ningún médico y por la tarde un preso escribió, en mi nombre, una carta de protesta al director.

Al día siguiente me trasladaron al centro clínico de Milán. Motivos: el centro clínico de Turín no estaba lo suficientemente equipado como para curar a un detenido en mis condiciones.

Llegué a Milán en ambulancia. En la oficina de registro no querían aceptarme, pero los carabinieri me descargaron en una camilla de la cárcel diciendo que su responsabilidad terminaba ahí. Desde la camilla escuché durante otra hora las conversaciones, las llamadas de teléfono, hasta que los del ingreso tuvieron que firmar los documentos a los carabinieri y aceptar mi ingreso.

La entrada del centro clínico es como una hermosa pantalla: mármoles, placas con los nombres de donantes, estatuas, un bello jardín… sin embargo, tras el ingreso las cosas cambian un poco: a la izquierda hay un pasillo oscuro con celdas que no invitan a entrar. Al fondo del pasillo hay una puerta de hierro con un letrero en lo alto que dice "COP": son las siglas de Centro de Observación Psiquiátrica. Las celdas del pasillo son, por lo tanto, una especie de "añadido" del COP; donde se mete a los presos furiosos para ser "calmados" y después pasar a "observación" al otro lado de la puerta. A la derecha está la sala de radiología y fue allí donde me llevaron, con mucha dificultad un celador-radiólogo me hizo las placas de la cabeza, del brazo escayolado y el cuerpo. Después me llevaron a una de las celdas descritas antes. Para mi sorpresa, un celador me dijo que estaba a disposición del subteniente ya que era un preso peligroso. Pedí ser visitado de inmediato por un médico porque me sentía mal y oí que me respondían: "¿Y los guardias a los que disparaste, cómo están?".

La celda era asquerosa, pequeña y sin luz natural. Sólo había una cama sujeta al suelo, una de esas camas que se utilizan en algunas celdas de castigo, duras, porque en vez de muelles tienen láminas de hierro rígidas. Las paredes estaban húmedas, desconchadas y sucias. La ventana estaba tapiada, en lo alto habían dejado una pequeña abertura cubierta de una malla. Al otro lado estaba el precioso jardín que embellece la entrada, pero los presos que tienen la poca fortuna de entrar en aquellas celdas no pueden ver las flores…

Me pareció una cosa tan absurda estar allí metido en mis condiciones que no me preocupé demasiado. Pensaba que, probablemente, estaba allí "aparcado" a la espera de que me prepararan una habitación en el piso superior, en el centro clínico propiamente dicho. Sería cuestión de horas, quizá minutos…

Pasado un rato se abrió la puerta y entró uno de los presos que antes me había tumbado en la cama. Traía un cubo y una jarra de agua. Me dijo que era mi cuidador pero que no le estaba permitido entretenerse en la celda. Si necesitaba cualquier cosa tendría que llamarlo a través de los guardias que estaban siempre en el pasillo. Estaba tan cansado y débil que decidí que lo mejor era reposar y esperar a que aquella situación absurda terminara.

Pasado un rato me despertaron, era de nuevo el cuidador que me traía la cena: un plato de pasta sola. Le pedí que llamara al guardia, pero no era necesario porque se encontraba junto a la puerta. Le expliqué que me habían operado el intestino hacía solo unos días y que además tenía rota la mandíbula. No podía comer macarrones. También le dije que quería que me visitara un médico porque me encontraba mal. Respondió que

debería haber avisado al Jefe. Hizo salir al cuidador y cerró la puerta. Tenía sed y probé a levantar la botella de agua del suelo, pero solo conseguí volcarla. Necesitaba hacer pis, pero no podía levantarme y me había olvidado de pedir una cuña.

Me sentí impotente como jamás en mi vida. Tenía miedo y rabia.

Me encontraba agotado. Tenía los ojos cerrados porque cuando intentaba abrirlos veía manchas bailando ante mí. Hacía ya cuatro días que no comía y que no me curaban. ¿Qué habría pasado si muriera? Nada: murió a causa de las complicaciones debidas a las graves heridas. La autoridad carcelaria habría eximido de cualquier responsabilidad al fiscal que ordenó mi traslado del hospital.

Tal vez era exactamente eso lo que querían…

Como no podían tomarme el pulso, posé la mano izquierda sobre mi cuello. Tenía seguramente, fiebre muy alta. ¿Cómo podía hacer para avisar a mi padre y al abogado? Si me hubiera podido ver el doctor Impallomena!

Tal vez a causa de la fiebre alta me vinieron a la cabeza ideas absurdas como quitarme los puntos y con la sangre escribir en las paredes que me habían dejado morir deliberadamente.

Me adormecí o perdí la conciencia, no lo sé.

Por la mañana vino el cuidador a despertarme. Me traía un vaso de leche que bebí ávidamente. Me di cuenta de que por la noche me había orinado en la cama. En otras circunstancias me habría avergonzado muchísimo de algo así, pero ese día no le di importancia. Sin embargo, le pedí al cuidador que me trajera una cuña. Era un chaval

simpático y tenía ganas de hablar conmigo. Me dijo que el guardia de aquel día era "bueno" y podía pasar toda la mañana conmigo, bastaba con que dijera que tenía que afeitarme o escribirme una carta, cualquier cosa que yo no pudiera hacer solo. ¡Una carta! Le dije que encontrara papel, sobre y sellos. Yo no tenía nada, sólo el pijama del hospital: mi ropa y mi poco dinero se habían quedado en la cárcel de Fossano. Volvió pasado un rato con todo lo que le había pedido y el guardia lo encerró en mi celda. Comprendió en seguida la situación, pero dijo que seguramente la carta sería confiscada. Un amigo suyo saldría para una entrevista a primera hora de la tarde, quizá le diera tiempo a entregarle la carta durante la hora de patio. Escribiríamos dos, una la entregaríamos de forma regular y la otra se la daríamos a su amigo. En ambas cartas, dirigidas a mi padre, le dije que escribiera que me encontraba en una situación muy difícil y necesitaba ver al abogado con mucha urgencia. Mi nuevo amigo salió con las cartas y también para decirle al mando que necesitaba un médico.

Cuando regresó traía un paquete grande. Dijo que un grupo de presos habían pedido al carcelero de servicio que me facilitara algunas cosas. Había café, azúcar, chocolate, cigarrillos, periódicos y revistas de los días anteriores con la crónica de lo sucedido en Fossano.

Me dieron ganas de llorar, no por las cosas que me regalaron sino por el gesto de solidaridad. En cualquier situación o lugar que se encuentre, un hombre recibirá siempre la solidaridad de otros como él.

Gino me contó su historia. Era la primera vez que entraba en la cárcel y decía ser inocente. Desesperado, había roto los cristales de su celda y se había cortado las muñecas y por eso lo habían aislado en aquellas celdas.

Como hacía varios días que estaba tranquilo le habían ofrecido hacer de cuidador, lo que le permitiría sacar algo de dinero para cigarrillos.

Había sido un acierto, porque esto le permitía no estar todo el día encerrado, no lo hacía por el dinero, aunque también lo necesitaba. Mientras yo trataba de disolver en la boca un trozo de chocolate, él se fue a preparar un poco de café caliente. Me hicieron bien y me encontraba un poco mejor aunque sentía que tenía la fiebre alta. Cuando Gino tuvo que irse de mi celda traté de convencerle para que se llevara los cigarrillos, y sólo los aceptó cuando quedó convencido de que yo no podía fumar. No le vi más. Algunos días después me enteré de que había sido puesto en libertad.

Por la tarde, finalmente, vino a verme un enfermero. Me tomó la temperatura y me puso una inyección. Volvió otras dos veces durante la noche a controlarme la fiebre y ponerme otras inyecciones, después, por la mañana muy temprano, vino un médico. Me observó minuciosamente y se quedó muy desconcertado porque me encontrara allí desde hacía un par de días sin que ningún médico me hubiera visitado.

Antes de marcharse me dijo que estuviera tranquilo, que volvería en seguida. Pasado un rato escuché que le decía al mando que debían llevarme de inmediato a la enfermería del centro clínico, órdenes del director. En efecto al cabo de un rato vinieron con la camilla y me llevaron al piso superior.

No he vuelto a ver a ese joven médico y nunca he sabido cuál era su nombre. Como era agosto probablemente se tratase del sustituto de algún otro médico que estuviera de vacaciones.

Las celdas del centro médico son dobles. No había agua y un cubo hacía las veces de servicio higiénico, pero considerando de dónde venía me parecía estar en un palacio. Mi compañero de celda estaba muy viejo y enfermo. Se encontraba en la cárcel desde hacía quince años y le quedaban menos de dos meses de condena. Lloraba mucho, cuando le pregunté la razón me dijo que estaba preocupado porque fuera no tenía a nadie, no tenía dónde ir y no sabía qué hacer fuera para curarse. Me he encontrado con muchos presos que tras haber pasado la mayor parte de su vida en la cárcel se espantan ante la libertad que les espera. Puede parecer increíble, pero muchos presos que han cumplido penas muy largas asimilan tanto el sistema penitenciario y se identifican tanto con él que no logran imaginar una forma de existencia diferente.

Es penoso ver cómo han sido despersonalizados tantos presos que se encuentran en la cárcel por un tiempo muy largo. La mirada apagada, la actitud humilde y sumisa, el exagerado servilismo a los guardias y los funcionarios de prisiones. El mecanismo penitenciario no es solo inclemente sino que roza el ridículo. Los presos son calificados en "buenos" o "malos", como los niños, y es necesario pertenecer a la primera categoría para esperar, en un futuro lejano, una reducción de la pena, la absolución. No es difícil obtener la calificación de "bueno" pero sí lo es mantenerla: basta con responder un poco mal a un "superior", discutir con un compañero, no esmerarse lo suficiente con el trabajo. El detenido con una condena casi de por vida comprende inmediatamente que su única esperanza reside en asumir estas reglas. Durante los primeros años se siente frustrado porque sabe que

su existencia es una cadena de pequeñas cobardías y cada día debe renunciar un poco más a su personalidad. Después, aquello que en un principio era solo un comportamiento conveniente se transforma en una segunda naturaleza y él se siente completamente integrado en el universo absurdo que le rodea. La operación de reinserción y recuperación se cumple: aquel que quizá era un hombre o habría podido llegar a serlo es ahora solo un cascarón vacío, una cosa sin personalidad, sin esperanzas, sin ideas, que se sentirá perdido el día que las puertas de la prisión se abran ante él.

Pero esto forma parte de una época distinta de la que los presos de hoy reniegan. Hoy en las cárceles se lee, se estudia se discute, se analizan las causas de todo y se comprende que las cárceles son solo un eslabón de una larga cadena que utiliza la clase dominante para mantener sus privilegios.

Cada vez serán menos los detenidos que se dejen "recuperar", cada vez más aquellos que, en vez de sentirse culpables, tomarán el derecho de acusar con el dedo a los verdaderos responsables.



Al mediodía fui transportado al ambulatorio para ser visitado por el vicedirector del centro clínico, profesor Napoli.

Me recibió de un modo arisco, preguntando por qué me negaba a comer, a levantarme de la cama. Dice que mis condiciones no eran tan graves como para justificar una actitud de este género.

La monja me quitó las vendas: los esparadrapos eran todavía los del hospital, dado que no estaba medicado desde hacía casi una semana. El médico examinó las heridas, midió la presión, escuchó el latido cardiaco, me tomó la temperatura. Cambió de actitud, fue más amable, lentamente escribió sobre su registro. Me dijo que sus colegas examinarían las radiografías lo más pronto posible y me ordenó dormir con una manta aunque hiciera calor.

Desde aquel día fui curado adecuadamente. Cada día me ponían inyecciones reconstituyentes y antibióticos. El ortopeda me dijo que la fractura era muy grande y que tendría que llevar el yeso durante dos meses.

Era una cosa muy incómoda porque en el yeso había incorporados dos pernos, uno fijo en la mano y otro en el codo para tener el brazo en tracción. No vi al otorrino pero el profesor Napoli me mostró las radiografías de la cabeza y así supe que estaba lleno de astillas. Napoli me dijo que a su parecer no recuperaría el oído (solo el derecho afortunadamente), pero que él no era un experto en la materia y que de todas formas era conveniente esperar a que yo estuviese en condiciones de someterme a un examen audiométrico y cocleovestibular, exámenes que ya habían sido pedidos.

Durante el día las celdas del centro clínico permanecen abiertas para permitir a los ingresados el uso del retrete. El centro médico está formado por un pasillo en forma de ele con celdas a sus lados. La primera parte está destinada a los pacientes de “medicina general”, y en la segunda están los pacientes de “cirugía”. En total son cerca de 30 celdas, 60 puestos, siempre ocupados. Para todos los “hospitalizados” hay un solo local con dos

retretes y dos lavabos, destinado también a depósito de basura. Este local está en una situación higiénica espantosa, lavabos obturados, cisternas de los retretes que no funcionan, basura indescriptible por todas partes.

Mi celda era la única que permanecía siempre cerrada, pero esto no me molestaba porque por el momento no me podía levantar. Había empezado a ejercitarme en escribir con la mano izquierda; era una cosa un poco lenta y dificultosa, pero al menos podía comunicarme con el exterior.

Después de algunos días recibí un telegrama de mi padre. Pues había recibido la carta. Me decía que el abogado estaba de vacaciones con Loris y no podía encontrarlo. Debía hacer en seguida el nombramiento del abogado Giovanni Cappelli de Milán. Mi padre estaría en Milán el día después.

Al día siguiente vino a verme el capellán de la cárcel para decirme que a mi padre no le había sido concedido el coloquio. Me hizo firmar una instancia preparada por mi padre para que la fiscalía de Cuneo concediese a mis familiares coloquios regulares sin obligarles a ir cada vez a Cuneo para solicitar el permiso. La fiscalía respondió a los pocos días con una orden que facultaba a las cárceles donde me encontrase la autorización a conceder –únicamente a los familiares– coloquios regulares.

Hice el nombramiento del abogado Cappelli y le escribí, pero tanto el nombramiento como la carta tardaron mucho tiempo en alcanzarle…

Casi al mismo tiempo que mi padre, viene mi mujer. Temía que hubiese hecho inútilmente un viaje tan largo, pero Anna se había provisto preventivamente de un permiso de la fiscalía. En casos de este tipo, los coloquios

son efectuados en la habitación del hospitalizado con la presencia del agente enfermero. Cuando el enfermero vino a decirme que el director quería que fuese en la sala de coloquios, aunque fuese en camilla, estaba él mismo muy cohibido. Me metió en una silla de ruedas y bajamos en el ascensor. Junto al famoso jardín le pedí al enfermero que me cogiera dos flores, cosa que hizo. Delante de la puerta de la sala de coloquios pido al enfermero que me ayude a alzarme y sostenerme. No quería ser visto por mi compañera sobre una silla de ruedas. Anna ya estaba allí. El guardia me acompaña junto al mostrador divisorio y me dice que me siente. El mostrador es muy largo y en el centro hay un vidrio divisorio de una cuarentena de centímetros de alto: imposible hablar sentados, también porque los detenidos y familiares son muchos y es grande la confusión. Estuve de pie apoyándome en el mostrador y durante todo el coloquio temí caerme delante de mi compañera.

Las lágrimas de Anna, las caricias de Anna, esta unión que parece imposible pero que se consolida siempre más… ¿Cómo explicar todo esto a quien no ha vivido o no vive experiencias de este tipo?

Mi compañera me dice que, apenas recibido la carta exprés de la monja de Fossano, me envió en seguida un giro telegráfico y las cartas exprés a Turín, pero que todo le fue remitido con la indicación: “Parte sin dejar nueva dirección”. A veces, los funcionarios de la cárcel, son también seres “bromistas”… Me dice que Loris, que está todavía de vacaciones con el abogado, le había mandado un recorte de periódico (*Il Giorno* del 4 o del 5 de Agosto de 1973) en el cual estaba escrito que había sido trasladado a Milán después de que en Turín me había

sido extirpada la bala que tenía en la cabeza ¿De dónde tomarán semejantes noticias?

Media hora de coloquio transcurre rápido, pero el recuerdo de mi Anna, que tras las lágrimas se esfuerza en reír despidiéndome con dos flores en el pelo, es un recuerdo que permanece.

En los días siguientes comencé a levantarme de la cama. Cada mañana era acompañado por un compañero al retrete, feliz de ser finalmente independiente para hacerme cargo de mis necesidades fisiológicas.

Cuando Napoli me quita los puntos de la operación del estómago, nota que algo no va. El ombligo se había desplazado algunos centímetros hacia la derecha, el abdomen estaba blando e hinchado. Me dijo que todo era normal, que después de un tiempo todo volvería a su lugar.

Recuperaba las fuerzas, me levantaba cada vez más rápido, pero tenía dificultades para caminar solo, para mantener el equilibrio: me desviaba continuamente hacia la izquierda. Cuando levantaba la cabeza los pitidos se hacían desgarradores.

El equilibrio lo recuperé con el tiempo, pero los ruidos y los pitidos en el oído derecho perduran todavía hoy.

Ha transcurrido cerca de un mes. No había visto todavía al otorrino ni me habían sido hechos los exámenes y las visitas previstas.

Una mañana un guardia viene a llamarme porque en administración había algo que comunicarme. Bajé en pijama apoyándome en el guardia.

En administración me dijeron que debía partir inmediatamente hacia Turín, los carabinieri ya estaban allí esperando. Protesté, dije que estaba a la espera de hacerme los exámenes, que debían sacarme una bala de la cabeza.

Para el día siguiente esperaba una visita de mi mujer, no habría sido posible avisarla porque probablemente ya estaba de viaje.

Me dijeron que ellos no podían hacer nada. Si Turín me había mandado a Milán porque estaba muy grave, ahora me podían hacer retornar a Turín porque estaba mejor. Continuaría las curas allí. Si mi mujer viniese al día siguiente, le dirían que fuera a Turín.

Después de algunos minutos llegó la guardia con un saco que contenía mis cosas y fui llevado a Turín.

En Turín no es que estuvieran muy contentos de verme.

De todas formas fui ingresado inmediatamente en el centro clínico sin hacer antesala en celdas de castigo disfrazadas de COP.

El mismo día fui visitado por el profesor Ferrara, cirujano del centro clínico. Encontró inmediatamente una herniación abdominal: los puntos internos de la operación repentina en Fossano habían cedido. Hacía falta reabrir y recoser el músculo. El profesor Ferrara dice que hará él mismo la operación denominada "laparotomía". Preciso, con urgencia, una visita otorrinolaringológica.

Dos días después fui visitado por el otorrino. Está muy sorprendido al enterarse de que después de un mes de que se produjera la herida aún no me hubiera visitado nadie. Las radiografías hechas en Milán no estaban en

mi historial médico, por tanto ordenó hacerme otras. Prescribe, urgentemente, el habitual examen audiométrico y cocleovestibular y, en espera de éstos, me prescribe dos tipos de inyecciones diarias.

Después de estas dos visitas estaba tranquilo y confiado por mi situación clínica, pero estaba preocupado por la correspondencia que no funcionaba nada.

Había perdido el contacto con el abogado y con la familia. Recibí una carta del abogado Cappelli, dirigida a Milán. Escribía que había recibido mi carta y el nombramiento y que vendría a verme lo más rápido posible. Por tanto, mi carta exprés precedente y el nombramiento habían tardado cerca de un mes en llegarle…

El abogado Leone escribió a Milán, Turín y a Cuneo hasta que me encontró. Me dijo que mi mujer había estado en Milán pero que no me había encontrado y que no le fue explicado donde me encontraba.

Evidentemente, mis telegramas, mis cartas exprés, descansaban en cualquier cajón…

El profesor Ferrara me visitó nuevamente diciéndome que, apenas hubiese hecho la visita prescrita por el otorrino, iniciaría los exámenes que preceden a cada intervención quirúrgica. Era muy amable y estoy seguro de que tenía buenas intenciones.

Después de algunos días, una mañana, me llamaron a administración…

Bajé acompañado por un preso que me ayudaba a mantener el equilibrio y por un guardia que nos abría el camino. Nos acompañaron a la oficina del subteniente. En la oficina había algunos guardias. El subteniente

Parenti estaba sentado en su escritorio particularmente satisfecho. Me dijo que tenía que darme dos comunicaciones. Abrió un cajón y cogió una carta expresa del abogado Leone. Dijo que la tenía hacía unos días y que se había olvidado de dármela. Después, más satisfecho, me dijo que sería trasladado. Le pregunté a dónde y me respondió: "Sulmona". Le pregunté cuándo y me respondió: "¡Inmediatamente!".

Era claramente una provocación. Mi calma lo irritaba visiblemente. El subteniente Parenti, perseguidor de tantos compañeros, tiene en su mejilla izquierda una profunda cicatriz, una bonita marca (supe después que era un "souvenir" de Sulmona, recuerdo afectuoso de un tal Di Pino al cual el torturador Parenti quizás le había tocado un poco las pelotas).

Con calma le dije que partiría después de ser visitado por el profesor Ferrara: si él dijese que estaba en condiciones de soportar un traslado tan largo, partiría. Perdió completamente los estribos. Comenzó a gritar que yo ya había acabado de hacerme el duro, que ahora era un cordero. Hizo salir al preso que me había acompañado, me cogió por los pelos y comenzó a sacudirme violentamente la cabeza gritando amenazas y obscenidades de todo tipo. Caí sobre el pavimento, me dolía la cabeza y era completamente incapaz de controlar mi equilibrio. Los guardias presentes, avergonzados, me ayudaron a levantarme y viendo que por mí solo no permanecía de pie me sostenían. El señor Parenti se había calmado y se había sentado de nuevo detrás de su escritorio. Recuperado el equilibrio, recogí la carta de mi abogado. Con calma se la mostré a Parenti y le dije que aquel era el

abogado que había denunciado al director, al médico y al subteniente de Boloña. Como quizás él sabía, estos señores habían sido suspendidos en espera de juicio. Con calma le dije que lo denunciaría.

Ordenó llevarme fuera. Fui llevado a una oficina cercana donde pude sentarme. Después de algunos minutos Parenti entró en la oficina, su actitud había cambiado completamente. Me mostró una hoja y me dijo que la leyera. Estaba escrito que mis condiciones generales no eran obstáculo para mi traslado a Sulmona, sede destinada para mí por el ministerio.

Estaba firmado por el director y por el médico jefe del centro clínico, del cual no recuerdo el nombre. No había visto a este médico, no había sido visitado nunca por él. Parenti me dijo que la decisión de traslado no venía de él. Él sólo debía seguir las órdenes. La imprevista diplomacia de este individuo es muy esclarecedora sobre la bellaquería que acompaña a muchos funcionarios de nuestras cárceles. Los presos que no se doblegan pero que no tienen la suerte de ser seguidos por la familia o por el abogado son sistemáticamente aplastados. Sufren prevaricaciones y vejaciones de todo tipo.

Otros que, como yo, pueden contar con apoyo externo, es raro que sufran maltratos físicos. Aún así son igualmente aplastados, pero más inteligentemente, semilegalmente, burocráticamente, con las autorizaciones justas.

La historia de mis últimos 26 meses es justamente una prueba de esto.

La cárcel de Sulmona una vez fue una abadía. Antigua y preciosa.

Lo que llama la atención en esta cárcel es la altura de los techos, la basteza de las salas comunes. Choca también el silencio y el aire de resignación que se estanca.

El médico de Sulmona se llama profesor De Deo y es un personaje notable. Es vicepresidente de la asociación de médicos penitenciarios, asociación de la cual el médico jefe de Turín es el presidente.

Entre el presidente y el vicepresidente no hay absolutamente nada en común. De Deo es uno de los pocos que no vacilan en ponerse en conflicto con la dirección de la cárcel y también con el ministro cuando consideran que los derechos más elementales de los presos son vulnerados.

Los presos lo sienten amigo y lo quieren. También ha publicado un libro con Feltrinelli sobre los problemas sexuales de los presos.

Cuando llegué a Sulmona, De Deo estaba de vacaciones, habría debido incorporarse después de algunos días. Fui inmediatamente visitado por un sustituto suyo que, dándose cuenta de mis condiciones, se alarmó y telefoneó a De Deo.

Cuando al día siguiente De Deo me visitó, no escondió su rabia contra aquellos que envían de un cabo a otro de la península a un preso que tenía, sobre todo, necesidad de ayuda.

Hizo inmediatamente un fonograma urgente al ministerio pidiendo mi traslado al centro clínico más cercano para ser operado de laparotomía, y se me realizaran exámenes audiométricos y cocleovesticulares y eventuales extracciones de las astillas de la cabeza, se me diera las medicaciones necesarias y se me sustituyera el

yeso del brazo dado que, después del "tratamiento" de los últimos tiempos, los pernos de tracción probablemente habían causado una infección.

Por primera vez después de los hechos de Fossano no estaba obligado a permanecer recluido en una celda. Así que paseaba lentamente, apoyándome en los muros, en los espaciosos pasillos desiertos. La mayor parte de los presos trabajaba, por lo tanto durante el día la cárcel estaba casi desierta.

Simpaticé con varios chicos, pero la mayor parte de los presos mostraba una cierta incomodidad cuando me encontraba en los pasillos. Supe después que un par de semanas antes una treintena de presos habían sido llevados en el corazón de la noche a las celdas, maltratados y trasladados a otras cárceles. Eran casi todos jóvenes y esto explicaba por qué, en aquel periodo, había solo viejos en Sulmona, silenciosos y asustados. Entre las cárceles recorridas, Sulmona es la cárcel que se encuentra más cercana de Anna y de mis hijos: 180 Km. por carretera, 310 Km. en tren.

Finalmente me fue posible pasar una jornada entera con mi compañera y nuestros hijos. Supe que después de haber estado en vano en Milán, Anna se paró en Bolonia para que el abogado me rastreara. Cuando tuvo la certeza de que estaba en Turín, Anna y los chicos fueron a verme, pero yo ya no estaba allí…

Es difícil hacer la cuenta de los kilómetros que mi compañera ha recorrido en estos últimos años, de las horas transcurridas en las puertas de las cárceles, de los coloquios negados, de las humillaciones sufridas, de las veces que ha sido obligada a desnudarse delante de sedicentes asistentes sociales a la búsqueda de armas que mi

compañera no ha visto jamás, de las cartas desaparecidas o de las que se han hecho retrasar voluntariamente, de sus miedos cuando no recibe correo regularmente, miedo porque podría haber sucedido quién sabe qué…

Cuando acontecen tentativas de evasión con armas, que en los últimos tiempos son frecuentes, de cualquier parte se elevan voces de protesta sobre la permisividad de nuestras cárceles. Recientemente, en los periódicos de masas, se podían leer cartas de bienpensantes consternados por el hecho de que en las cárceles ha sido abolida la censura sobre la correspondencia y que en los coloquios el control solo debe ser visual, ya que hace falta respetar la intimidad de los familiares no escuchando sus diálogos.

¡Madre mía! ¿Qué pasará ahora?

Pasará, señores, que finalmente un preso podrá decir o escribir a su compañera, a sus hijos, aquello que siente por ellos, podrá exponer libremente sus sentimientos sin que la incomodidad de orejas indiscretas frenen la espontaneidad. Y estaría bien que estos señores asuman el hecho de que, a pesar de la frecuencia de estos casos citados, hasta hoy ningún pariente de un preso ha sido denunciado mientras que, en cambio se encuentra en la cárcel más de un guardia carcelario por tráfico ilegal con presos. A pesar de esto, se humilla a una madre, a una hermana, a una compañera, obligándolas a desnudarse antes de entrar en la cárcel, pero no se usa el mismo tratamiento con los funcionarios que entran o salen libremente de la cárcel.



Después de diez días el ministerio no había respondido todavía al fonograma del doctor De Deo, por lo que hizo una reclamación. Pasaron dos semanas más y llegó la orden de partida. En la cárcel de Sulmona es costumbre avisar al preso la noche antes de su traslado, pero sin desvelarle el destino. Estaba seguro de ser destinado al centro clínico de Perugia, porque es el más cercano, pero también teniendo en cuenta la escasa simpatía que se me demostró en Milán y en Turín. A la mañana, a la hora de la partida, me fue entregado un telegrama rojo –esto es urgentísimo– a través del cual mi abogado me avisaba de mi traslado a Milán, preanunciando una vehemente protesta verbal y escrita ante la Fiscalía de Cuneo. El telegrama había llegado el día anterior, pero me fue entregado cuando ya me encontraba en el coche y los carabinieri ya me habían rendido cuentas de mi destino.

Por lo tanto partimos hacia el norte. A título folclórico quiero hacer notar que cada traslado mío estaba organizado así: un coche civil en el cual tomaba lugar junto con tres carabinieri y el conductor. Obvio decir que yo me sentaba en el asiento del centro aplastado entre dos carabinieri que eran siempre demasiado voluminosos. El coche civil es seguido, durante todo el recorrido, por un transmisor de los carabinieri.

Dado que la mayor parte de estos traslados eran inútiles (¿qué sentido puede tener el ser trasladado, en menos de dos meses, de Turín a Milán, de Milán de nuevo a Turín, de Turín a Sulmona, de Sulmona a Milán, empleando cada vez dos coches y seis carabinieri?).

¿Cuánto cuesta todo esto al contribuyente? He leído que en el ministerio hay en funcionamiento un “super-

cerebro electrónico" en el cual son encapsulados todos los datos relativos a cada preso, su situación jurídica y familiar. Este gran cerebro en pocos segundos analiza cada dato requerido determinando para cada preso la sede más idónea para él.

¿Sería algo parecido al famoso proyecto Atena para la reforma tributaria?

El tío de la administración de Milán, cuando me vio de vuelta, por poco no le da un infarto. Telefoneó al subteniente, después al director, y a otros sitios más, pero después de un par de horas fui ingresado en el centro clínico, departamento de cirugía. Estaba convencido de que me meterían de nuevo en el COP, pero no fue así.

Ya era de noche, por lo que me metí en seguida en la cama. Compartía la celda con un chico de dieciocho años que se encontraba en la cárcel por primera vez. No recuerdo su nombre, pero todos le llamábamos "Calimero".

Su experiencia es increíble y la quiero contar. Los periódicos de Milán dieron mucha importancia a este hecho, sucedido a principios de octubre de 1973.

Este chico hacía de camarero. Una noche, mientras estaba volviendo a casa a pie caminando por la acera, vio a dos chicos que estaban trajinando junto a un coche intentando abrirlo. Curioso, se paró a unos metros de ellos observándolos. De improviso escuchó gritos y los dos chicos se escaparon. Él permaneció quieto en su sitio porque no tenía nada de lo que arrepentirse. Hace falta decir, en este punto, que había un guarda nocturno gritando; después, cuando los dos chicos escaparon les disparó sin darles, después disparó a "Calimero" apuntando a la cabeza. El chico cayó al suelo en un pozo de sangre.

Asustado el guarda nocturno fue a telefonear al 113 y después volvió al lugar, pero "Calimero" ya no estaba…

El chico recobró el conocimiento y, sin darse cuenta de lo que había pasado, se puso a vagar por Milán en estado de shock. Dio vueltas así por un par de horas. En cierto momento pasó por delante de un hospital y dado que estaba todo manchado de sangre entró.

Ciertamente, la policía no entendió bien que "Calimero" era el misterioso "cadáver" desaparecido. Estuvo tres días en el hospital. La bala entró cerca de la oreja izquierda saliendo por la ceja sin lesionar ni el cerebro ni la capacidad visual. Una auténtica suerte para "Calimero". Bueno, "Calimero" no tenía antecedentes, como mucho podrían haberlo incriminado y puesto en libertad bajo fianza por ser cómplice en tentativa de robo, en cambio lo arrestaron porque no quiso colaborar (según ellos) diciendo el nombre de sus presuntos cómplices. Después de diez días arrestaron también al, demasiado aplicado, guarda nocturno y luego "Calimero" salió en libertad provisional.

¿Qué dirán, los bienpensantes de siempre, de nuestras leyes "permisivas"? Aquel chico no hacía más que repetir: "¡Mierda! Trabajo todo el día, ¡cuando vuelvo a casa me disparan en la cabeza! Después, no es que me pidan disculpas, no, me arrojan a las galeras". Lo llamábamos "Calimero", porque como el famoso polluelo era pequeño, indefenso y todos (la ley) estaban contra él. Además estaba muy triste porque en el hospital le habían cortado el pelo al cero y decía: "¡Mierda! ¿Cómo hago para ir donde mi novia cuando salga? ¿Me presento sin pelo?".

Desde el segundo día noté una cierta actividad en mis relaciones.

Fui visitado por un médico al cual le expuse claramente lo que pensaba de una administración penitenciaria que antepone su deseo de orden y tranquilidad a la salud de un preso, que aunque sea "incómodo", siempre es un ser humano. Añadí que podía incluso entender el miedo de la dirección pero que, según yo, no había justificación para aquellos profesionales sanitarios que, para tranquilizar a un director, cierran prematuramente prácticas médicas sabiendo que sus prácticas no tienen que ver con la deontología médica.

En la visita estaba presente, como también en todas las sucesivas, uno de los subtenientes de la cárcel.

Después de haberme visitado, el médico estudió mi historial clínico y observó mis radiografías hechas previamente en Milán.

Me dijo que el personal sanitario de aquel centro clínico no tenía nada reprochable, que cuando llegué a Milán estaba moribundo, que él fue dado de alta a la fuerza y por tanto reenviado al centro de procedencia para el seguimiento de las curas.

Era verdad que necesitaba una nueva intervención quirúrgica para reconstruir los músculos abdominales. En los días siguientes, dijo que, sería visitado por el cirujano, por el ortopeda y por el otorrino.

No había visto jamás ni volví a ver a aquel médico. En los días siguientes, cuando recibí de mi abogado una copia de la instancia de protesta enviada a la fiscalía de Cuneo, pensé que probablemente aquel médico había sido enviado por la Fiscalía para examinar mis condiciones reales.

Al día siguiente fui visitado por el jefe médico del centro clínico, el profesor Marchetti. Era anciano, muy amable, incluso paternal en los modos, me daba la impresión de ser realmente así, no fingía.

Después de haberme palpado esmeradamente el estómago, dijo que la operación estaba todavía reciente, que sí hacía falta intervenir, pero él "aconsejaba" esperar un par de meses. Dijo que la herniación de los músculos abdominales todavía no estaba arreglada, probablemente se habría ensanchado más, y que la intervención de reconstrucción plástica no tenía problemas.

Ante mi insistencia por ser operado inmediatamente dijo que aún queriendo no sería posible. Primero debían curarme la herida de la cabeza y poner en orden el brazo. Después de un par de meses me operaría él mismo del estómago, a finales de diciembre o a principios de enero. El subteniente no escondía su satisfacción, pero yo no estaba descontento; recuperaría el brazo, me quitarían las astillas de la cabeza y quizás recuperaría el oído, después me operarían del estómago y estaría como nuevo…

La misma noche vino el ortopeda y me quitó el yeso, pero el brazo no estaba curado y debía ponerme otro yeso más pequeño que debería llevar otro mes. Dijo que era una fractura fea y que sería necesario, quitado el yeso, mandarme al hospital para reeducar el brazo y recuperar la articulación de la muñeca.

Al día después me fue hecho un examen audiométrico y resultó que el grado de utilidad del oído derecho era prácticamente cero. Esto ya lo sabía, por lo que pregunté si era posible quitar las causas que me impedían oír. Respondió que él era un técnico y que sus compe-

tencias acababan con este examen. El resto concernía a un especialista y posiblemente a un cirujano. Le hablé de mis vahídos, de las frecuentes pérdidas de equilibrio. Esto tampoco era competencia suya, probablemente me habría enviado al hospital para un examen cocleovestibular.

Cocleovestibular: una palabra difícil que he aprendido muy bien. Hablando con los hospitalizados del centro clínico entendí que los traslados inútiles no eran un privilegio mío, sino un desagradable derecho que todos compartían conmigo. La llegada al centro clínico, los rápidos exámenes y reexpediciones al lugar de origen. Nueva llegada y nueva reexpedición. Si el preso necesitado de cuidados es insistente, a menudo viene castigado por simulación. Es una espiral de injusticia y desidia vergonzosa que a menudo lleva a los desventurados a la desesperación. El sentimiento de impotencia frente al engranaje monstruoso se transforma en rabia: el preso, para que se le tenga en cuenta, se corta las muñecas como protesta, o bien hace huelga de hambre, o se atrinchera en su celda. En este último caso es provocado y entonces, a menudo, el desventurado reacciona destruyendo los objetos que se encuentran en su celda. Es denunciado (deterioro de mobiliario urbano, de 6 meses a 3 años, la oficina tiene la obligación de denunciar), atado a la camisa de fuerza, la espiral se aprieta cada vez más, el engranaje continúa triturando: la próxima etapa será el manicomio criminal, la muerte civil.

¿Cuántos presos en los manicomios criminales? En una investigación reciente de *Panorama,* el profesor Saporito, director del manicomio judicial de Aversa, uno de los peores campos de concentración hoy existentes, ha declarado que el 90% de los “hospitalizados” están

perfectamente sanos pero que por ley deben permanecer allí. Los muertos sobre las camas de contención, los presos que se pegan por desesperación en una celda de aislamiento, los chicos como Serantini que mueren por falta de cuidados médicos, ¿quién los tiene sobre su conciencia? La centena de investigaciones se han perdido en la arena sin decir nada… a veces las injusticias del sistema son tan grandes que no se pueden omitir, entonces los periódicos de masas hablan y la opinión pública se sensibiliza. Brotan investigaciones como setas, radio y televisión hablan de comisiones que están estudiando reformas humanitarias. Cuando la onda emotiva ha pasado y la opinión pública vuelve a estar adormecida, los "halcones", escondidos detrás de sus escritorios, orquestan el contraataque y los mismos periódicos de masas hinchan las crónicas para recuperar el terreno perdido. Siempre hay un monstruo que exponer en primera página. Con estrategia de mercaderes de feria se invoca la pena de muerte, leyes especiales sobre el orden público, instrumentos para su caza de brujas al subversivo rojo que representa su verdadero objetivo, porque a ellos el violador de niños en realidad no les interesa nada. A ellos solo les interesa que no sean "violados" sus privilegios y que no sean incriminadas las leyes y las instituciones que les permiten la perpetuidad. Ya, hasta que dure…

Poco después del examen audiométrico vino un brigada a decirme que al día siguiente a las ocho sería trasladado a Turín. Dice que, dado que la última vez me había quejado porque se habían "olvidado" de comunicarme la partida, esta vez había venido él mismo a decírmelo.

Inútil protestar, ¿pero por qué a Turín? Pedí ir a administración porque probablemente sería un error.

El responsable de la administración en el momento no quería creerse que viniera de Sulmona, pero al examinar las cartas se convenció. Dijo que se había confundido porque la primera vez había venido de Turín.

Telefoneó a la central de los carabinieri responsable del traslado, diciendo que el traslado extraordinario para Turín era anulado y que en su lugar había uno para Sulmona.

Este hecho me hizo pensar un poco. Estaba convencido de que para cada traslado era necesario el visto bueno de la Fiscalía o del ministerio, pero ahora tenía la prueba de que un funcionario de la administración puede decidir sobre un traslado, ordenar uno nuevo, sin comunicar previamente a las autoridades competentes. Además, es suficiente un equívoco del funcionario para que un preso sea enviado quien sabe a dónde, a escondidas de la autoridad judicial de la cual el preso depende.

Los carabinieri, se sabe, son fieles hasta la muerte: a ellos les basta una orden por escrito y la ejecutan sin inmutarse, ¿pero cómo habría reaccionado el famoso cerebro electrónico del ministerio?

Después, me disgustó haber ayudado a corregir el error: habría debido dejar la

tarea al señor Parenti y disfrutar de su desorientación y la de la escolta cuando lo hubieran descubierto.

Partí al día siguiente con el habitual despliegue de coches y cuando llegué a Sulmona tenía más dolor de cabeza que el habitual porque no es placentero tener que escuchar durante diez horas a los carabinieri.

No hay lugar mejor que Sulmona para reposar y recuperar las fuerzas: tranquilidad, silencio, aire y agua

no contaminada, ventanas panorámicas con vistas hacia los montes de la Majella, comida apestosa.

Aparte del director y un par de brigadas, la mayor parte de los guardias no tocaban mucho las pelotas, la mayor parte eran jóvenes medio desorientados que abrían y cerraban las puertas sin estar demasiado convencidos de la utilidad de cuanto hacían. Chicos erradicados de una tierra que no ofrece muchas alternativas a quien no tiene santos protectores y que se enrolan pensando en resolver así sus problemas.

A la noche, cuando nos encerraban en nuestras habitaciones, pensaba en el guardia del inmenso pasillo, en su larga noche, en cuales podían ser sus pensamientos. ¿Se daba cuenta de ser él también prisionero de algo que se le escapa? ¿Se daba cuenta de que en el mundo, por todas partes, otros luchaban por liberarlo también a él de su prisión?

Quizás un día él me disparase por la espalda para defender un orden que nos oprime a ambos. O sería yo, quizás, el que le disparase a él. Y todo esto sin odio. Y sucede desde siempre. Proletarios contra proletarios. Y el patrón es siempre el patrón. ¿Hasta cuándo?



Tuve diversos coloquios con Anna y nuestros hijos. Vino también mi padre con su compañera y comenzó una de las tantas humillaciones gratuitas: a la compañera de mi padre, una mujer de setenta años, no la dejaron entrar porque mis dos viejos nunca han considerado necesario hacer aquel contrato burgués que se llama matrimonio…

En noviembre De Deo me quitó el yeso en el hospital de Sulmona.

El brazo estaba torcido y la muñeca un poco anquilosada. El ortopeda del hospital me hizo los rayos y dijo que necesitaba operar, romper de nuevo el hueso a fin de que éste volviera a soldarse, pero no se podía hacer en Sulmona sin la autorización del ministerio.

Con De Deo decidí que primero era mejor poner en su sitio el estómago y la cabeza, después pensaríamos en el brazo.

A finales de diciembre, según lo convenido en Milán, De Deo pidió la autorización para mi ingreso. Se necesitarían otras dos solicitudes después; finalmente, llegó la respuesta: esta vez iría al centro clínico de Perugia. Partí a principios de febrero de 1974.

En Perugia sopla un aire distinto al de las otras cárceles. Los presos disfrutan de pequeñas concesiones que, si bien son insignificantes, en las otras cárceles son negadas. Esto es debido en parte al óptimo trabajo desarrollado por los compañeros que se han sucedido en aquella cárcel y en parte al director que profesa ideas progresistas. Hace falta decir que el director no es para nada amado por el subteniente y por algunos brigadas que son partidarios de la "vieja" escuela.

Cuando fui visitado por el doctor Zeppa, responsable del centro clínico, quedé profundamente desilusionado. Me dijo que, según él, no se podía operar porque la herniación era demasiado larga. Frente a mi asombro y mi insistencia, dijo que me visitaría de nuevo en los siguientes días. Mientras tanto me mandaría hacer una serie de

radiografías de la cabeza y pediría una autorización para mandarme al hospital para el examen cocleovestibular.

En los días siguientes me visitó de nuevo y no cambió de opinión. Dijo que había operado a otro preso en mis condiciones, la operación no fue un éxito, la herniación se había alargado ulteriormente y aquel preso lo maldecía todavía hoy. No quería ser maldecido también por mí, no quería remordimientos posteriores. Le expuse que el profesor Ferrara de Turín me quería operar pero que no fue posible por mi traslado, que el profesor Marchetti de Milán había aplazado la operación dos meses pero que lo consideraba una intervención sin problemas, pero Zeppa respondió que no habían sido honestos conmigo como en cambio lo era él ahora. Viendo que no me convencía y que insistía me dijo que para convencerme me haría visitar en una semana por uno de los mejores cirujanos de Perugia.

Escribí una larga carta al abogado explicándole este hecho inesperado.

Los hechos eran dos: si Zeppa tenía razón había mil responsabilidades que pedir. Si en Turín y en Milán era operable y ya no lo era, estos centros clínicos eran responsables por haber dejado que una lesión curable se transformase en una invalidez permanente.

Si Zeppa estaba equivocado, difícilmente un colega suyo habría reconocido esto delante mía, sobre todo porque no le tocaba a él operarme.

En este caso, justificado por dos diagnósticos negativos, el ministerio hubiese rechazado cualquier ulterior petición de traslado para ser operado.

Desde hacía tiempo mi padre había expresado el deseo de hacerme visitar por un médico de nuestra confianza, también en relación a una posible denuncia nuestra contra los centros clínicos que me habían negado los cuidados que necesitaba. Le dije de examinar con mi padre esta posibilidad y, si era posible, llevarla a cabo ahora que me encontraba en Perugia.

Puede parecer que tengo mucha cara con esta operación, pero aseguro que no es por narcisismo, no estoy agobiado por razones estéticas.

El hecho es que en mi situación, para seguir con esperanzas de fuga, debo contar con un buen estado físico.

Esta herniación abdominal me crea un montón de problemas: al mínimo esfuerzo, incluso un golpe de tos, el estómago tiende a tiende a salir fuera formando una bola ya que no es retenido por los músculos abdominales sino solo por la piel externa. No es agradable, es molesto, me hace ineficaz frente a tantas cosas como, por ejemplo, saltar la tapia de una prisión.

Cierto, llevo las bandas elásticas, pero no sustituyen verdaderamente los músculos heridos. Además, aparte de las consideraciones utilitaristas, el ser operado y curado es un derecho mío.

Fui conducido al hospital, y finalmente, comprendí qué era eso del famoso examen cocleovestibular que ya me picaba la curiosidad. Me hicieron también un nuevo examen audiométrico.

Después, en la cárcel, un otorrino examinó el resultado de los exámenes. Dijo que según él, difícilmente recuperaría el oído derecho, pero que él intentaría una operación quirúrgica. Le expresé mi deseo de ser ope-

rado, pero no era cometido suyo, le tocaba a Zeppa pedir una consulta con un neurocirujano. Dijo que en el examen se advertía un pequeño callo en el oído izquierdo, por lo tanto prescribió un nuevo examen audiométrico para después de tres meses ver si el fenómeno persistía.

Pasaron diez días, pero el cirujano del cual había hablado Zeppa no aparecía. Después de algunos días Zeppa me dijo que el ministro lo había denegado porque la visita del especialista costaba más de lo fijado en las tablas ministeriales. Si estaba en desacuerdo, me haría visitar por un cirujano amigo suyo que estuvo preso en Perugia por razones políticas. Me visitaría con placer gratuitamente.

Pensé que se trataba de un compañero y fui feliz por ello.

Algunos días después vino este cirujano. Se llama Pagliari. Era muy viejo, tenía un aire de coronel jubilado. En la visita no escondió su curiosidad por los hechos de Fossano, quiso ver todas las heridas y me preguntó detalles. Sobre la herniación abdominal estaba perplejo, Zeppa le recordó el caso de aquel preso cuya operación no resultó y él respondió que no era la misma cosa: el otro tenía un vientre enorme, pesaba cien kilos, yo no tenía ni un pelo de gordo. Entendí que él estaba a favor de la operación pero no quería contradecir a Zeppa, entonces le dije, hablándole como a un compañero, que me había hecho esas lesiones durante un intento de evasión, que la fuerza física era un hecho importante para mi futuro. Le pregunté si él me operaría.

Me dijo que, aunque quisiera era imposible porque él estaba incapacitado institucionalmente para ello. Añadió que él compartía el juicio de Zeppa.

Dijo que lo lamentaba porque era un chico simpático y con carácter, me deseó suerte para el futuro y se fue con Zeppa.

Supe que Pagliari fue rector de la cátedra de medicina en Boloña, durante el fascismo fue presidente del tribunal especial, siempre en Boloña, que había condenado a muerte a varios antifascistas, probablemente fue él quien condenó a mi padre, que tuvo que vivir en clandestinidad (activa) 22 años (desde 1923 a 1945). En la liberación le fue quitada la cátedra y fue incapacitado perpetuamente por la administración pública por su pasado de criminal fascista. Actualmente es propietario de una clínica privada en Perugia, la clínica Porta Sole. Los hechos políticos que lo llevaron a la cárcel no los conozco, pero es fácil imaginarlos.

Me había encomendado en buenas manos…

Puesto al corriente, el abogado escribió inmediatamente al director de la cárcel de Perugia rogando que no me trasladaran sin aviso porque, por voluntad de mi padre, estaban buscando un médico que me visitase a título privado en la cárcel perugiana.

El director respondió cortésmente a mi abogado que lo habría complacido con mucho gusto, pero que ya no era posible puesto que ya había sido trasladado a Sulmona…

En Sulmona encontré buenos compañeros: se discutía, se pasaban buenos ratos (es un decir…) juntos, se trataba de mejorar la situación interna de la cárcel (comida, instalación de teléfono, puertas abiertas durante un mayor número de horas, etc.).

Tampoco De Deo había digerido este tira y afloja de los centros clínicos y dijo que me haría visitar en el hospital de Sulmona, donde el jefe médico del reparto quirúrgico era un buen amigo suyo.

Yo ya había recuperado la fuerza y el equilibrio, la única molestia que tenía era la bala en la cabeza: además del ensordecimiento estaban los silbidos y murmullos en el oído derecho, que persistían todavía. La mano derecha no estaba en su sitio, pero podía servir para muchas cosas.

Pensé que no estaba en situación para continuar dejándome tomar el pelo por los centros clínicos y comencé a examinar seriamente las posibilidades de evasión que Sulmona presentaba.

A primera vista, Sulmona es una cárcel muy segura, pero debía haber un punto débil y me puse a buscarlo. Como en todas las otras cárceles, me fueron hechas promesas, pero estaba seguro que era un "sondeo" del director y respondí que por el momento sólo tenía dos deseos: primero, ser operado y sanar; segundo, ser trasladado de Sulmona.

Los presos de los cuales podía fiarme (pocos) no tenían interés en evadirse, por tanto ni siquiera les dije nada. Decidí que lo haría solo. Dado que no podía dedicarme a acrobacias aéreas, debía procurarme un arma para poder abrir las puertas necesarias.

A primeros de abril ya lo tenía claro. Un ala de la cárcel, en el último piso, estaba asignada a oficinas: administración, director, asistente social, contabilidad, cuentas corrientes. Ese lado de la cárcel lindaba con la fachada externa del centro penitenciario formando

con ésta una ele que comprendía dos lados de la cárcel. Sobre la fachada externa estaba lógicamente la entrada que daba a la portería, que estaba separada de la cárcel por una segunda cancela. De la portería se accedía a los pisos superiores de la fachada externa. En el primer piso estaba el cuartel de los guardas, en el segundo estaba el departamento del director y el del subteniente. Este último, en el ángulo de conjunción de los dos lados, lindaba con las oficinas antes citadas. Las ventanas del departamento del subteniente estaban sin rejas y daban a la calle. Acceder a las oficinas no era difícil, bastaba pedir ir a la oficina de administración y te acompañaba un guardia; pero estaba el hecho de que para pasar de las oficinas al departamento del subteniente hacía falta pasar a través de dos cancelas, las cuales siempre estaban cerradas. ¿Quién tenía las llaves de estas cancelas? Realmente no podía pedírselas a los presos que trabajaban en aquellas oficinas… Desde las ventanas de enfermería podía observar el patio interno, las ventanas de la dirección, del cuartel, de los departamentos del subteniente y del director y el portón interno de la portería. Podía ver quién entraba o salía de la cárcel, a condición de que no pasase de las escaleras que de la portería llevaban a los pisos superiores. El piso que me interesaba estaba alto, más de diez metros, pero yo había notado que en el exterior las ventanas que me interesaban eran mucho más bajas porque la calle era una cuesta empinada. Por ejemplo, el cuartel de los guardias se encontraba a una altura de cerca de seis metros en la parte interna de la cárcel mientras que en el exterior estaba semienterrada.

Después de algunos días tuve la certeza de que el personal civil que trabajaba en las oficinas, el asistente

social, el director y el subteniente, accedían a las oficinas sin pasar por el interior de la cárcel, por lo tanto aquellas dos cancelas eran usadas cotidianamente. Me hice una idea de cómo podía funcionar la cosa: probablemente quien debía acceder a las oficinas desde el exterior era acompañado arriba por uno de los porteros a través de la escalera, pasaban por el pasillo que bordeaba el departamento del subteniente y alcanzaban la primera cancela que era abierta por el portero. Éste abría la cancela, dejaba pasar a la persona y la volvía a cerrar. Entre las dos cancelas había probablemente un timbre que la persona interesada en entrar hacía sonar para llamar al cabo, que en dirección tiene la función de portero y de censor de la correspondencia de los presos; éste abría la segunda cancela y la volvía a cerrar. Para salir, el movimiento era igual pero en sentido inverso.

Por tanto tendría que actuar de la siguiente manera: ir con una excusa a la administración. Secuestrar a un empleado civil y al guarda que me hubiera acompañado. Obligar al cabo-censor-portero a abrirme la primera cancela, tocar el timbre, llamar al portero de abajo, meterme con los guardas en un ángulo muerto donde el portero no nos viera. Poner al empleado delante de la segunda cancela como si quisiese salir. Cuando el portero abriera la cancela lo amenazaría, saldría volviendo a cerrar también la segunda cancela, dejando a las cuatro personas encerradas entre las dos cancelas. Después elegiría la última ventana porque es la más baja dado que la calle está en cuesta. Fuera estarían dos amigos. Cuando me hubieran visto en la ventana uno de los dos debería acercarse con disimulo hacia la entrada de la cárcel donde hay una garita con un agente armado con metralleta, le desarmaría mientras yo

bajaba por la ventana y después nos iríamos todos con el coche conducido por el tercer amigo.

Era peligroso pero posible. No se habrían imaginado jamás una cosa similar y los habría cogido completamente sorprendidos. ¿Y si por cualquier imprevisto no me hubiese sido posible salir y permaneciese bloqueado en las oficinas? Habría hecho como en Fossano, cogiendo a todos como rehenes y aprovechando la experiencia que en aquella ocasión viví en mi piel. Al primer movimiento sospechoso los amigos se deberían ir para esperarme en un punto preestablecido para el cambio de coche en el caso de que consiguiera salir con un par de rehenes.

Todo esto puede parecer cínico, pero yo lo considero legítima defensa: condenado a treinta años sin haber hecho jamás uso –en libertad– de un arma de fuego. Agotadas todas las posibilidades "legales" concedidas por los actuales códigos para cambiar una condena que representa la muerte civil, yo me tomo el derecho de usar los medios que considero idóneos para evadirme de una condena profundamente injusta.

Ya sabía cómo hacer entrar las armas en la cárcel y cuánto necesitaba.

No puedo dar los detalles a pesar de que me gustaría hacerlo, porque estoy seguro que muchos se arrancarían los pelos de rabia comprendiendo que han sido ellos mismos –naturalmente a sus espaldas– los que me trajeron todo al interior de la cárcel.

Elegí la fecha del 26 de abril: es el día en que en la oficina del contable está el dinero que sirve para la paga de los funcionarios civiles y militares. Ese día hay cerca de setenta millones en la caja fuerte. Las pagas son entregadas el 27.

Dado que debía secuestrar a un funcionario civil, ¿Por qué no elegir al contable? Él tenía la llave de la caja fuerte. Evadirme con todo el dinero de la cárcel habría sido una bella revancha nueve meses después de los hechos de Fossano…

A mediados de abril un ignorante esbirro llevó al interior de la prisión mis herramientas para la evasión. No tuve problemas para apoderarme de mi saquito y estaba demasiado emocionado cuando, cerrado en el aseo, comprobé el contenido: un revólver Smith and Wesson calibre 38 cargado y con treinta disparos de reserva. Una navaja automática, un carné de conducir y un carné de identidad, un poco de dinero y una carta.

Mis amigos me hicieron saber que no era posible para el 26 de abril y lo pospusieron para el 26 de mayo, de todos modos iba bien cualquier fecha después del 5 de mayo, solo debía hacérselo saber con unos días de anticipo. En caso de que hubiese algún obstáculo y un nuevo aplazamiento me lo avisarían con un telegrama convencional. Si iba bien el 26 de mayo no hacía falta responderles, pero me pedían que pusiese una señal en una ventana determinada que se viese desde lejos, una toalla roja tendida para secarse. Si el día establecido no pudiese cumplir el plan debería quitar la toalla media hora antes de la hora establecida para la evasión. Me decían también que dejase el dinero de la caja fuerte si esto me complicaba mi tarea.

Todo era completamente anónimo: si desgraciadamente la bolsita hubiese sido descubierta antes de que yo hubiese tenido modo de apoderarme de ella, no habrían podido saber de dónde venía ni a quién estaba dirigida, aunque habrían pensado seguramente en mí.

Encontré un lugar seguro para esconder mi tesoro. Ya estaba totalmente preparado para el 26 de abril y me disgustaba tener que esperar otro mes más pero paciencia. Lo importante era que mis amigos habían empezado a moverse y demostraban tener una visión exacta de cuanto esperaba de ellos. Temía que el fracaso de Fossano les hubiese asustado.

De Deo me dijo que el ministerio había rechazado el permiso para recibir visitas, igualmente había convencido a su amigo cirujano para que me visitara en la cárcel: lo traería él mismo.

Pasé las fiestas de Pascua con Anna y nuestros hijos. Anna estaba feliz porque cada vez me encontraba en mejores condiciones físicas. Me sentía un poco culpable: en breve le procuraría un montón de preocupaciones y no podía decirle nada. No es falta de confianza, pero ella debe permanecer lejos de estas cosas, debe ocuparse de nuestros chicos y este es un problema suficientemente importante para ella, que ni siquiera tiene el soporte de una buena condición física. ¿Qué le sucedería si la arrestasen? ¿Qué sería de Loris y Luigino?

Si esto pasase muichos disfrutarían con ello. Una demostración de lo que digo es la desconfianza con la cual es recibida en cada cárcel cuando viene a visitarme, las humillaciones de minuciosos registros a que viene siendo sometida y de los cuales no se salva ni siquiera Luigino que es tan alto como dos monedas, las largas esperas en la portería mientras las otras visitas pasan inmediatamente. Ya se sabe, si yo soy un "delincuente" debe serlo necesariamente también mi compañera y también mis hijos deben tener seguramente algún cromosoma contaminado…

¡Cuántas pequeñas mezquindades han empleado para exasperarla! Cartas intervenidas, coloquios de media hora en la oficina de los brigadas mientras los otros presos podían estar cuatro horas en la sala de coloquios. Cuando recibía una carta de una amiga me la llevaban al coloquio con Anna con la esperanza de provocar una pelea y tantas otras mezquindades de este tipo. Anna es una mujer tímida y físicamente débil: tiene una minusvalía, casi sorda, tiene importantes problemas en los ojos por lo que ha sido operada dos veces por desprendimiento de la retina, pero dentro de ella hay algo que no se quiebra, que no consiguen quebrar. Frente a las humillaciones y al resto de cosas ha sabido reaccionar con coraje y dignidad y en lugar de desplomarse ha sabido madurar en ella una conciencia política que quizás estaba antes, pero dormía. Son justo las injusticias tocadas con la mano en estos años las que, en lugar de asustarla, le han dado un nuevo coraje. Pero ha permanecido mi Annina de siempre: tímida, dulce, tierna, paciente. No hay odio en ella, pero sí una profunda y atormentada sed de justicia. No solo para ella, para nuestros hijos y para mí, sino para todos.

De Deo me dijo que me visitaría su amigo cirujano el 10 de mayo.

Por vía confidencial me enteré de que había sido decidido mi traslado, no supe a dónde, pero se aguardaba justamente que tuviese lugar la visita del 10 de mayo para después trasladarme. ¡Era una faena! No podía llevar conmigo la pistola durante el traslado y no quería echar todo a perder: habrían sido meses y meses de tiempo perdido.

Intenté poner al corriente a los amigos de este cambio informándoles sobre la necesidad de anticipar todo al 9 de mayo. Aquel día me llegó un aviso para un proceso de apelación, por tanto les hice saber que, si estaban de acuerdo con el 9 de mayo, debían mandarme un telegrama con este contenido: "dispuesto a defenderlo, solicite mi nombre inmediatamente, abogado X". Un telegrama de este tipo no haría sospechar a la censura. Si no recibía el telegrama para la noche del 8, quería decir que todo se había venido abajo. Al menos lo que concernía a la posibilidad de evadirse en Sulmona.

Algunos días después tuve un poco de suerte inesperada. Me habían llamado a dirección para recoger una carta certificada. Mientras el cabo-censor-portero leía mi carta certificada, vino el contable y le dijo que debía salir. De un cajón el cabo cogió un manojo de llaves, dejó vigilándome al agente que me había acompañado y se dirigió con el contable hacia la famosa cancela del fondo del pasillo.

Abierta la primera cancela, salí con el contable y después de unos segundos oí el ruido de otra cancela que era abierta y súbitamente cerrada de nuevo, entonces el cabo reapareció, cerró también la primera cancela y retornó detrás de nosotros. ¡Luego tenía las llaves de ambas cancelas!

Todo era mucho más simple, en el caso de que hubiese debido vérmelas con el cabo y con el agente de escolta, no habría sido necesario secuestrar a uno de los civiles que trabajan en la dirección.

Ya era 5 de mayo y estaba triste porque sentía que una ocasión de oro se me estaba fugando entre los dedos. Desde que había empezado a entrever una concreta posi-

bilidad de evasión, frecuentaba lo menos posible a los compañeros.

No quería que después de los hechos tuviesen líos por mi culpa. Dado que no son chicos estúpidos algo habían sospechado, pero no me hacían preguntas, esperaban que fuese yo a decirles algo y dado que yo no lo hacía, comprendí que estaban un poco ofendidos interpretando mi comportamiento como falta de confianza respecto a ellos. Este modo mío de actuar es parte de una regla que siempre he seguido y que continuaré siguiendo a pesar de que pueda ser mal interpretada.

Esto no quiere decir que deba hacer todo solo, pero no veo la necesidad de poner al corriente a personas que no forman parte de la acción corriendo el riesgo de poner en peligro a los que sí que lo hacen, por ejemplo a los que me ayudaban en el exterior.

Con esto no quiero pretender ser más astuto que los otros, mi existencia de hecho está cubierta de imprudencias que rozan la inconsciencia, pero ya que por mis imprudencias pago yo sin arrastrar a otros, soy único juez de mi mismo. Mis condenas exageradamente duras se explican en parte en el hecho de que en todos mis procesos he estado siempre sentado solo en el banco de los imputados.

El día 7, a mediodía, recibí el tan esperado telegrama.

¡Fui tan feliz como si me hubiese enterado de que Pinochet o Franco habían reventado! Más bien, para ser honesto, fui más feliz todavía.

Puse en orden mis cosas, excluí las de Anna, rompí todas las cartas para evitar inútiles interrogatorios o controles a mis correspondientes amigos y compañeros que

no sabían nada, pero que se habrían alegrado conmigo al enterarse de que finalmente lo había hecho.

La noche del 8, antes de dormirme, pensé largamente en todo lo que me esperaba el día después. Estaba confiado, convencido de que todo iría bien.

El día siguiente a la mañana, a las once y media, sería libre o bien …

Bueno, ¡mejor no pensar siquiera en los "o bien"!

De este punto en adelante, no hemos sido capaces de recopilar sus escritos: reconstruimos el final de la historia de Horst Fantazzini con artículos de periódicos y lo deducido de una carta suya enviada a un compañero médico de Florencia del ***Soccorso Rosso Militante***[12].

12. Soccorso Rosso Militante (Socorro rojo militante): organización de apoyo a presos revolucionarios.

Artículo extraído de *Il Giorno*
del 10 de mayo de 1974:

DRAMÁTICAS HORAS EN LA CÁRCEL
DE SULMONA (L´AQUILA).

***Se evade pero después Fantazzini se rinde, bandido gentil***

*Ha intentado otra vez el golpe –se ha lanzado desde 5 metros fracturándose los pies– pero no ha ido lejos – en Fossano hirió a tres agentes, cogió dos rehenes y trató de fugarse cubriéndose con ellos: pero pudo ser capturado tras ser gravemente herido.*

Por nuestro enviado GRAZIANO SARCHELLI
SULMONA, 9 de mayo

Durante 6 horas ha tenido a una ciudad paralizada atrincherado en una casa parroquial de la periferia, deshabitada, en ese momento. El párroco se había ido a dar misa a un pueblo cercano, y así Horst Fantazzini ha acabado allí entre viejos cuadros, un bello coro, un ábside románico, unas pocas viejas sillas derramadas. Su última aventura. Pero esta vez, en vez de la habitual pistola de juguete de sus atracos llevados a cabo casi todos en el norte en los años 60, tenía una auténtica “Beretta” y 20 proyectiles.

Cómo se ha hecho con esta pistola en la cárcel de Sulmona, considerada una de las más seguras de Italia, nadie ha conseguido explicarlo. No obstante Horst Fantazzini esta mañana ha apuntado sobre el rostro del carcelero: “Ahora me abres la cancela”, ha dicho decidido. El carcelero ha abierto y Horst ha conseguido la libertad

saltando un muro de 5 metros de alto. Otro agente lo ha visto fugarse, pero no ha disparado "por miedo de dar a algunos ciudadanos que se encontraban por allí".

Conocido como el "bandido gentil", es también el "atracador solitario", Horst ha echado a correr por el pueblo. Algunos ciudadanos lo han visto con los pelos sobre la cara, pistola en mano, correr hacia la periferia. En la cárcel, mientras tanto, se iniciaba la persecución mientras los carabinieri trataban de bloquear las calles que llevan fuera de la ciudad. Pero Horst Fantazzini ha perdido casi de inmediato el aliento, quizá también porque estaba herido en los talones. "Lo he visto apoyado en un árbol mientras miraba alrededor", ha dicho una mujer: "Probablemente no sabía dónde ir". Como último refugio ha elegido una iglesia. Ha dado una patada a una vieja puerta y ha entrado sin dificultad. Cinco minutos después era rodeado.

El diálogo entre las fuerzas de la policía y el atracador, que debe pagar todavía 20 años de cárcel, no ha sido demasiado largo. "Tira la pistola y sal fuera con las manos en alto". Del interior de la casa parroquial solo silencio. La invitación a rendirse, esta vez por parte del director de la cárcel, ha encontrado respuesta finalmente. "Quiero un salvoconducto y la garantía de poderme alejar de la zona": esta fue la petición del fugitivo.

Sabiamente, no se ha querido recurrir a la respuesta fuerte, juzgada como peligrosa por el fiscal de la República de Sulmona, Elio Stella. Ha sido el mismo juez el que se ha puesto en contacto con el abogado de Fantazzini, Mario Giulio Leone. En este punto el bandido ha cambiado de táctica: no más salvoconductos, ni permitirle la fuga, sino la promesa de ser curado adecuadamente. Después de que el médico de la cárcel, De Deo, le garantizara que la intervención a la cual debería ser

sometido sería acelerada al máximo y, después de haber recibido un mensaje del padre: "No hagas locuras, ríndete, te curaremos rápido y bien," Fantazzini ha salido de la casa parroquial. En una mano tenía la pistola y en la otra una gran navaja. Las ha tirado lejos.

Ahora lo están interrogando para saber de dónde le había llegado la pistola: es improbable –según una declaración del director de la cárcel– que haya conseguido quitársela a un guardia.

Horst Fantazzini apenas ha cumplido 35 años y lleva sus espaldas una gran condena por una larga serie de atracos, que llevó a cabo sin disparar un disparo, armado siempre con una pistola de juguete.

Pero el año pasado, después de que su último recurso hubiera sido denegado, se procuró en la cárcel de Fossano una pistola, esta vez un arma real: hirió a tres agentes, se atrincheró con dos rehenes, exigió un "Giulia" para fugarse, entabló extenuantes negociaciones, mientras los más hábiles tiradores del destacamento piamontés del Arma se apostaban en un estrecho patio, a la espera del momento crucial. Se fingió ceder a las peticiones, se llevó un Giulia al patio. Cuando Fantazzini apareció protegiéndose con los dos rehenes, un perro adiestrado se lanzó sobre él, lo distrajo el momento necesario para que los tiradores le dispararan todos a la vez. Pero el bandido, aunque acribillado a disparos, consiguió sobrevivir. Incluso hoy le ha ido bien, al final. (*Il Giorno,* 10 de mayo de 1974).

Casa penal/prisión de Lecce, 7 de abril de 1975. ¿A quién dirige la carta?

El 9 de mayo desesperado, intenté la fuga de Sulmona y me fracturé el peroné de la pierna izquierda y el talón de la derecha. Fui reenviado al centro clínico de Perugia

y esta vez las piernas sí han sido arregladas bien. Al ortopeda le pedí operarme el brazo, pero me dijo que la falta de calcio para arreglar las fracturas de las piernas desaconsejaba –por el momento– una intervención en el brazo.

Insistí de nuevo con el profesor Zeppa para ser operado del abdomen, pero no hubo nada que hacer. En julio estaba en Volterra.

Gracias a tu intervención, en noviembre fui visitado por el profesor Bettini. También estaba el profesor Modigliani, que es inspector médico para los establecimientos penitenciarios. Ambos dijeron que la operación era posible, diagnosticaron –si no estoy equivocado– una diástasis, que debería ser una cosa muy simple para una laparotomía. El profesor Modigliani me prescribió también un examen cocleovestibular, ambos dijeron que sería visitado de nuevo en tres meses y que mientras tanto dejara de fumar y me fortaleciera un poco. Me fue prometida, por parte del profesor Modigliani, la posibilidad de ser operado en primavera de 1975 en un lugar mejor equipado que un centro carcelario, a condición de que hubiese una demostración de buen comportamiento por mi parte. Aparte del hecho de que me es incomprensible que las prestaciones médicas de un preso deban estar subordinadas a su buen comportamiento (se ve que el general Miceli[13] se ha comportado bien a priori ya que desde su arresto no ha puesto un pie fuera del hospital

13. General jefe de los servicios de Información sociales y militares. Posteriormente fue senador del fascista Movimineto Social Italiano. En el 74 fue arrestado por participar en la conspiración del "Golpe Borghese" en 1970, golpe que pretendía raptar al presidente Giuseppe Saragat, ocupar diversos edificios estatales y la televisión pública. Plan que se inició pero que fue anulado por Borghese, ideólogo del movimiento, existiendo varias teorías del mismo entre las que destaca que fue un falso golpe para justificar posteriormente la validez del gobierno democrático y la aplicación de nuevas leyes. Las analogías con el caso de Tejero en 1981 son evidentes.

militar), estaba contento por esta promesa y esperaba la nueva visita para dentro de tres meses. Pero después de tres meses, me he encontrado aquí en Lecce.

Ahora, querido compañero, la situación es la siguiente. Si por medio del médico de esta cárcel se solicita mi ingreso en un centro clínico, el ministerio responderá negativamente basándose en el informe negativo del doctor Zeppa de Perugia. Dado que la visita del profesor Bettini ha sido una visita privada, no aparecen rastros en mi cartilla clínica oficial. Todo se podría resolver con la intervención del profesor Modigliani, inspector sanitario del ministerio. Sé que vive en Florencia, pero no sabría cómo localizarlo. He pensado que tú, por medio del profesor Bettini, podrías localizarlo. Quizá sería útil que un familiar mío pudiese hablar con él. Mi mujer (que vive en la provincia de Latina) dentro de dos semanas debería pasar por Florencia con mi hijo mayor (Loris, 15 años, el Liceo científico, futuro médico cirujano)…

## La sentencia

Artículo extraído del *Corriere Adriatico*
del 5 de diciembre de 1975.

LA REVUELTA
EN LA CÁRCEL DE FOSSANO

*Para Fantazzini 18 años de cárcel.*

CUNEO.- Horst Fantazzini ha sido condenado a 18 años de reclusión y a dos de trabajo en una colonia agrícola, el preso que el 23 de julio de 1973 fue protagonista de una sangrienta tentativa de fuga de la cárcel de Fossano (Cuneo), hiriendo a varios agentes de custodia, secuestrándolos antes de ser a su vez herido por disparos de los carabinieri.

El Tribunal Penal de Cuneo lo ha juzgado, considerándole responsable de todos los delitos de los que era imputado (intento de homicidio, secuestro de personas, amenaza a la autoridad, tenencia de armas), y le ha impuesto una pena de dos años menos que la solicitada por el fiscal.

Fantazzini, presente en la sala en el momento de la lectura del veredicto, ha escuchado la condena sin emo-

ción particular; conversando con los periodistas durante las pausas del debate ha dicho entre otras cosas que preveía que los jueces le impusieran 15 años.

En esta última fase del proceso, entre el público estaba presente también la actriz Franca Rame, que se ha interesado por la publicación (inminente) de un libro escrito por el mismo Fantazzini sobre todo lo acontecido en la cárcel de Fossano aquel 23 de julio de hace dos años.

Los otros imputados –los funcionarios de prisiones Orlando Ruggiero, Giovanni Rosciano y Salvatore Restaino– en cambio han sido absueltos de la acusación de negligencia e ineficacia en el control de las comidas y de los paquetes destinados a Fantazzini y en las inspecciones personales sobre el detenido antes y después de su traslado desde la cárcel de Boloña a la de Fossano.

Después de la sentencia, Horst Fantazzini ha sido conducido hacia la cárcel de Saluzzo, y de aquí, en los próximos días, será trasladado a la de Lecce. Además de los 18 años impuestos hoy, todavía debe sumar otros veintidós por una serie de atracos.

# APÉNDICE



14 Quotidiano Nazionale — CRONACHE — Giovedì 27 dicembre 2001

LA LEGGENDA

**ANNI SESSANTA**

**ANNI SETTANTA**

**ANNI NOVANTA**

**ADDIO A FANTAZZINI** / Il «rapinatore gentiluomo» è morto nel carcere di Bologna

# Horst, l'ultima evasione

di Gianni Leoni

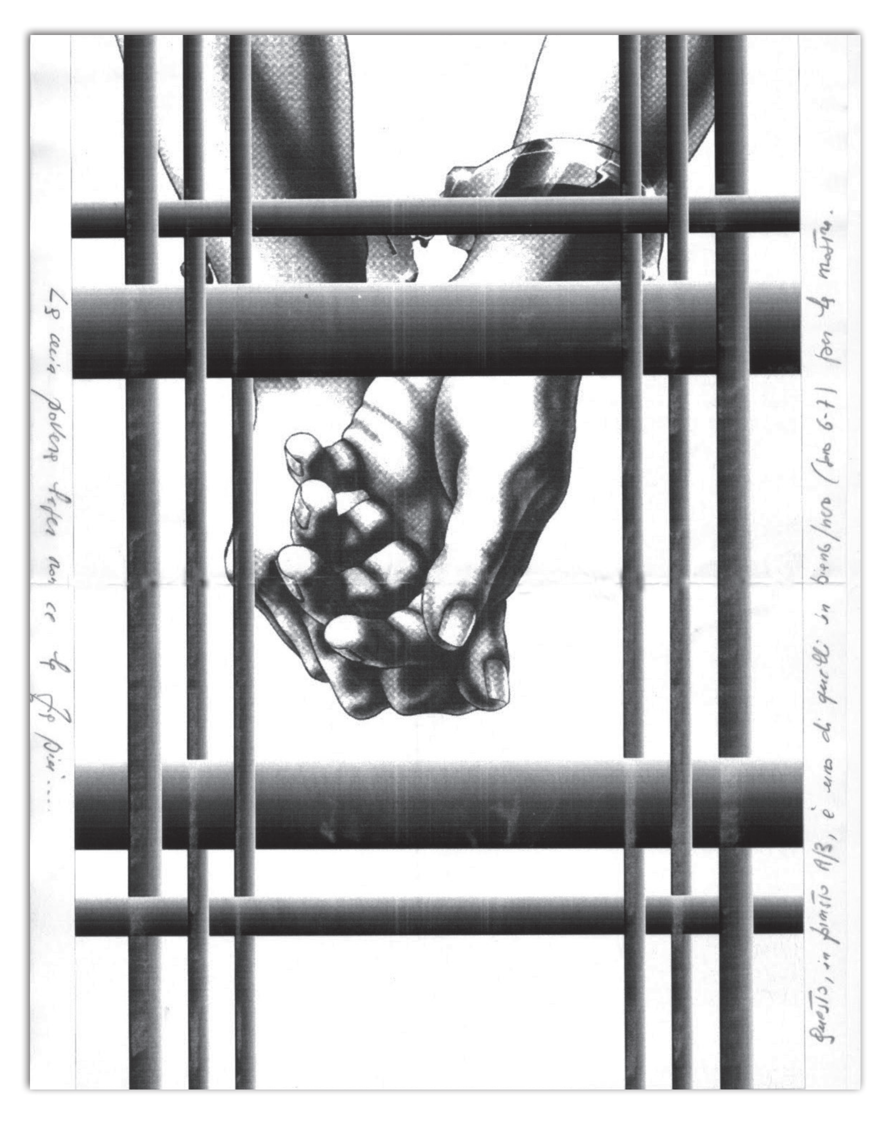
*Ucciso da un infarto nella sua cella la vigilia di Natale Era stato arrestato la settimana scorsa*

«Ormai è fatta»

Senz'armi in pugno

**IL BANDITO**

## Anche un film ispirato alla sua vita



*Diseño Horst Fantazzini*

## EL HOMBRE BORRADO

Cuando poco a poco volvió a la realidad, todavía con fragmentos de sueño en la memoria, no abrió inmediatamente los ojos sino que se esforzó en no perder el contacto con lo del otro lado, retardando el encuentro con lo de ahora.

…Era como una cueva de sendero estrecho y tortuoso… olores de musgo viejo… ruidos ligeros y rítmicos, como sístoles y diástoles acompasando el paso del tiempo, estalactitas y estalagmitas midiendo el depósito, la amplitud del dolor y de la espera… andar adelante para retornar al origen… adelante hasta el final de la cueva, el inicio de todo… al final del camino, cuando el olor del musgo se hace irresistible, cuando la meta, la caseta caliente, el acogedor lecho es casi alcanzado, el despertar … la vuelta a una partida echada en falta…

Abrí los ojos retornando a la excitación del ahora.

En su espacio cercado sólo había un camastro, una mesita, un taburete, un pequeño armario empotrado, una pequeña ventana demasiado alta para mirar fuera, una puerta de hierro y cuatro muros. Sus únicas pertenencias eran un lápiz, una goma y una creativa fantasía continuamente acosada por la difusa monotonía.

Sobre la mesita dibujó una humeante taza de café y un brioche. Empezó a mordisquear y sorber lentamente,

saboreando el último milagro de su fantasía. Después borró con cuidado las pequeñas migajas y la taza vacía.

Después de algún fragmento de eternidad, empezó a pintar sobre el muro: un prado florido, algún árbol, un río, un perro, una joven chica sentada sobre la hierba.

Se echó sobre el camastro y por mucho tiempo se quedó mirando fijamente a la chica, esperando.

Ella no venía a él y él no podía ir donde ella.

Estuvo mucho tiempo esperando, pero no pasó nada.

Entonces, lenta y dolorosamente, empezó a borrarse a si mismo, hasta que no quedase más que una celda vacía.

Este pequeño hecho, como tantos otros similares, no levantó ninguna indignación.

Busto Arsizio 1988

# CARTAS

## CARTA DESDE EL MANICOMIO DE AVERSA 1959

### AUTORIDAD Y GREGARISMO

Es extraño constatar que muchos hombres sientan la necesidad de refugiarse bajo el ala autoritaria de otros hombres con personalidad más relevante.

Educación equivocada, herencia subconsciente atávica etc., quizá sean las bases de aquello que Fromm llama “síndrome masoquista del gregario”.

La mediocridad encuentra refugio en la agrupación. En la renuncia a la propia personalidad en favor de la masa, porque solo fundiéndose en la masa el hombre intelectualmente débil se siente fuerte y protegido.

La masa siempre brilla con luz reflejada en cuanto que es guiada ciegamente por pocos hombres sin escrúpulos, cegados por su propio interés y el de la clase a la que pertenecen.

Este matrimonio entre hombre-masa y el jefe, entre síndrome masoquista y sádico, tiene origen en las más recónditas taras hereditarias dentro de la naturaleza humana, pero es también ayudado por la ignorancia y por una hábil e invisible propaganda que alcanza al hombre, de las formas más inesperadas, en todo momento de su existencia.

El hombre tiene el deber de servirse de la razón para extirpar de uno mismo las influencias que lo persiguen desde hace decenas de siglos.

Mejorándose a sí mismo implícitamente el hombre mejora la sociedad en la que vive.

La renuncia de la propia personalidad, el servilismo voluntario, la adoración del dios-masa representan el más humillante suicidio moral que el hombre se inflige.

## CARTA DE HORST FANTAZZINI AL TRIBUNAL DE TURÍN

Distinguida Señoría:

El diez de febrero ustedes se reunirán para juzgarme en un proceso de apelación por intento de evasión, tentativa de homicidio múltiple, secuestro de personas y otros hechos menores.

Yo no estaré y por tanto se encontrarán ante una jaula vacía.

Ni siquiera estará mi abogado de confianza: lo he exonerado para ahorrarle desenvolver un papel en aquello que considero una comedia. Ustedes nombrarán un abogado de oficio. Lo harán contra mi voluntad. El abogado les sirve a ustedes, no a mí. Les sirve para dar apariencia de regularidad a los innumerables abusos que diariamente consumen impunemente.

Pero ustedes estarán todos: presidente, jueces adjuntos, jurado popular, carabinieri de alto rango, carabinieri de uniforme normal y otros personajes que hacen de acompañamiento y escenario a cada "representación procesal". En la sala también habrá un cartel. Está puesto detrás de vuestras cabezas, probablemente para ahorraros la molestia de leerlo cuando, raramente, sobre el banco de los acusados se siente uno de vuestra clase. Está escrito que "la ley es igual para todos". Pues yo no estaré. ¿Por qué? Por dos razones:

La primera es que me encuentro secuestrado en la isla de Favignana, graciosa localidad que se encuentra a 1850 Km. de Turín. En el ministerio hay un costoso

cerebro electrónico que almacena cada dato relativo a los presos. Sirve, se dice, para desplazar a los presos a la sede más idónea para ellos, esto es, cerca de sus familiares o de sus sedes procesales.

Mis familiares se encuentran a unos 1300 Km. de Favignana y mi sede procesal a unos 1850 Km. Evidentemente hay algo que no funciona en el cerebro electrónico o quizás esto es debido a desviaciones sádicas o a la manía personal de los funcionarios predispuestos a los traslados de los presos.

No siendo agradable hacer 3700 Km., encadenado y zarandeado como una bestia únicamente para ser el objeto de un escenario que ya conozco de memoria, me he decidido a rechazar ser embalado y expedido para formar parte de vuestro guión.

La segunda razón es más compleja y conllevaría un análisis socio-económico-político. Pero es cosa de expertos y sería aburrido. Odio el aburrimiento y no soy un experto. Después, contrariamente a usted, no he estudiado gran cosa: a los 14 años ya trabajaba en la fábrica…

Evitaré por tanto los largos e inteligentes análisis ateniéndome a los hechos, en la línea de un lenguaje simple, popular y que todos puedan comprender.

En esta sala del tribunal penal de apelación estará usted, estarán los jueces adjuntos, y, dado que se juzga en nombre del pueblo, estarán también los jueces "populares".

"En nombre del pueblo italiano".

Usted, señor presidente, está habituado a usar esta fórmula. Es democrático, es civil, es tan "pluralista"… y además, objetivamente, no está ni siquiera fuera de

lugar: el pueblo está formado por personas de lo más heterogéneas: hay altos funcionarios, hombres políticos, presidentes, jueces, terratenientes, capitalistas nacionales e internacionales, policías, carabinieri, empleados, obreros, parados, chabolistas, marginados, "delincuentes" y tantas otras categorías; y cada categoría se descompone en tantas graduaciones, castas, miríadas de seres que buscan su identidad en este desorden social así desordenado. ¿Usted a qué categoría pertenece? Evidentemente a una categoría superior. Ha podido estudiar, hacerse una cultura jurídica (no es automático que usted posea una cultura general). Mientras usted estudiaba y se preparaba para su rol, otros trabajaban también para usted, para mantenerlo en sus estudios. Estos "otros", la mayor parte (y más ingenua) de la colectividad, eran a su vez englobados en su rol de siempre.

Dado que usted se preparaba para ejercer una actividad de utilidad pública esto podría incluso parecer justo. Ahora usted administra la justicia en nombre del pueblo, por tanto es normal que el pueblo haya creado plusvalía también para usted, primero para mantenerlo en sus estudios y después para mantenerlo en sus funciones hoy. El pueblo… hemos visto que se compone de tantos estratos y clases… Está el que trabaja y mantiene a todos. Aquel que hace trabajar a los otros. Aquel que se erige por encima de las partes para resolver en base a las leyes los conflictos de clase que surjan. Están aquellos que no quieren o no pueden trabajar. Yo y usted, señor presidente, somos parte de estas dos últimas categorías. Categorías complementarias pero bien distintas.

Hay quien trabaja y quien no trabaja, explotando el trabajo de los otros. Hay también quien no trabaja

porque no quiere dejarse explotar, no queriéndose hacerse explotador, poniéndose más allá de vuestras leyes, haciéndose expropiador de los explotadores. Y después están aquellos como usted, los tutores de las leyes, llamados a determinar y a hacer respetar aquella línea de demarcación entre aquello que es considerado lícito e ilícito, condenando y absolviendo en base a una ley inventada para esto. ¿Inventada por quién? ¿Aplicada por quién? Dado que usted juzga en nombre del pueblo, verá natural pensar que esta ley está escrita en nombre del pueblo y en defensa del pueblo.

Extrañamente, en la cárcel, no hay empresarios, no hay jueces, sólo trabajadores y marginados. En consecuencia esta ley, aplicada en nombre del pueblo, viene ejercida contra el pueblo, en defensa de una minoría de privilegiados. Y usted, señor juez, ejerce esta ley que es funcional para la clase privilegiada a la que usted pertenece.

Y lo hace en nombre del pueblo y para validar esta tesis se rodea de un jurado llamado popular. Yo no sé cómo estará compuesto el jurado "popular" que me juzgará junto a usted pero, teniendo experiencia al respecto, puedo imaginarlo. Sé que no estarán trabajadores simples ni cualificados, no estarán ni peones ni campesinos. No estarán ni jornaleros ni inmigrantes, no estarán marginados, chabolistas, damnificados por terremotos, ni por aluviones, no estarán jubilados aparcados en las varias instituciones "de asistencia".

Estarán diplomados, licenciados, empleados, profesionales libres, etc. Categorías como la suya, señor presidente, componen la minoría del pueblo. En una sociedad donde existen conflictos de clase, donde la mayoría de la población está explotada por una minoría privilegiada; en una sociedad donde la minoría privilegiada se arroga

el derecho a juzgar –“en nombre del pueblo”– a la parte oprimida, en una sociedad de este tipo, señor presidente, los veredictos emitidos por vuestra corte pueden también parecer aceptables desde un punto de vista formal, pero descansan únicamente sobre la fuerza político-militar del sistema que los aplica.

Este sistema está históricamente condenado. Falta, por el momento, la fuerza real para desbancarlo de su pedestal.

Con la alianza hipócrita de los partidos de izquierda habéis manipulado y dividido a la clase obrera. También el obrero especializado, hoy, tiene pequeños privilegios que defender, privilegios que vosotros idealizáis poniéndolo en conflicto con sus reales intereses de clase. Vuestro sistema hipócritamente “plural” les deja un hueso que roer… la carne es para vosotros, vosotros que sois los siervos, los garantes y los defensores de una ley y un orden que no es otro que la dominación por un puñado de capitalistas (sociedad multinacional para delinquir) sobre el resto de la humanidad.

Pero están sucediendo cosas extrañas…

Decenas de jóvenes proletarios asaltan negocios expropiando aquello que de siempre les ha sido robado.

Centenares de jóvenes boicotean espectáculos organizados para las clases acomodadas. Millares de jóvenes contestan a La Scala haciéndole atragantar la “inauguración” de la “Milano-bene”[14].

14. La Scala es el Teatro Nacional de Ballet de Milán. La Milano-bene es un festival de ballet al que acuden las clases más apoderadas italianas. A finales de los 70 se realizaron bastantes protestas frente y dentro de este teatro, restaurantes o salas de fiesta de la burguesia y lo que representaban por parte de diversos colectivos de jóvenes autónomos. Para más información: Balestrini, Nanni y Moroni, Primo. *La horda de oro*: la gran ola revolucionaria y creativa política y existencial (1968-1977). Madrid, Traficantes de Sueños, 2006.

De vez en cuando una bomba, un sabotaje, reducen los beneficios de una empresa, de una fábrica, de una boutique.

Se dispara a policías, a magistrados, a carceleros. Magistrados que adquieren chalecos antibalas (¿usted ya lo ha pedido?). Policías que deben defender a magistrados, políticos, capitalistas que, aterrorizados, se preguntan quién los defenderá a ellos…

Capitalistas que hasta ayer exhibían descaradamente su poder económico y que hoy tratan de esconderse en el anonimato, escondiendo el Rolls Royce y circulando en un Cinquecento, rodeándose de gorilas antisecuestro.

"Delincuentes comunes" se evaden de vuestros campos de concentración y, en lugar de retomar el viejo rol de ladrón o atracador, al cual vuestra sociedad infame los ha relegado, se ponen a disparar a los inspectores regionales de S.d.S.[15] y a sus perros guardianes (Honor al compañero Martino). Vuestros esbirros, al alba, ocupan militarmente un apartamento por una persecución política y son recibidos por ráfagas de metralleta (honor al compañero Walter).

Delincuentes cansados de ser reeducados y deseosos de educar a los reeducadores, se evaden en masa (honor a los compañeros evadidos de Lecce, de Treviso, Fossombrone, Benevento, Monza, Mantova, Turín)…

Mujeres, cansadas de ser objetos de deleite, de ser usadas y vejadas, contestan a vuestra moral, a vuestra concepción familiar, a vuestr o racismo sexual. Después, transformadas en revolucionarias por una lucha global para una transformación social radical, prisioneras

15. S.D.S. Servicios de seguridad del estado italiano.

en vuestros campos de concentración, estas magníficas Estrellas Rojas se evaden (honor a las compañeras evadidas de Pozzuoli). Y vosotros chilláis indignados: "¡Así no se puede continuar!" y vuestros siervos de izquierda y de derecha se unen a vuestro coro. De todas partes se vocea. Desde la izquierda a la derecha, todos los partidos están indignados. Se piden garantías para la salvaguarda de los valores democráticos conseguidos por la resistencia.

¿Qué valores democráticos? La resistencia la habéis matado cuando estaba todavía en pañales… Habéis cambiado el color de vuestras camisas, modernizado vuestro vocabulario: democracia, constitución, son palabras que infunden respeto, solo evocándolas hacen más ligeras las eternas cadenas del pueblo.

Y mientras tanto habéis conservado vuestras cadenas de siempre.

Pero se escucha un gruñido que parece música, un gruñido que crece… Es la izquierda, la verdadera, que se está organizando para desbancaros definitivamente de vuestros privilegios de clase.

Es la rabia que sube de los innumerables guetos de vuestra sociedad deshumanizada. La nueva consciencia de los excluidos, de los humillados, de aquellos sobre los cuales habéis fabricado siempre vuestros privilegios de clase. Desde aquí, desde estos estratos "desprestigiados", sube la levadura de la revuelta social que ni vosotros ni vuestros aliados reformistas conseguiréis romper. Será la nueva guerra de clases que no conseguiréis enjaular con nuevas promesas hacia una sociedad más humana, "más justa". No buscamos una sociedad "más justa" sino una sociedad distinta, ¡totalmente justa!

Esta es la nueva palabra del orden que enterrará definitivamente a los generosos de promesas, los pacificadores de cada color, Útiles únicamente para el mantenimiento –aunque atenuado– de los privilegios de siempre.

Os daréis cuenta, señores, de que el foso no se podrá colmar más y será con terror, distinguidas excelencias, que entenderéis que vuestros viejos códigos, vuestras togas, vuestros juicios populares y vuestros abogados de oficio conformes, vuestros perros guardianes y vuestros carceleros, no os servirán para nada. Y esta vez, señores, no servirán vuestros travestismos de camaleones, no pasaréis como salamandras a través del fuego de la revolución social que se vuelve a asomar a la historia.

La revolución, esta vez, estará controlada y gestionada por aquellos que la harán. Los burócratas, los tecnócratas, los funcionarios de partido, los burgueses disfrazados, los sepultureros de cada revolución, no encontrarán espacio para revender a una nueva clase de privilegiados aquello que el pueblo quitará a la vieja. ¡La historia no se repite siempre!

Al fin, distinguidas excelencias, será una experiencia nueva para vosotros, que juzgáis en el nombre del pueblo, encontraros finalmente juzgados por el pueblo. ¡¡El verdadero!!

Favignana, 2 de febrero de 1977
HORST FANTAZZINI

# ÍNDICE
## ORMAI È FATTA!